

KOLYMÁ

Mauro Barea





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

Kolymá

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Mención honorífica

19° Premio Internacional de Narrativa

“Ignacio Manuel Altamirano” 2022

Jurado

Armando Alanís, México

Gustavo Ogarrio, México

Sergio Gutiérrez, Puerto Rico

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

Mauro Barea

K O L Y M Á



Universidad Autónoma del Estado de México

“2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario”

Primera edición, julio 2022

Kolymá

Mauro Barea

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-481-2

Hecho en México

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María José Gallardo Rubio

Diseño: Mayra Flores Mercado

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

Presentación	9
De cómo asumir las culpas mirando de frente a una Beretta	15
Donde el primer paso siempre es el más importante	77
La carretera de los huesos	137
Epílogo	189

PRESENTACIÓN

Para la Universidad Autónoma del Estado de México es un honor presentar la décimo novena edición del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, para el que se convoca a escritores de todas las nacionalidades que dominen la lengua española y cuenten con una obra escrita en español, sin importar la temática, con un estilo capaz de distinguirse por su estructura narrativa y una redacción que se caracterice por resaltar la cotidianidad.

Para este certamen, que tiene como objetivo enaltecer el nombre del ilustre mexicano Ignacio Manuel Altamirano y que a la par promueve la creatividad literaria y estimula el fluir estético, se recibieron 365 obras de 30 países, y por primera vez se contó con la participación de autores provenientes de Australia, Israel y Turquía; en esta ocasión resalta el interés de autores mexicanos con 221 obras, en su mayoría con trabajos en el género de novela y cuento.

El jurado calificador, conformado por Armando Alanís, Gustavo Ogarrío y Sergio Gutiérrez, otorgó a la obra *El año de mi autismo espiritual* escrita por Carlos Alberto Reyes Ávila el voto unánime, el cual la posicionó como la ganadora

del concurso; en esa misma línea se le concedió mención honorífica a Luis Miguel Estrada Orozco por su obra *Los tres días del gorrión* y a Mauro Israel Barea Garabito por *Kolymá*.

Nuestra máxima casa de estudios reconoce el compromiso que tiene para impulsar el trabajo que se germina en los escritores, por lo que cada año se da a la tarea de convocar a mentes creativas y apasionadas por la narrativa, siempre ávidos por llevar sus palabras a ámbitos donde la literatura impacte a cada uno de los lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

*Para Virginia,
a quien entre tantas luces cegadoras
tuve la fortuna de encontrar en este plano.*

*¿Es una desmesurada paciencia la de ellos, o una
desesperación sin fin? ¿Qué esperan, o qué han dejado
de esperar? ¿En qué tiempo están inmersos? ¿En el de la
especie, sustraído al curso de las horas que se precipitan
del nacimiento a la muerte del individuo? ¿O en el tiempo
de las eras geológicas que desplaza los continentes y
consolida la costra de las tierras emergidas? ¿O en el
lento enfriarse de los rayos del sol? El pensamiento de un
tiempo fuera de nuestra experiencia es insostenible.*

ITALO CALVINO

Palomar

*Unos van por un sendero recto,
otros caminan en círculo,
añoran el regreso a la casa paterna
y esperan a la amiga de otros tiempos.
Mi camino, en cambio, no es ni recto, ni curvo,
Llevo conmigo el infortunio,
voy hacia nunca, hacia ninguna parte,
Como un tren sobre el abismo.*

*Yo voy hacia donde ya nada es cierto.
Allá donde el más querido compañero
es apenas una sombra:
El viento irrumpe desde el jardín perdido
y bajo los pies solo siento el frío del camino.*

*Todo ha sido saqueado, traicionado, vendido.
Las grandes alas negras de la muerte rasgan el aire,
la Miseria roe hasta los huesos.
¿Cómo, entonces, no desesperarse?*

ANNA AJMÁTOVA

Unos van por un sendero recto... / Todo ha sido saqueado

DE CÓMO
ASUMIR LAS
CULPAS
MIRANDO DE
FRENTE A UNA
BERETTA

CUANDO LAS LUCES DE EMERGENCIA SE ENCENDIERON y el vehículo empezó a aminorar la marcha supo que llegaba el fin de todo, el que alguna vez imaginó. El motor convulsionó hasta ahogarse. Sabía que cuando parara, Luis sacaría la pistola y lo encañonaría y le diría «Este es el fin de todo», antes de apretar el gatillo.

Los halógenos también empezaron a titubear. Aferrado al volante, miró las crestas de las montañas lejanas y el cielo estrellado, y la abrumadora oscuridad de los pinos bordeando la carretera salpicada de nieve. Sintió un ligero mareo. Comprobó el tablero antes de que se apagase: menos un grado centígrado fuera. El todoterreno no se detuvo en seguida ya que bajaba por una extensa pendiente cuando el motor dio el último chasquido de vida. Al cabo de unos segundos las luces dejaron de parpadear, fundidas, y la oscuridad al fin los envolvió.

Descubrió la pistola por mera casualidad, mientras empacaban en la posada en Yakutsk, minutos antes de que les entregaran el cuatro por cuatro. La culata negra —intuía que de una Beretta— sobresalió un instante de entre la ropa revuelta de Luis, quien, sin sobresaltos, la volvió a cubrir como si tal cosa. No le dijo nada. ¿Cambiaría algo si le señalaba lo evidente? Si quería llevarla no iba a ser él quien le recriminara. Si al final Luis quería apretar el gatillo ahorrarían muchas cosas. Para qué desenmascarar al verdugo cuando todo ya

está preparado. Esa maquinaria había echado a andar mucho antes de comenzar el viaje, mucho antes de encaminarse a la Kolymá, la carretera donde Luis había decidido matarle.

El todoterreno llegaba al fondo de la pendiente, propulsado por su propia inercia. Le decepcionó cuando Luis le preguntó en un tono de falsa sorpresa.

—¿Qué pasa?, ¿qué hiciste?

Eso no empezaba bien, y pensó que quizá su ejecutor no tendría la suficiente sangre fría ni para encañonarlo. ¿Lo haría mientras estuviese de espaldas revisando el motor una vez pararan?

—Yo no hice nada. Esto se paró solo.

Luis masculló algo y le confirmó lo que intuía: no poseía tal sangre fría. Se comportaba como si quisiera que ese momento no llegara. ¿Y por qué estaba tan tranquilo? ¿Era por hallarse a cientos de kilómetros de cualquier tipo de vida humana? Quizá era la tranquilidad que da el cementerio, un inmenso cementerio que recorrían desde ayer, el kilométrico camposanto de Kolymá, en la Siberia profunda. Luis oteaba la carretera, el retrovisor, sus pies. ¿Tanto le costaba llegar a la pistola?

«No la sacaré. Al final no lo hará. Quizá eso signifique algo. Entonces sí que es mi amigo y me acepta. Si alguien en el mundo me acepta es suficiente para continuar y ver qué hay al final de esta carretera de muerte».

Por primera vez fue consciente de la oscuridad de Kolymá. Le asombró ver las formas oscuras de los abetos y pinos contrastando con la bóveda celeste. Una reminiscencia de luz lograba reflejarse en la nieve apilada a lo largo del arcén y más allá de la cuneta. Así que eso era estar a una distancia impensable de la humanidad, como en un planeta lejano. Solos, Luis y él.

Mientras se deleitaba con aquellas visiones, las ruedas del cuatro por cuatro dieron un último crujido para no moverse más.

—Luis...

Él le devolvía la mirada con las cejas entornadas, como el niño que acaba de hacer un berrinche y conoce el castigo que le espera. En su mano derecha sostenía la pistola negra, la misma que había visto en su mochila. Era una Beretta. La boca del cañón le atrajo en una especie de vértigo y tuvo ganas irrefrenables de resguardarse ahí dentro, hacerse un ovillo en su oscuridad y esperar la bala como el viajero espera su tren en la estación.

El índice jugueteaba ya con el gatillo. Le asombró ver que su amigo no temblaba. Sonrió a Luis mientras una punzada empezó a latirle en la espalda baja. Descubrió que seguía sujetando el volante con tal fuerza que las manos le hormigueaban. Lo soltó.

—Menos mal. Creí que nunca la sacarías.

—Se te acabó todo tu desmadre, Alan.

«Se te acabó todo tu desmadre». Todo ese *desmadre* había comenzado, claro, antes de la aparición de las luces horizontales, mucho antes de Gloria y del propio Luis, que lo apuntaba con la Beretta. Todos ellos lo habían colocado en una realidad que se le escapaba entre los dedos. Seguía preguntándose por qué no le había dicho nada a Luis cuando vio el arma entre sus ropas. Pero la respuesta siempre llegaba a él, como las luces horizontales que vio en su adolescencia, susurrándole «No hubiera servido de nada».

—¿Te refieres a las tapas, a las corcholatas? —preguntó Alan en la oscuridad de la cabina.

Los cristales empezaban a empañarse y pequeñas costras de hielo aparecieron en los bordes del parabrisas.

Luis dudó un instante.

—¿De qué chingados hablas? ¿Qué corcholatas?

—Ahí empezó mi desmadre del que hablas. Lo que pasa es que nunca se lo había contado a nadie. Te hablé de Gloria, de Claudio, pero de esto no.

Las punzadas en la espalda baja, antes pequeños ecos, ahora empezaban a retumbar cada vez más próximas. El dolor amenazaba con aprisionar nervios, músculos y vasos sanguíneos.

Eran los noventa y las empresas podían permitirse rifas y regalos para sus consumidores, cosa que no ocurre hoy en día. Como tampoco hoy ocurre intercambiar botellas de vidrio vacías por las que contienen el refresco. Hoy ya nadie se explica ese curioso ritual de ir a la tienda de la esquina, con el morral de nailon lleno de botellas tintineando, a cambiarlas por cocacolas y sabores existentes (algunas tenían que coincidir en el sabor o no te la cambiaban). Ahí iba Alan con sus chancletas remendadas a buscar la suerte. Las corcholatas fueron su punto de quiebre; no fueron los desastres futuros, por más que Alan intentara enorgullecerse de lo que pasó después. Fueron unas simples tapas las que detonaron su adolescencia y despertaron lo que —aunque suene cómico— sería su destino.

Cuando tenía unos trece años, la refresquera Cristal sacó una promoción que consistía en llenar unos cartones al estilo bingo de la lotería tradicional mexicana. Incluía las figuras emblemáticas: el Borracho, el Diablito, el Nopal..., todas impresas en el interior de las chapas. Si se llenaban los cartones con las chapas correspondientes ganabas alguno

de los premios anunciados: bicicletas, *game boys*, autos a control remoto. Su máximo anhelo era un *discman*, una maravilla tecnológica que hacía obsoletos los casetes con cinta magnética que escuchaba desde niño. Con un pequeño laser integrado se podía escuchar música en cedés con alta definición en cualquier lugar, y a Alan lo tenía encandilado. El truco de la refresquera, como en todas esas promociones, era poner en circulación un número desigual de figuras impresas en las chapas. Como consecuencia, Alan tenía el Camarón decenas de veces, pero el Cotorro nunca salía. Sus padres decidieron dejar de comprar refresco un tiempo ante la alarmante adicción de su hijo. Aunque fue un duro golpe eso no lo detuvo de consultar con sus amigos de la secundaria, buscar en los contenedores de basura de los restaurantes, rastrear como sabueso en las calles, estar pendiente de los destapes en las fiestas que solían organizar sus padres en casa.

Hay que hacer una pequeña pausa antes de continuar con el delirio de las corcholatas. La familia de Alan nunca fue pudiente y esa realidad lo golpeó un día en su propia casa, cuando tenía unos diez años. Su padre, hotelero como la mayoría de los jefes de familia en una ciudad como Tamul, ganaba lo justo para mantener a una mujer dedicada al hogar y a un hijo que pronto cursaría la secundaria.

Como botones de una cadena hotelera, su sueldo dependía de las propinas y de los cambios ilegales de dólares que se solían hacer entre toda la plantilla, sobre todo con los cajeros de la recepción, quienes manejaban la mayor parte del efectivo. La cabeza del negocio la llevaba su compadre el Vigos, jefe de recepción a quien Alan recordaba bien por sus manos llenas de manchas de vitíligo que empezaban a extenderse por su cara. Alan no recordaba su nombre, pero su apodo, abreviación perversa de su enfermedad, era aceptado

en su círculo. Ese Vigos era un tipo presumido que gastaba sus ganancias de dólares en joyas y ropa de marca y organizaba las fiestas en casa de Alan, ya que su enorme patio era ideal y sus padres tenían que “prestarla” en cada cumpleaños o festividad que dispusiera su compadre. Alan odió rápidamente estas reuniones estridentes y alcohólicas, con chistes de Polo Polo que no entendía y música de cumbias a todo volumen, además de tener que soportar a los hijos maleducados y barriobajeros de los compañeros del hotel, sobre todo los gemelos del Vigos que escupían y vomitaban donde se les ocurría. Había una excepción, la hermana mayor le parecía bonita y le atraía, aunque cruzaba pocas palabras con ella. Tenía dos años más que él, pero no le importaba. Ya empezaba a trazar una estrategia para robarle un beso en la boca.

Un día, en una de esas parrilladas, montaron una piscina de goma para los niños. Alan no se dio cuenta de que su traje de baño llevaba un par de agujeros. Dio la casualidad que el Vigos vio los agujeros y, sin decir nada, tiró de uno de ellos y abrió un espectacular surco que lo dejó con las nalgas y parte de sus testículos al aire. Sus manos manchadas de vitíligo se apoderaron de un trozo de tela que ahora ondeaba como una bandera. Hubo risotadas y aplausos a la vez que el Vigos, ya ebrio de sol y Bacardí blanco, le aventó un bañador corto de una marca carísima.

—Ya que tu papá no te compra nada... Mira, este me lo trajeron de Miami, te lo regalo.

Rojo de vergüenza, vio que la hija del Vigos se desternillaba de risa señalándolo con la mano. Miró a su padre en busca de ayuda, sin atrever a moverse y cubriéndose sus partes. Inexpresivo, lo único que le dijo fue que se cambiara y «dejara de dar el espectáculo». Alan apretó los puños y corrió a cambiarse a su cuarto. Su madre hizo una tibia objeción que

al final se convirtió en sentidos agradecimientos al ver que su hijo llevaba al fin una pieza de marca. Los hijos del Vigos le recordaban la escena cada vez que iban a su casa. La hija, a la que jamás se acercaría otra vez por vergüenza, le hacía una seña con el pulgar y el índice y completaba «Le vimos el pajarito».

Continuamos con las tapas. Resultaba que en esa época un *discman* era un lujo para Alan, algo inalcanzable y que sus padres jamás le habrían comprado. De hecho, la tarde que terminó ideando todo hizo un último intento con su padre mientras arreglaba una podadora a gasolina que le había vendido el Vigos hacía años y que ya estaba en gran parte corroída (no era de segunda mano, sino de tercera o cuarta mano); le preguntó si se lo podía financiar. Trabajaría en algo para pagárselo a plazos y no tendría la paga de los domingos el tiempo que hiciera falta. Su padre suspendió un momento la limpieza de las bujías y lo miró por encima de sus lentes. Rio y soltó una de sus frases ingeniosas y que no admitían réplica:

—Tú no naciste con un *discman*, Alan.

Además, remató con que no consentiría que trabajara, no al menos hasta terminar la preparatoria. Entendiendo que no había más que hacer, dejó a su padre con la podadora, fue a su cuarto y miró las tapas amontonadas, todas inútiles, producto de su recolecta de maldito neandertal. Lloró de rabia.

Mientras Luis lo encañonaba en la oscuridad de la cabina en mitad de la carretera, intentaba recordar, pero Alan estaba seguro de que esa fue la última vez que derramó lágrimas de frustración por no lograr las cosas de un modo legal, como hacía toda la gente.

Tipos como el Vigos controlaban vidas con el poder de los dólares y hasta se lo agradecían, como sus estúpidos padres. No había nacido con el *discman*, pero con el bañador de marca

del Vigos sí, con la humillación sí. Descubrió que odiaba la parsimonia de sus padres; odiaba que tuvieran que reutilizar todo, la televisión antigua, la maldita podadora y la video Betamax, el estéreo que solo reproducía audiocasetes y la ropa del mercadillo pasada de moda. La promoción iba a expirar y el Cotorro no salía a su encuentro en algún camellón, en algún destape de suerte o en alguna bolsa de basura maloliente.

Esa tarde, Alan comprendió que jamás podría competir con las tramposas reglas de la refresquera, así como tampoco podría rivalizar con la retórica de su padre, ni su padre con el poder del Vigos y sus dólares. Apartó las lágrimas. Sacó los cajones de su escritorio, los revolvió, los vació. Al fin, encontró una lupa de lectura que le habían regalado en Navidad. Sacudió la película de polvo acumulado en el lente y se agachó para observar con más atención la corcholata. Acercó una bombilla que daba una luz blanca y potente: reveló matices, sombras y colores de las figuras impresas. La midió. 1.024 pulgadas de diámetro.

En 1.024 pulgadas se encontraba todo: la suerte, la trampa y el futuro. Entonces tomó un cúter y empezó a diseccionarlas. Descubrió cosas interesantes entre capa y capa de plástico. Con cada disección entendía más su funcionamiento, cómo estaban pegadas y al final, lo más difícil, la impresión de las figuras, que lograba borrar con una lija. Para dibujar al Cotorro encima del metal probó con colores Prismacolor, acuarelas y hasta crayones. Hizo sinnúmero de experimentos (tenía corcholatas para aburrir), hasta que por fin consiguió superponer una lámina finísima de un papel impreso con el Cotorro de uno de los cartones, revistiéndolo con una mezcla especial de pegamentos suaves que fue creando a base de pruebas y errores. El pegamento secó y selló las juntas. Antes de que acabara la promoción había conseguido una

falsificación de calidad. Al fin tenía su propio cartón y estaba lleno. Lo revisó a la luz, a media luz, a la sombra.

La prueba pasó con la aprobación y felicitación de sus padres por tan buena suerte y por su perseverancia. Vino entonces lo más difícil: tener el valor de llevarlo y canjear el premio. Incluso elucubró coartadas por si lo descubrían. Muerto de nervios fue con su madre, quien insistió en acompañarlo al depósito de la refresquera. Su madre creía que el tembleque de sus manos era por la emoción de ganar algo y le enterneció ver los últimos coletazos de la infancia de su hijo.

Con sus dedos venosos y duros, casi cuadrados, el empleado revisó la cartulina con las corcholatas pegadas. Les dedicó una mirada fría.

—Esperen un momento —dijo con voz apagada, y se metió a la trastienda.

«Se descubrió el pastel, es obvio que tienen un sistema infalible para detectar a los listillos como yo», era su retahíla. Por un momento la mente se le quedó en blanco y olvidó sus coartadas. El empleado tardaba. Quizá había llamado a la policía. Miró hacia la calle, esperando ver alguna patrulla estacionarse, activar los altavoces y decirles «¡Salgan con las manos en alto!». Su madre desmayándose de la vergüenza, su padre renegando de él como hijo al ver los titulares del día siguiente.

Mientras miraba el túnel de la Beretta, Alan estaba convencido de que había hablado con Dios o con algún negativo de ese Dios, esperando la sentencia de su rebelión contra la refresquera tramposa.

«Si eso es lo que quieres, Dios, entonces aquí me tienes...».

Entonces el empleado salió de la trastienda con una media sonrisa. Esas medias sonrisas que aprendió a identificar, a

codificar y a tener en cuenta como un desafío, un peligro inminente o el vislumbre de la muerte que asomaba de vez en cuando. Traía en las rollizas manos un *discman* en su caja, nuevecito, con todo y sus audífonos de espuma. Se lo dio sin dejar el esbozo de la mueca, cada vez más pronunciada. Ni miró a su madre.

—Que te aproveche —dijo casi en un susurro.

Tras el éxito, Alan pensó fríamente lo que podía pasar a continuación. Pasó días escuchando a Michael Jackson en los audífonos, mirando el techo de su cuarto. ¿Qué más podía hacer para rebelarse contra las trampas que le tendería la vida o para defenderse de gente como el Vigos? La refresquera fue la primera que intentó aprovecharse de él. ¿Y luego?

Miró el *discman*. Era real. El engaño para conseguirlo era tan real como la música que ahora escuchaba a todas horas. Llegó entonces a la rabiosa conclusión de que jamás sería como su padre. Si llegaba a tener hijos, sí que los defendería de gentuza como el Vigos. Él tendría el poder y el dinero para no depender de tipos así, y tendría en su casa lo último en tecnología y vestiría adecuadamente y no con retazos del mercadillo del Parián, donde compraban los pobres. Sin embargo, mientras más lo pensaba más se convencía de que unas mezclas de pegamento y un *discman* no significaban gran cosa, que eran juegos de niños. Por un tiempo dejó que esa idea lo venciera. Se deprimía a ratos, a veces miraba el pegamento, otras veces el *discman*. 1.024 pulgadas no significaban nada.

Entonces, a los diecisiete, conoció a Gloria.

En Tamul, las calles hervían bajo el sol estival y el pavimento traslucía vahos de calor ascendente mientras Alan caminaba

con la mochila llena de libros hacia su casa. Aunque solía pensar en la playa para mitigar el interminable bochorno, esta se le hacía lejana. En realidad, vivía a pocos kilómetros de la costa, pero el tamulense promedio se regía por máximas no escritas y no estaba obligado a refrescarse en ella. De hecho, su familia prefería hacer esas fiestas en el patio con las piscinas de plástico parchadas a ir al malecón. Era como si esa parte de la ciudad donde había nacido a veces no existiera y se hallara a cientos de kilómetros, o como si ir a la playa fuera un lujo que solo podían permitirse los turistas o los adinerados que vivían en la zona de hoteles.

Su colonia, que una vez fue una laguna que se rellenó de tierra y escombros cuando era un bebé, al menos ya estaba pavimentada y con los bordillos de las aceras —regalo del ayuntamiento— listos para anexarse a la modernidad de la urbe. Aunque era una zona de vecindarios, algunos contruidos en la precariedad, su casa amurallada —en buena parte gracias a los dólares y al Vigos— y rodeada de árboles frutales, era también un pequeño baluarte en donde protegerse del calor infernal y de los borrachines que solían pedir limosna en las esquinas. En esa época todavía existían baldíos, islotes verdosos con olor a podrido que expelían las pequeñas lagunas que no desaparecían por los malos rellenos. De niño solía fantasear con que de ellos aparecería un cocodrilo o un tiburón, pero con el tiempo se dio cuenta que allí solo moraban ranas y mosquitos, aunque las chismosas ancianas juraban haber visto salir boas inmensas de esos pequeños trozos del pasado prehistórico de la colonia.

—Hola.

Con el sol a plomo, el calor y el sudor como cascada fluyendo por su cuello y axilas creyó que lo había imaginado. El tintineo de su mochila, con la batería de su fiambarrera de

plástico y los cubiertos, libros y lápices, se detuvo, y fue consciente del silencio de la calle y del calor que despedía el pavimento. Por un momento se sintió indefenso, como si lo hubieran descubierto en cueros.

—Tú.

La voz era tenue y a Alan le pareció que su dueño se cuidaba de no ser descubierto. Desde la oscuridad de una ventana de una de esas infraviviendas, la palma de una mano blanquísima relumbró al sol, agitándose tras unos barrotes oxidados. Lo estaban saludando. Aunque en su colonia —distaban dos manzanas hasta su casa— se sentía seguro, no podía descartar nada. «No hables con extraños», «a la menor oportunidad, corre», eran las letanías de los padres de esa época, antes de que llegaran las balas y la droga en serio a Tamul.

—¿Vas a la escuela?

Alan no respondió.

—Te veo pasar todos los días.

El acento no le parecía de Tamul, ni mexicano. Se había quedado ahí parado, a mitad de la calle como un imbécil. Una pequeña nube dio tregua y eclipsó momentáneamente el sol. Una jovencita mulata, casi negra, lo saludaba. Por eso la palma le había parecido blanquísima: contrastaba con la oscuridad de su piel y con la habitación desde donde ondeaba la mano. Tenía los ojos negros y una sonrisa que le invitaba a acercarse. Podía jurar que eran de la misma edad. Pensó que podría tratarse de un anzuelo de los robachicos, desalmados que traficaban con órganos de menores, la moda del momento. La chiquilla seguía sonriendo, esta vez mostrando sus dientes igual de blancos que sus palmas, y que iluminaron un rostro cansado. «¿De qué estaría cansada alguien como ella?», se preguntó Alan, sujetando las correas de su mochila y atento al mínimo sonido en el pavimento.

Miró alrededor. La calle estaba desierta y el ruido lejano de trastos indicaba que la comida estaba próxima a servirse en las casas. Dio pasos vacilantes hasta quedar justo debajo de ella.

—¿Qué estudias? —preguntó la niña.

Alan estaba seguro esta vez: era extranjera.

—Prepa. En la ciento nueve. ¿Conoces? —preguntó, aunque cayó en la cuenta de que quizá esa chica no conocía apenas nada de Tamul.

—Yo también estudiaba la preparatoria. En mi país.

—¿De dónde eres?

—No te lo puedo decir —dijo ampliando la sonrisa.

—Yo te puedo decir que soy de aquí, de Tamul.

—Oh, pues yo no. Quizá después te lo cuente, cuando salga de aquí.

A Alan le desconcertaron sus palabras. Se escucharon voces y ruidos que provenían desde aquella oscuridad que jugaba con sus sentidos y por un momento solo vio ojos y dientes flotando, como el gato Cheshire. Entonces le llegó el olor de la mulata, una esencia agresiva a sudor, a días sin bañarse, a días de espera. Espera, ¿de qué?

—Me tengo que ir.

Y sin más, se esfumó de la ventana, como si la oscuridad se la tragara. El sol reapareció tras la nube golpeándolo con fuerza. Cerró los ojos y vio motas de colores. La mulata no reapareció. «¿Ha sido el sol o un encantamiento de la negra?», se dijo. Y corrió obedeciendo un instinto incomprensible, como si quisiera desembarazarse de aquella oscuridad y aquel hedor que le repelía. Pero a pesar de aquel primer impulso, esa tarde no pudo pensar en otra cosa: las palmas blancas, los ojos de gato flotando en las sombras y el hedor que lo había perturbado de una forma que no conocía.

—¿Fue Gloria quien te dio la pistola?

El frío empezaba a colarse en la cabina oscura. Las costras de hielo avanzaban ahora por las ventanillas laterales. Luis pareció regresar de una realidad alterna; reaccionó moviendo el arma, pero sin dejar de apuntarle.

—Quizá. Ahora que la mencionas, ella tendría todo el derecho del mundo a empuñarla. Pero si ella se hubiera aparecido en Yakutsk, en Moscú o en los lugares donde hemos estado, seguro que no hubieras querido hacer esta ruta. Habrías huido, dejando todo atrás, toda tu mierda, sin importarte nada.

—Entonces ella está involucrada en todo esto.

—Te crees el muy cerebro, el muy líder. Lograste embaucar a varios que fácilmente agarrarían esta pistola y sin decir nada te pegarían dos tiros en una calle atestada o así como estamos, sin restos de humanidad a la vista. Solo montañas y nieve.

—Y tú quieres hablar.

—¡Sí, quiero hablar! Hablar y decirte lo que eres.

—¿Y qué soy, según tú?

Se hizo el silencio en la cabina.

—El fin de todo el que te conoce de verdad. Eso es lo que eres.

—Qué poético. Viniendo de un creyente en los marcianos, me halaga.

Luis apretó los labios e hizo el amague de pegarle con el arma. Alan no se movió.

—No sé cómo puedo ser tu fin, Luis. Te hiciste de tanto dinero como yo. Lo has disfrutado hasta la fecha. Es verdad que Gloria tendría todo el derecho de apuntarme al corazón, pero, ¿tú?

—Me has jodido. Crees que el dinero lo es todo, siempre lo has creído. No crees ni en el alma humana. ¡Me jodiste bien!

—El alma humana es algo que no tiene solución, Luis. Lo que pasa es que yo preferí no ser la víctima. Como se dice por ahí, «no ser el clavo». Para eso existen los martillos. Lo que pasa es que hace poco encontré la verdad de las cosas, y por eso decidí venir a Kolymá.

—Siempre diciendo las mismas estupideces. Yo también había encontrado la verdad cuando me jodiste. Pero resulta que ahora ya no tienes salida y aunque me quitaras la pistola y me mataras, no hay más para ninguno de nosotros allá afuera. Ni martillos ni clavos ni tu puta madre.

Esta vez Alan tembló por dentro. El estremecimiento reactivó las punciones en la espalda, que ahora parecían venir con brasas que le empezaban a quemar la cadera. «Para ninguno de nosotros», se repitió. «¿Por qué?».

Dos días después volvió a ver a la mulata. Parecía un poco más cansada que la primera vez, aunque esta vez el olor a sudor y la mugre habían mermado.

—¿Dónde te habías metido?

—Aquí mismo, papi, no tengo a dónde ir por ahora.

—¿No puedes salir?

Ella negó con la cabeza.

—Pero pronto sí se podrá. Ya casi salen los papeles.

—¿Qué papeles?

Ella rio con suavidad. En eso, Alan cayó en cuenta de que tampoco se habían dicho sus nombres.

—¿Cómo te llamas?

—Todavía no te lo puedo decir, pero pronto. ¿Y tú?

—Alan.

—Me gusta. No conozco muchos Alan de donde vengo.

—¿Y de dónde vienes?

—Tampoco te lo puedo decir todavía, pero pronto.

Viendo que no podía sacar más de la conversación se empezó a alejar de la ventana. La voz de la chica lo detuvo.

—¿Te puedo pedir un favor, Alan?

Atrapado en sus ojos negros no pudo contestar. Le encantaba que lo llamara por su nombre. Y su voz llevaba esta vez un tono de súplica velado que identificó bien.

—¿Puedes traerme una torta, algo para comer?

Con esa pregunta Alan comprendió algunas cosas. Lo había visto en los periódicos, en algunos titulares de Tamul. Se estremeció.

—Veré qué puedo hacer. No siempre estás en la ventana.

—Ahora no hay problema. Te puedo esperar hasta la noche, si quieres.

Aquel cambio de tono le erizó la piel. Algo como un pistón activó la maquinaria de sus músculos y corrió a ver qué podía encontrar sin que su madre se diera cuenta. Por fortuna no había nadie en casa y pudo preparar a toda velocidad un sándwich de jamón, queso y aguacate con mayonesa. En la tienda compró un refresco Cristal de naranja y se lo pasó entre los barrotos.

—Cuando acabes me regresas la botella. Mi mamá las tiene contadas.

La mulata engulló el sándwich, y a Alan se le volvió a erizar la piel al verla comer con tan buen apetito. Quizá no estaba acostumbrada a beber en botella, porque la boquilla de vidrio desaparecía en sus labios gruesos y parecía que, más que beber, mamaba del cristal. Se preguntó cómo sería del pecho para abajo.

La muchacha terminó y le tendió la botella, pero él seguía librando una batalla para permanecer en el presente. Su piel aceitosa y sus laberínticos rizos negros que le caían por los hombros impedían a Alan pensar con claridad. Entonces pasó algo que lo impresionó: ella le tocó la mejilla con una de sus palmas blancas. Era suave y cálida, al contrario de lo que habría esperado. Sintió su cara incendiarse, dio dos pasos atrás y el contacto terminó. Corrió con todas sus fuerzas, sin mirar atrás y sin detenerse, hasta llegar al portón de su casa. Cayó en la cuenta de que no se habían despedido y se enfureció consigo mismo. Estrelló la botella vacía contra la pared.

Esa noche no pudo dormir. La escena del sándwich y el fresco y el fugaz tacto del pulpejo de su mano lo habían alborotado más allá de los límites conocidos. «Te puedo esperar hasta la noche, si quieres». Se miró la también alborotada entrepierna palpitante que clamaba y retumbaba hasta sus sienes. ¿Podría salir de noche? Jamás lo había siquiera pensado. Recordaba el baluarte que era su casa, la cochera y sus puertas de hierro que rechinaban y resonaban por toda la calle. Y luego pensó en quién era *realmente* esa chica. Los titulares de los periódicos, la televisión, las mismas historias... todo estaba ahí, y aún pensaba, como un imbécil dominado por su verga, en ir a verla y seducirla si se presentaba la ocasión.

«Podría ayudarla», pensó. «Si sale de ahí, podríamos hacer algo».

Entonces le vino a la mente la hija del Vigos, haciendo la señal con el índice y el pulgar. Todo el ímpetu se le vino abajo en un momento y golpeó la pared con el dorso del puño hasta que se le puso rojo.

Al día siguiente, regresando de la prepa le llevó otro *pack* de sándwich y fresco Cristal. La escena se repitió: devoró

todo con rapidez. El calor intenso le favorecía, a esa hora tampoco había un alma a excepción de transeúntes lejanos que se movían apurados por la avenida adyacente. Creyó que le recriminaría su huida cobarde del día anterior pero no la mencionó. Alan no se pudo contener y le dijo:

—Yo puedo ayudarte.

La mulata le devolvió esta vez una mirada glacial tras los barros. Casi se arrepintió de decirlo.

—Ya me están ayudando. Me falta poco para salir de aquí.

—Necesitas papeles, ¿no? Yo podría hacerlos.

Sus ojos negros refulgieron en la oscuridad. Tanto que se sintió verdaderamente intimidado por ella. Parecían chispas.

—¿Hacerlos, dijiste? No creo que puedas. Eres un chiquillo.

Lo dijo con un aire de superioridad que hirió a Alan.

Bajó la mirada y apretó los puños. Ella debió de ver su desazón porque cambió el tono.

—No te enojés, Alan. De verdad, ya me están ayudando.

—Pero yo también quiero ayudarte de otra forma.

—Ya me has ayudado mucho con la comida, de verdad.

—No soy un niño.

—Gloria. Me llamo Gloria.

Escuchar su nombre lo sorprendió y borró parte de la furia que sentía. Más tarde llegaría a pensar que decir su nombre había funcionado como la evocación de una magia que no llegaba a comprender.

—¿Es tu nombre? ¿De verdad?

—El que pondrán en el papel —dijo, lacónica.

—Esos papeles...

—Mira, si te hace feliz, hazlo, papi. Será mi plan B, mi salvación en caso de que lo demás falle. No está de más tener un salvoconducto extra.

No le gustó cómo lo dijo pero al menos tenía la oportunidad de probar su valía, de demostrar que el Cotorro no había sido casualidad. Ahora, hasta ayudaría a alguien. Gloria le dijo sus apellidos.

—Necesito una foto. Si...

Casi al momento ella le extendió una foto en blanco y negro. Alan la vio de cerca y descubrió que los bordes de sus ojos tenían una ligera curvatura que armonizaba con su sonrisa y le daban un toque infantil. Cuando la miraba sonreír tras los barrote, esa curvatura ya no existía. Le impresionó ese minúsculo cambio que veía en la Gloria del presente. Fuera de eso, estaba idéntica: los mismos rizos enmarañados, la nariz achatada y la boca gruesa.

—Por favor, es la única que tengo. Cuando la uses me la regresas.

Entonces pasó algo que cambió la cara de Gloria. Se volvió hacia la oscuridad de su cuarto y miró a Alan con una cara de súplica, parecida a aquella cuando le pidió la torta y el refresco. En sus palabras logró identificar un tono de auténtico pavor.

—Tienes que irte.

No lo pensó y como si obedeciera algún encantamiento, Alan dio dos pasos hacia atrás. Con el impulso tropezó con una piedra y por poco cae de espaldas. Con el vello erizado corrió y se ocultó detrás de un grueso flamboyán en la esquina.

Entonces los vio: un viejo encorvado de guayabera y un hombre de unos cuarenta, calvo, con las sienes matizadas de plata; bajaron de un Volkswagen escarabajo y abrieron la reja principal de aquel conjunto de viviendas. Había sido una suerte que llegaran desde la otra calle, de otra forma los habrían pillado en la ventana.

Los tipos entraron, el viejo volvió a cerrar el candado y desaparecieron de su vista. En un alarde de valor y estupidez,

Alan regresó a la ventana de Gloria y se parapetó debajo, con el corazón retumbándole. El desconchado pretil apenas bastaba para ocultarlo. Esperó. Escuchó una puerta abrirse. Los tipos habían entrado a la habitación.

—¿Es ella la que viste en el catálogo? —una voz cascada retumbó dentro, claramente pertenecía al viejo encorvado.

Pasos acercándose a la ventana. Gloria permanecía en silencio.

—¡Sí! ¡Sí! Ella. ¿Cómo te llamas, pequeña? —la voz del calvo surgió justo sobre su cabeza. Era una voz que le sonaba de alguna parte. Había cierta musicalidad en aquel timbre.

—Gloria.

—Qué angelito de chocolate. ¿Y me la puedo llevar ya?
El viejo rio.

—No seas pendejo. La mitad ahora. Cuando tenga listos sus papeles me das la otra mitad y te la puedes llevar a donde chingados quieras. Mientras tanto, lo que tengas que hacer, aquí.

—Sí, sí. ¿Puedo...? —la voz sonó ansiosa, aunque Alan detectó una especie de temor en el hombre. Era el temor a aquella oscuridad en la que Gloria estaba presa.

Tras un breve silencio el calvo volvió a hablar.

—¿Y cuándo estarán los dichosos papeles?

—En el momento en que te llame. No queda mucho. Me dejaron mal esta semana, algo con la pinche máquina y el enmicado de las tarjetas.

Hubo un rasgueo que Alan identificó como un conteo rápido de billetes. Había escuchado ese sonido incontables veces con el cambio de dólares de su padre y el Vigos en su casa. Se hizo el silencio, como si aquellos tres personajes se estuviesen viendo las caras unos a otros sin decidirse a dar el siguiente paso. Entonces la puerta se cerró. Se escuchó el

rechinado de una cama vieja. El hombre se había sentado junto a ella. Estaba seguro.

«Tienes que irte, Alan, vete, por favor, vete». La voz de advertencia resonaba pero era incapaz de moverse. No podía creer lo que iba a pasar.

Escuchó gemidos dentro y los rechinos de la cama aumentaron. Entre aquellos ruidos logró distinguir la voz de Gloria preguntando «¿De verdad me ayudarás?», y el jadeo entrecortado del calvo respondiendo un «Sí, ya escuchaste».

«Tienes que irte, Alan, tienes que irte», repitió la voz en su cabeza. Pero sabía que había ido demasiado lejos, tenía que verlo con sus propios ojos. Se agarró de uno de los barrotes y, arriesgándose a ser descubierto, logró atisbar en aquella habitación.

Aunque habían entrecerrado el postigo, Alan pudo ver por la rendija donde apenas se colaba el sol de la tarde. Gloria yacía debajo del calvo, que la montaba frenético. Gruñía como una bestia a quien costaba respirar. Entre cada gruñido le susurraba algo al oído. Ella crispaba sus manos en su espalda pecosa y movía las caderas de una forma que jamás había visto en las películas: era un cuerpo que entregaba su supervivencia, sus ganas de salir de ese lugar sin importar el costo. No podía despegar la mirada ni lograba salir de su estupor. Solo seguía el vaivén de sus ojos cerrados, de su bamba abierta diciendo «ah, ah, ah», y sus prominentes caderas rebotando en un ser amorfo que parecía desinflarse a cada embestida.

Cuando se dio cuenta de que aquella monstruosidad terminaría pronto bajó de la ventana. El calvo le murmuró algo que ya no pudo escuchar y la puerta se cerró. Escuchó a Gloria sollozar. Pensó en hablarle, para consolarla, para decirle que estaba con ella y que la iba a ayudar pero no pudo. Pensó que si ella se enteraba de que había sido testigo de

aquello podría perder su amistad para siempre. Con todo el sigilo del que fue capaz regresó al flamboyán a esconderse. Miró al viejo y al calvo subir de nuevo al Volkswagen. Se grabó sus caras, aunque el calvo —y su voz— le seguían sonando de alguna parte. ¿De dónde? Apretó los puños.

Recordó aquella promesa que se había hecho a sí mismo cuando ganó el *discman* y, claro, la pregunta: ¿qué más podía hacer para rebelarse contra las trampas que le tendería la vida, o para defenderse de gente como el Vigos? Sí, gente como el Vigos, como ese viejo y el calvo, gente que le intentaría arrebatar su felicidad y lo trataría como un imbécil. No lo iba a permitir. No lo iba a permitir. «Lo tendré listo muy pronto. Te voy a sacar de ahí, ya lo verás». Aunque lo que estaba en juego esta vez no era un aparato electrónico. Y por lo que había dicho el viejo, podría tener una oportunidad antes de que el calvo se presentara y se llevara a Gloria quién sabe a dónde. El reloj corría en su contra.

Con eso en mente y la foto de Gloria en el bolsillo fue de inmediato a la oficina de la Secretaría de Relaciones Exteriores a pedir información por las formas migratorias (FM2 y FM3), las solicitudes, requisitos, todo; argumentando que era para una tarea escolar. Descubrió que el FM2 era el permiso de residencia permanente que le permitiría a Gloria establecerse de manera legal en el país, incluso podría trabajar y alquilar algún departamento. Prestó atención a los sellos, firmas, el papel usado y el color. Acto seguido, fue a la mejor papelería que conocía en Tamul y sacó varias copias de la fotografía de Gloria. El papel quedaría recubierto de una pátina que le haría pasar por una foto mate normal y que ya había ideado. Pidió al dependiente que le mostrara cartoncillos de todas las tonalidades verdes existentes. Con sus ahorros de la paga dominical compró lo que necesitaba.

No durmió esa noche, estaba exultante. Las pruebas iban muy bien y descubrió con alivio que el tarjetón migratorio era mucho más fácil de elaborar que las corcholatas. El sello lo completó con una moneda de veinte pesos (la más grande) que mostraba el águila devorando la serpiente, el escudo oficial mexicano que estaba al alcance de cualquier mortal para plasmarlo donde quisiera, si sabía cómo.

Con todo y aquel empeño, Alan seguía sin poder reunir el valor suficiente para verla de noche, en la intimidad que facilitaban las sombras, y no con unos barrotos de por medio. Eso sí, preparaba cosas que le hacían sentir mal, como manipular la puerta de hierro para que chirriara lo menos posible. Por si acaso, había aceitado los goznes, el pestillo y la cerradura mientras se debatía en la duda de faltar al respeto a sus padres saliendo de noche como un ladrón.

Cuando ya se había resignado escuchó por casualidad la conversación de su madre. Ese día que regresaba de la prepa debió de haber entrado como un gato, porque cerró la puerta de la calle, se deslizó por el patio y nadie pareció haberse enterado. Al acercarse a la cocina, escuchó voces detrás. Su madre hablaba con alguien más. Habían mencionado su nombre. Se agazapó debajo de la ventana.

—Alan no se pelea con nadie, ni un ojo morado siquiera. No tiene sangre en las venas, Carmen. Por eso creo que tampoco tiene novia y me temo lo peor. Se la pasa en su cuarto, encerrado y nada más.

—Jesús, María y José. ¿Entonces sí es maricón? —Alan reconoció la voz atiplada de la mujer del Vigos.

—No lo he comprobado pero las señales son fuertes. Una que otra vez lo he visto con comportamientos... que no parecen de hombrecito.

—Ya decía yo. Ni caso le hace a mi hija. Cuando le digo que debería invitar a Alan al cine o algo solo se ríe como desquiciada y hace una señal con los dedos. Chamaca malcriada. Pero que tu hijo no dé el paso dice mucho.

—Qué más quisiera que al menos salieran al parque, pero nada. Mi hijo no quiere saber nada de noviazgos ni de salir. No se convence de nada.

—Será que por el... tamaño.

—Hace tiempo que no le veo allí abajo, comadre, pero si está acomplejado por eso lo mejor será llevarlo a un burdel y así salimos de dudas. Mi marido ya me lo ha preguntado, para cuando cumpla dieciocho. Él también está preocupado, no se crea. Queremos nietos en un futuro.

—Si quiere que sea regalo de mi marido. Nosotros lo arreglamos. Así se le quitan las mariconadas y al fin podrá dar el paso para invitar a mi hija. Imagínate, un matrimonio que asegure tu gran casa y las fiestas hasta que seamos muy viejos, comadre.

Las mujeres rieron con ganas. Alan regresó con el mismo sigilo al patio del porche y descubrió que su piel estaba tan caliente que podría haber sopleteado llamas a uno de los árboles frutales de su padre hasta carbonizarlo. El cuello y la cabeza le latían, y por un momento pensó que dejaría de respirar. Empezó a ver extrañas motas de luz entre los intersticios del árbol. Al acuclillarse sintió una primera punzada en la espalda baja que se quedaría con él a partir de entonces. Respiró. Tras unos instantes, entró y saludó cortésmente a su madre y a la esposa del Vigos. Comieron sin mayores aspavientos.

Más tarde ese mismo día se sintió débil y su ánimo se desplomó tanto que tuvo que recostarse. Creyó que vomitaría ante el mareo repentino. El bochorno acumulado en su cuarto lo ahogaba, y al cerrar los ojos, motas de colores

estallaban tras sus párpados semejando caleidoscopios. Todo empezó con los espacios de luz horizontal en la persiana de su habitación. Esos intersticios que tamizaban la luz de la luna empezaron a sacudirse, a desenfocarse, como si la mirara en su cenit a través de un muro de agua, bajo la superficie cristalina del mar. Por un momento sintió que esa era su muerte, que ahí permanecería hasta que su cuerpo se desintegrara, a nada de la superficie acuosa. Las barras de luz empezaron a latir fuera de su control como un faro enloquecido, encegueciéndolo. Escuchó entonces el retumbar de un corazón al compás de los borrones lumínicos de la persiana. Lo primero que pensó fue que un mundo adyacente empezaba a entrar en contacto con él a través de sus sentidos. Sus íntimos deseos de hacer desaparecer al Vigos, a su hija, a su esposa, incluso a sus propios padres, habían mandado una señal que tenía una respuesta. Esas pulsiones se transformaron en un «no vayas», una meridiana advertencia que venía de muy lejos (o muy cerca, no estaba seguro). La luz pulsante lo había capturado en una especie de ensoñación, un picómetro gigantesco cuyas barras reaccionaban a la música de los latidos, como los equalizadores de los estéreos digitales. Por un instante, Alan pensó que todo un camino de vida —o muerte— dependía de salir o no esa noche, que si comenzaba a rodar ese día nunca se detendría, incluso cuando el tiempo y las épocas hubieran terminado y solo quedara la oscuridad.

«¿Qué diablos es esto?».

Los intersticios dejaron de latir. Los graznidos de los zanates rezagados, la orquesta de grillos y ranas exigiendo lluvia regresaron desde el patio y por un momento se quedó inmerso en algo parecido a la mente en blanco. Las luces horizontales le preguntaban si valía la pena ir a ver a Gloria.

Pero en seguida el FM2 de marras sobresalió entre los papeles de su escritorio, una obra maestra personal con la única foto que Gloria poseía y cuya sonrisa enmascaraba un pasado irremediable. Eso y las imágenes de su cuerpo retorciéndose bajo el calvo, trastocadas por su agitada imaginación, dieron el empujón final.

Daba la alegre casualidad de que a su padre le tocaba el turno de noche. Su madre ya había apagado las luces de su cuarto y se escuchaban leves ronquidos. «Si me descubren —pensó— no tengo ninguna coartada como con la refresquera». Entonces recordó las palabras de su propia madre, las risas, y apretó los puños. Ya vería lo que podía hacer un maricón como él. Incluso tuvo la loca idea de presentarle de una vez a Gloria. Eso no lo hacía un marica, ¿verdad? Ya vería cuando por la mañana fuera a despertarlo a su cama y los encontrara durmiendo, abrazados. El corazón le latía frenético. Giró la llave y deslizó el portón de hierro forjado. Rechinó pero no tanto como esperaba, gracias a sus baños de aceite 3 en 1. Con la misma llave se ayudó a cerrar para que el pasador no golpeará. Estaba fuera.

Un mundo ajeno, casi desconocido se abría ante él. Eran las dos de la mañana y su calle pertenecía a la noche, mezcla de sombras y luces opacas de las farolas y autos circulando en la avenida lejana. Curiosamente, su calle estaba tan vacía como lo solía estar a las dos de la tarde. Mientras tanteaba como un ladrón las aceras cuarteadas, pensó que podría toparse con gente mala. Sus amigos de la prepa contaban historias de pandillas de cholos que bajaban tenis y violadores homosexuales que pululaban en las zonas bajas de Tamul. «¿Y ahora piensas esto, Alan?», se recriminó. «He visto a gente mala en esas casas, nada de cholitos baja-tenis. Gente mala de verdad. Ese calvo no me va a quitar mi felicidad», retumbó en

otra parte de su cabeza. Sentía sudor frío en la nuca mientras sus pasos vacilaban hacia la oscuridad.

Llegó a la vecindad y descubrió todos los postigos cerrados. Pensó en tocar pero decidió que esta vez quería verla completa, no solo un rostro y manos que aparecían y se difuminaban en la nada. Con el papel migratorio por delante la convencería de irse con lo puesto a su casa. Ya les explicaría todo a sus padres, la esconderían... El estómago le rugió de solo pensarlo. Dio la vuelta a la colmena de casas que conformaban la vecindad y vio la reja de la entrada, cerrada. La midió, podía trepar... Estaba cerrada pero no tenía puesto el candado. Tampoco estaba el Volkswagen. Los goznes se quejaron, pero solo un poco. Ya estaba dentro. Hubo un último amago de volver, pero la evocación de la sonrisa del Vigos salpicada de blanco, la voz repelente de su mujer y su hija haciendo la señal con los dedos riéndose como estúpida le espolearon el orgullo. La imagen del calvo montando a Gloria y marcada a fuego en su mente completó el valor para seguir adelante.

Había un patio de tierra plagado de yerbajos y decenas de sogas con unas cuantas prendas colgadas. Descubrió que todas las viviendas se hallaban cerradas a cal y canto. Olía a agua podrida y a carne quemada que provenía de un fogón improvisado que todavía humeaba. Con el sudor bañándole la frente trató de ubicar el cuartucho de Gloria, donde seguro estaría ahora en una duermavea esperando salir de ahí. Presa del nerviosismo, abrió una puerta. Cuando se acercó, un hedor como nunca antes había sentido apuñaló su nariz. Su vista, aunque acostumbrada a la oscuridad, dejaba a la imaginación completar el cuadro. Era como si aquellas sombras hacinadas que solo delataban vida por el ruido de sus respiraciones estuvieran muertas hacía años.

Se imaginó a los esclavos de las plantaciones de algodón de Estados Unidos que había conocido en una de las novelas gráficas de su madre, *Carne de ébano* de Vargas Dulché. El vómito subía sin aviso, y cuando sintió el regusto agrio en la lengua, hizo lo posible por controlarlo. Los ojos le lagrimaban por aquel olor emparentado con tumbas abiertas. Se movió como una marioneta a las otras puertas y el espectáculo se repetía. ¿Y si Gloria estaba ahí, mezclada con los cuerpos casi putrefactos? ¿Cómo la llamaría?

Cuando estaba por abortar la misión miró una puerta que para su sorpresa estaba entreabierta, y por el resquicio se filtraba una tenue línea de luz. Atisbó por la rendija y descubrió a Gloria dentro, sola. Su perfil se delineaba gracias a la luz de una veladora. Boca abajo sobre el suelo mugriento, jugaba con un pedazo de papel. Era una figura de origami, la clásica grulla. Gloria dejó de ver el papel y clavó sus ojos en Alan, que seguía deleitándose en aquella imagen.

—¿Alan? ¡Qué haces aquí! —susurró, realmente sorprendida. Se incorporó tratando de creer lo que veía—. ¡El viejo está en la otra habitación!

—Vine por ti.

Gloria volvió a sentarse ahí mismo, en el suelo. Acomodó la falda del vestido, recogió las piernas y una sonrisa cruel se formó en su rostro salpicado de las luces y sombras que fluctuaban con la veladora.

—No te necesito. Tienes que irte, Alan. Te lo dije la vez pasada. Ya me están ayudando y no lo entiendes. Si el viejo se despierta nos matará.

—Creí que te gustaba. Tú me gustas mucho, de verdad.

Una risita de Gloria.

—Eres un niño.

—No puede ser que te guste más ese pelón asqueroso. Te vi la otra vez con él, en esa cama.

Gloria abrió los ojos y lo miró enfurecida. Por un momento Alan se arredró ante la furia que asomaba en aquellos ojos negros. El momento pasó y volvió a mirarlo con indiferencia.

—Eso ya no es asunto tuyo.

—Pero bien que me aceptaste el sándwich y el refresco.

—Ese pelón me va a ofrecer muchas más cosas que un mísero sándwich y un refresco.

—Traigo tu tarjeta de residencia. El FM2 —hizo el amago de sacarlo del bolsillo pero Gloria rio y negó con la cabeza. Se levantó y dejó la grulla de origami en el suelo. De repente, el calor acumulado en aquella habitación lo abrumó.

—Vete, Alan. Vete o grito. Es lo mejor para los dos, aunque no lo entiendas.

—¡Que no soy un puto niño!

Gloria se aproximó a él. Alan estaba paralizado y creyó por un instante que la chica lo mataría ahí mismo. Sosteniéndole la mirada, la mulata acercó los labios a los suyos y le dio un beso tembloroso. Alan se estremeció ante aquel contacto y Gloria volvió a reír con ese tono burlón, muy parecido al de la hija del Vigos.

—Eres virgen. Lo sabía.

Alan estaba petrificado. Sintió su olor agresivo, como el día que la conoció. Se perdía en el contacto de su piel caliente, la cercanía de sus rizos enmarañados, su voz grave murmurando su nombre, el rasgueo de su vestido blanco.

La mano de la mulata bajó a su entrepierna y sujetó aquello que ya palpitaba, atronándole las sienes. Alan sintió que su cuerpo estallaría de un momento a otro. Era la primera vez que alguien le tocaba allá abajo. Lo que todos habían visto

cuando el Vigos le arrancó la poca dignidad que le quedaba ahora estaba en manos de Gloria.

—Esto es lo que buscan todos a final de cuentas —susurró ella, sin dejar de verlo a los ojos. Tras unos momentos, sin mover un músculo, soltó a Alan. Volvió a dedicarle esa sonrisa perversa que a contraluz resultó más intimidante que nunca.

—La tuya no tiene nada de especial. Muy pequeña, incluso erecta. Aunque lo niegues, al final sí que eres un niño.

Alan sintió un mareo repentino. Un encantamiento poderoso se había roto dentro de él. Las luces horizontales destellaron un instante en su cabeza, acentuadas por el calor. «No lo hagas, Alan, no lo hagas, no lo hagas, no lo hagas...».

—Adiós, Alan. Vete.

—No... ¡No!

—Al menos con el calvo lo paso bien. Él sabe lo que hace.

Alan titubeó y al fin movió las piernas agarrotadas. Su instinto, como las primeras veces que la veía en la ventana, le obligó a alejarse de aquel ser dañino. Supo que si se quedaba ahí Gloria terminaría por destruirlo, por reducirlo a nada. Buscó la salida entre las sombras y los tendederos del patio. Las lágrimas le escocían los ojos y aunque las punzadas en la espalda baja volvían las ignoró de momento. Sintió unas ganas tremendas de agarrar un palo y atizarle al calvo, atizarle a ella por mentirosa y por puta, por puta mentirosa de mierda. «¿Por qué me lastima así?, ¿yo qué le he hecho?, ¿qué le he hecho?». Las lágrimas estaban a punto de cegarlos. Se pasó un brazo por los ojos y siguió su loca carrera por la calle desierta.

«Ya valiste verga. Ya valiste verga, hija de la chingada».

La furia lo dominaba y dirigía sus movimientos. Cuando se dio cuenta había topado con un teléfono público. Descolgó el auricular.

Respiró hondo.

Digitó tres números y esperó.

—Policía municipal —contestaron.

Esperó agazapado tras unos flamboyanes a que todo terminara mientras sentía que el lumbago se le desgarraba a medida que la espera se prolongaba. Y vaya si todo terminó mucho antes de lo pensado. Primero llegó un auto de policía sin luces y sin torretas que se estacionó en la esquina de la vecindad. Bajaron dos hombres vestidos de paisano. A la vez, descubrió a lo lejos sombras inconfundibles de camionetas que se acercaron también con las luces apagadas. Era la policía municipal, estatal y migratoria. Habían rodeado las calles adyacentes.

El jaleo despertó a media colonia. Empezaron los gritos a la par de los aullidos entrecortados de la sirena. Dos disparos iluminaron el patio de los tendedores. Gritos. Los policías empezaron a sacar a rastras a aquellas sombras hacinadas, algunas desnudas. Los que se resistían recibían sendos porrazos en la cabeza, la espalda y las piernas. A las sombras más pequeñas las sujetaban del pelo. Más chillidos. Las luces de las casas vecinas se encendieron y algunas sombras se asomaron por las ventanas. Las viejas chismosas de la calle ya atisbaban desde sus frontispicios, invocando a todo el santoral.

El viejo, vestido solo con unos calzoncillos sucios, salió blandiendo algo como una pistola.

—¡Dónde chingados está el jefe!

Parecía presa de una danza ritual y hacía unas muecas terribles, como si invocara a algún demonio. Como no soltó lo que llevaba en la mano, los oficiales abrieron fuego. Cayó justo en la reja de la entrada. Hubo más gritos. Un periódico llegó en una camioneta con dos reporteros y ya tomaban fotos sin perder detalle. Un oficial les salió al paso. Discutieron. El

municipal arrancó la cámara al periodista y la azotó contra el pavimento. Hubo gritos, forcejeos. Más municipales llegaron por detrás y les atizaron con las porras. Terminaron en el fondo de una de las patrullas con las demás sombras.

La sacaron a rastras también, chillando, pataleando. Gloria iba desnuda. Por fin vio su cuerpo relumbroso de sudor, sus formas de mulata que siempre había imaginado, aunque de miembros más delgados y desnutridos. A saber cuánto tiempo llevaba ahí, cuánto tiempo desde que había escapado de la isla. A saber si sus sándwiches y el refresco Cristal eran lo más apetitoso que había comido en su vida. Cuando pasó por la reja patinó con la sangre del viejo, que quedó impregnada en las plantas de sus pies como una suela oscura y viscosa. Entonces Gloria *realmente* miró su cadáver y aulló.

—¡No, no, no!

Los municipales no disimularon su impresión, pero fue algo breve como un parpadeo. Esta vez se unió otro oficial que la sujetó de sus fabulosos rizos. Alan sintió una descarga que llegó como un tren a su estómago y vomitó sin remedio. Las lágrimas emborronaban las luces de la patrulla, las arcadas difuminaban los gritos y los porrazos de los municipales y el ruido del cuerpo de Gloria al golpear con la fría lámina de la batea, junto a los periodistas, que con la frente ensangrentada parecían dormitar. El dolor del lumbago era tal que Alan creyó que la espalda se le partiría en dos.

La radio se encendió de repente. Había estática. Entonces, algo como un latido empezó a transmitirse por los altavoces de la cabina. Luis respingó. En los gráficos de la pantalla, los latidos

se dibujaban en picos de subidas y bajadas. Alan miró aquello y recordó las líneas horizontales de la persiana. Sonrió.

—¿Era eso lo que buscabas? Por eso no pusiste pegas a la ruta, ¿no? La Rusia profunda, la Rusia que esconde cosas, cosas como la Kolymá... La materia y la antimateria y todo eso que te encanta.

Luis parecía ahora sorprendido. Como si Alan le hubiera confirmado lo que significaban aquellos sonidos.

—¿Qué importa eso ahora?

—Imagínate, Luis, has hecho que me emocione.

Luis soltó una risa nasal.

—Cuando me contabas esta parte de Gloria siempre creí que exagerabas, que era parte de toda tu faramalla. Pero debo reconocer que decías la verdad.

El asunto de *la casa de seguridad de los balseros cubanos ilegales* fue primera plana varios días. Como coletilla a las detenciones, dos periodistas de *El noticioso* de Tamul habían desaparecido esa noche y se ignoraba su paradero. El público estaba ávido de conocer los pormenores de la redada pero en la prensa no se hablaba ni del viejo asesinado ni de los balazos que habían escuchado los vecinos. Para calmar las aguas políticas, el gobierno municipal decidió que los adultos fueran inmediatamente deportados. A los menores de edad —responsabilidad inherente al Estado mexicano, dijo el gobernador— los enviaron a una casa hogar del DIF municipal regentado por la orden del Divino Verbo, unas monjas sombrías que ya habían recibido denuncias en el pasado por fraude en la adquisición de alimentos y enseres para los huérfanos. Parte de las ayudas las vendían al mercado negro

para obtener beneficios nada despreciables, decían las malas lenguas. Las denuncias nunca prosperaron y las hermanitas permanecían como Jesús en el desierto administrando aquella casa hogar en las afueras de Tamul.

Pasó dos días terribles por la lumbalgia, tirado en la cama. Incorporarse era una tortura. Mientras pasaba aquella dolencia intentaba mirar las líneas horizontales de su persiana, pero el fenómeno o lo que creyó experimentar no se repitió. Estaba arrepentido por haber hecho la denuncia. La forma en que sacaron a Gloria de ese lugar lo había conmovido y deseaba ayudarla de verdad. Podía pasar por alto lo del calvo, su traición, sus humillaciones, todo lo olvidaría si aceptaba su ayuda y se iba con él. Tenía que llegar a ella. Con su papel migratorio listo Gloria podía salir de ese lugar y vivir como cualquier mexicano. El plan B que había desdeñado era su única salvación ahora, y estaba en manos de Alan. Él estuvo investigando por su cuenta pero había poca información de la casa hogar —inexpugnable, no permitía visitas injustificadas— y de su situación intramuros.

Dos semanas después de la redada, la respuesta le vino por medio de la televisora local y un programa especial que veía su madre, un programa que seguía, por supuesto, los detalles del “drama humano” como todos en la colonia. La voz cantarina del calvo le llegó desde la sala y los vellos se le erizaron al recordar esa misma voz llamarle a Gloria “angelito de chocolate”. Era su voz en la tele. El payaso Claudio, un emblemático artista tamulense que conducía un programa infantil de radio por las mañanas, hablaba en una entrevista por su labor social. Le preguntaban por las niñas del orfanato y de su trabajo con ellas.

—Yo no lo llamaría orfanato y, perdona la corrección, pero hay que ser conscientes de que muchas de esas niñas

representan un problema que emana desde las raíces de nuestra sociedad. Dentro hay pequeñas cuyos padres tienen problemas con adicciones, divorcios violentos o simplemente no quieren saber nada de sus propias hijas. Son huérfanas de un sistema, de una ciudad que cojea y no fomenta los verdaderos valores familiares. Así es Tamul: estamos perdiendo nuestro futuro.

Alan se acercó a la tele y reconoció de inmediato al hombre calvo que había llegado con el viejo en el Volkswagen escarabajo. Sin maquillaje, Claudio era idéntico al calvo que había poseído a Gloria aquella tarde, el mismo que había acordado comprarla con aquellos billetes que resonaban en la oscuridad. Cortaron la entrevista y mostraron imágenes, ahora sí, de Claudio caracterizado como payaso trabajando en la casa hogar con niñas de diferentes edades.

El lumbago pareció reactivársele cuando vio a Gloria en la pantalla, siempre junto a Claudio. Reían y se intercambiaban figuras de origami; en los juegos de las sillas ella corría a abrazarle; se tomaban fotos con el grupo de chiquillas y ahí estaba Gloria junto a él. Para otro telespectador eran imágenes de algo inocente, pero aquellos acercamientos se revelaban claros para Alan.

«¿Sería posible que...?».

Apretó los puños.

Todos en Tamul conocían al payaso Claudio. Hacía voces con un talento increíble, tenía en su repertorio un conejo locuaz, un perro científico y una bruja que hacía encantamientos dudosos, todos muy divertidos. Por eso le sonaba familiar aquella voz musical y apta para toda esa farándula. Claudio continuó hablando de la labor social que hacía con un teatro de marionetas y talleres de origami que despertaban el interés de las chiquillas caídas en desgracia.

Aquella misma tarde Alan supo lo que tenía que hacer a continuación. Al día siguiente fue a ver a Claudio a la cabina de radio, una pecera de cristal empotrada en una de las secciones del palacio municipal de Tamul. Se sentó, viéndolo gesticular del otro lado del cristal. Esperó a que el programa acabara y Claudio saliera. Cuando lo tuvo delante, descubrió que la edad había hecho mella en él. O es que siempre lo recordaba como el payaso de la inmensa nariz roja y cabellera afro con colores chillones y, claro, el maquillaje blanco y azul que lo caracterizaba. Pero la infancia de Alan ya había quedado muy atrás. ¿Así sería desde entonces o es que ya había envejecido por el natural paso de los años? Ahora se ponía nervioso. ¿Y si fuera de cabina era un cabrón egocéntrico y mamón que ni siquiera saludaba?

Los calvos le intimidaban un poco, aunque él se había dejado las sienas tiznadas de plata. Además, llevaba ya las arrugas de los ojos y de la comisura de los labios. Una gruesa papada le forraba la garganta. Con las imágenes de Gloria con él encima y el asco acumulado desde entonces, se armó de valor para hablarle.

—Señor Claudio, hola.

Alan se sonrojó al instante. El hombre no iba personificado como Claudio. Tenía un nombre, pero no lo recordaba. Se recriminó por su estupidez.

El hombre se volvió. Su cara mostraba desconcierto. «Claro, debía de ser de esos artistas que se sienten mucho, se ofenden con nada y les caga ser reconocidos en la calle», pensó desconsolado.

—¿Perdón? —soltó el hombre.

La papada se le movió un poco al hablar.

—No, no, perdón, es que se me olvidó... Soy Alan Ortiz, estudio en la prepa ciento nueve...

Claudio enarcó las cejas. Se veía que trataba de procesar lo que estaba viendo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Vengo... vengo a ofrecerme voluntario para trabajar con usted. En la casa hogar.

El hombre ahora parecía realmente sorprendido. Entonces, el espíritu del payaso que vivía en él pareció salir a flote por un momento y sonrió. Su voz sonó como uno de los personajes que daba vida dentro de la cabina.

—¿En serio? ¿No me estás vacilando?

—¡No, no! Quiero ayudarle.

El nerviosismo de Alan provocó la risa del payaso. Cuando el momento pasó Claudio se quedó mirándolo. Alan reprimió un gesto de asco. Ya no podía echarse para atrás, eso lo tenía claro.

—Quieres ayudar... Mmm... —dijo esta vez con aire serio. Parecía pensar en algo, estudiando al muchacho de arriba abajo.

Alan estrechó su regordeta mano y tuvo que reunir todo el temple para reprimir el vómito por tocarlo. Salieron de la radiodifusora y se sentaron en una banca bajo un inmenso flamboyán en la plaza del palacio municipal. Era media mañana y la ciudad bullía de actividad en las avenidas adyacentes.

—Así que quieres apoyar en la casa hogar. Me parece súper.

Cuando Claudio hablaba a veces parecía que el conejo saldría expelido por sus cuerdas vocales. Trataba de recordar cómo se llamaba ese conejo. Claudio resultó, para su alivio, un tipo normal, ni muy alegre ni tampoco un artista atormentado. Para hacer creíble el asunto, Alan le dijo que aquello le serviría para adelantar su servicio social y hacer puntos para una futura carrera universitaria. Una mentira que le parecía convincente.

—Puedo ayudarte en manualidades de papel, llevando tus cosas de un lado a otro, lo que necesites.

—¿Hasta hacer de patiño? —Claudio lo miró entornando los ojos.

Alan debió distender los músculos de la cara porque la reacción inmediata del payaso fue reír. Esta vez sí que le pareció escuchar al conejo en la risotada breve.

—Te estoy vacilando, chavo.

—No, no es eso, es que no sé qué decir, no soy actor ni nada parecido...

—Por la cara que pusiste podrías ser un buen patiño: alguien que no lleve muy bien el humor y las bromas; el contrapeso, pues. Pero no te preocupes, no hago esas rutinas con las niñas, aunque lo había pensado.

—Dime, yo puedo aprender y ayudarte.

Claudio tamborileaba los dedos sobre su pierna, sin dejar de mirarlo a los ojos. Debía estar pensando que sin duda había otras motivaciones dentro de aquella petición. Claudio debía saber que nadie da un paso sin huarache, nadie se ofrece a menos que haya ganancias, de cualquier tipo. Pero Claudio no encontró nada en ese escrutinio, o al menos no se le ocurrió. A su parecer, compró la mentira del servicio social adelantado. Sacó un cigarro y lo encendió. Lo único que le dijo fue:

—Bien, Alan. Entonces te veo el sábado en la entrada de la casa hogar. ¿Sabes cómo llegar?

Cuando dejó a Claudio, las piernas le temblaban mientras caminaba hacia la parada del autobús. Lo había conseguido. Ya estaba dentro del orfanato, y en las narices de ese maldito enfermo.

Llegó el sábado y vio llegar a Claudio en su Volkswagen escarabajo, el mismo que había visto llegar a la casa de seguridad. Reprimió otro gesto de asco mientras volvía a

estrecharle la mano. Sus nervios estaban de punta. Llevaba en su mochila una carta donde le declaraba sus sentimientos a Gloria, le contaba lo que le gustaría hacer cuando ella saliera y se fueran a vivir juntos, y acababa con el nuevo ofrecimiento del FM2. Con eso ella podría conseguir un trabajo digno y él entraría a trabajar a algún hotel de la zona turística de Tamul. Esa idea no le atraía si pensaba en su padre y en el Vigos, pero les permitiría coincidir y trabajar juntos, ahorrar y tirar para adelante. Recordó una línea especialmente buena, que esperaba fuese convincente para ella: *Claudio es un enfermo; no te espera nada bueno con él, te lo aseguro*. El estómago le rugía constantemente.

Se miraron apenas entraron al patio principal, una plancha terrosa que reflejaba como un horno los rayos del sol. Gloria abrió mucho los ojos y pareció turbada. Acto seguido, desvió la mirada y adoptó una actitud seria, incluso ausente. Mientras las chiquillas víctimas de familias desintegradas u otros horrores tomaban asiento en la amplia explanada de tierra dispuesta para el *show* y los talleres de Claudio, Alan trataba de buscar sus ojos pero no los encontraba.

La actuación de Claudio empezó con las marionetas y las voces, que hacía de maravilla. El conejo Chacho (ahora se acordaba) era la estrella de los chistes y rutinas sobre el precario tablado. Las madres, como pajarracos perchados, permanecían bajo la sombra de los edificios sin perder detalle de sus movimientos. Claudio le decía lo que tenía que hacer sobre la marcha, qué cosas necesitaba, y Alan puso todo su empeño para ser un buen ayudante; quería regresar las veces que fuesen necesarias para armar con Gloria la huida que les daría la felicidad completa.

Fue más difícil de lo que pensaba. Los ojos penetrantes de las monjas, desprovistos de cualquier forma de piedad,

escrutaban al nuevo ayudante y no parecían quitarle el ojo ni un instante. ¿Cómo diablos podría darle la carta?

—Claudio también podría pegarme uno o dos tiros. No supo nada hasta que fueron por él y se lo llevaron como a Gloria.

Luis reaccionó. Los latidos que provenían de algún sitio allá fuera y que captaba la radio ya se habían mezclado con sus respiraciones.

—Claudio, es verdad. Se me había pasado ese detalle. Otra víctima de todo esto.

—Sí. Pero él se lo buscó, Luis. No me digas que defiendes a ese mierda, de verdad.

Luis rio.

—Tú sí que eres un mierda.

—¿Vas a disparar o sigo hablando?

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿Cuenta de qué, Luis?

—De que ya estamos muertos. Tan muertos como los desgraciados bajo nuestro coche.

Encontró la oportunidad cuando Claudio pidió voluntarias para el juego de las sillas. Alan se ofreció a traerlas de la mano. Gloria no levantó la mano en la primera ronda. Pasó la segunda y la mulata seguía con la mirada perdida en el escenario, viendo más allá de los muros, más allá de los concursos y trastadas del conejo chistorete.

Alan hizo algo que pudo haberle costado no regresar al orfanato: sin esperar la orden de Claudio, tomó de la mano

a Gloria. Incluso el payaso pareció titubear tras el micrófono. La sintió temblar cuando le deslizó la carta mientras estaba todavía sentada entre el grupo de chiquillas levantando la mano. Se miraron. Esta vez no olía a sudor ni a capas de mugre acumuladas. Incluso sus facciones habían ganado volumen. «Métetela en el bolsillo, por favor, Gloria, no habrá más chances», pensó. Cayó en la cuenta de que vestía una blusa desteñida y unos vaqueros raídos. ¿Cabría allí la carta?

Gloria fue rápida. Un pase de manos a los bolsillos y, como si fuera un acto de magia de Claudio, el papel había desaparecido. La llevó de la mano al escenario y entre el griterío y la música le susurró:

—Regresaré por ti.

Gloria no cambió su aire ausente mientras duró la visita.

El *show* terminó y mientras cargaban las cosas al auto Claudio comentó entusiasmado los resultados: estaba complacido con la ayuda. Le dijo que podría ir subiendo de nivel payasístico. Por su parte, Alan estaba feliz. Incluso se le hizo soportable subir a su Volkswagen cuando aceptó su ofrecimiento de acercarlo a su casa.

—Pobres chiquillas. ¿No te parece una mierda, esta ciudad, esta simulación de grandeza turística? —dijo Claudio de repente. Encendió un cigarro aprovechando un semáforo en rojo. El ruido del Volkswagen escarabajo era bueno para ocultar aquellos silencios que acrecentaban la repugnancia que le inspiraba el payaso.

—Tamul es así.

Claudio asintió.

—¿Eres de aquí, Alan?

—Sí.

—Entonces debes pertenecer a la primera generación de niños nacidos en Tamul. Yo llegué en los setenta, cuando

todo esto apenas empezaba. Selva, playas, tortugas, y mira, hasta era bonito. Nos conocíamos todos, no había policía. Y tampoco había nadie que hiciera reír, nadie que entretuviera a la primera generación de tamulenses como tú. Me aventé al ruedo, como se suele decir. No estudié para *clown*, como les dicen ahora esos mamones. El payaso de fiesta se va perdiendo, como el organillero, como el panadero que aplaude mientras pasa por la calle. Los niños ya no quieren escuchar a Cri-Cri, piden hip-hop, rap y esas absurdeces.

Alan llevaba planeándolo desde la semana pasada. Tenía que decírselo. Se lo había pensado, pero quería afianzar su confianza, y sabía que la mejor manera de acercarse a los artistas era adulándolos.

—Tú estuviste en uno de mis cumpleaños, Claudio. Lo recuerdo.

Como previó, al payaso se le iluminó la cara.

—¿En serio? ¿Cuántos cumplías?

—Siete. Fue muy divertido, de verdad. El mejor cumpleaños que he tenido —mintió en esto último, reprimiendo una vez más el asco que le daba halagarlo.

—Sería hace unos diez años. Seguro que me acuerdo...

—Mira.

Cuando les tocó otro semáforo en rojo Alan abrió su mochila y le mostró una foto a color, un poco desgastada. Ahí estaba él junto al payaso. Delante de ellos estaba un pastel en forma de cancha de fútbol con una enorme vela con el número siete. Claudio habló con la voz del conejo Chacho.

—¡Santa cachucha, ahí seguro que todavía tenías pelo, Claudio!

El payaso se contestó a sí mismo con su propia voz.

—¡Cállate pinche Chacho, que yo no voy por ahí ventilando tus problemas maritales!

Alan no pudo evitar reír con la pequeña rutina de chistes, cada vez más subidos de tono y que claramente no formaban parte de sus rutinas para los pequeños. Claudio podía ser un maldito enfermo pero lo gracioso no se lo quitaba nadie. Era realmente bueno en lo que hacía. Ambos terminaron desternillándose de risa. Pasó el momento y Claudio dijo ya más calmado:

—Tuviste mucha suerte, Alan. Hoy Tamul da pena. Tiene los problemas de una ciudad vieja y enferma.

«Y tú eres parte de eso, hijo de la gran puta», pensó Alan. La risa lo había tranquilizado pero ahora tenía que disimular la creciente furia en su pecho.

—Pero al menos ayudamos, ¿no?

Claudio sonrió. Miró a Alan y le palmeó la pierna. Por un momento el impulso del muchacho fue darle un puñetazo, pero usó todo su temple para permanecer tranquilo. Tuvo suerte de que el vehículo ruidoso ocultara un breve gemido de repulsión.

—¡Exacto! ¡Exacto, mi buen Alan! Eres un chingón y tienes una gran calidad humana. Podemos hacer grandes cosas con esas niñas.

Alan sintió que el corazón se le paralizaba. ¿Estaba siendo sincero? No, no podría ser sincero. Con lo que había visto sabía quién era ese hombre y lo que era capaz de hacer.

—Tú júntate conmigo, chavo —le guiñó un ojo—, y haremos cosas chingonas juntos.

Antes de bajarse, Alan le ofreció un bolígrafo Bic y la foto.

—¿Me la puedes firmar?

Claudio estaba realmente halagado. Tomó la pluma y la firmó: *Con todo el cariño para el cuate Alan, un tamulense de verdad.*

Resultó una agonía esperar al siguiente sábado. La vio esta vez con una blusa verde y unos shorts (con bolsillos grandes, para su alivio). Parecía que se había arreglado para él. Todo iba sobre ruedas. Si al menos tuviera un minuto para hablarle...

Apenas cruzaron el umbral de la reja principal Alan ya tenía a una de las monjas respirándole en la nuca, muy cerca, como una sombra de muerte, un buitro leonado esperando el último latido de su corazón para comérselo entero. Estaba claro que no les había gustado nada su presencia.

Mientras pensaba esto, vio a Claudio a lo lejos, ya maquillado, discutiendo con la madre abadesa. ¿Qué tan irreal puede ser una discusión entre alguien con una nariz de bola roja y una peluca afro multicolor y una mujer arrugada, envuelta en el negro de sus hábitos? Por un momento pensó que todo aquello era un sueño. Se preguntó qué carajo hacía allí ayudando a un payaso, siguiendo a una pobre muchacha a la que había sumido quizá en una desgracia peor que la que ya tenía en la casa de seguridad. «Pero aquí al menos se baña», pensó con malignidad. «Peor no podía estar, hasta le hice un favor». Claudio gesticulaba con sus manos enguantadas y seguramente eso también enardecía a la madre abadesa, que permanecía como una estatua respondiendo a todo lo que decía Claudio, señalándole al pecho con su dedo torcido. Escuchaba trazas de la voz del conejo Chacho que se colaban en el diálogo y tuvo ganas de reír a carcajadas.

En un momento, Gloria se le emparejó a una distancia tal que fácilmente podría haberla abrazado. Esta vez olía a un tipo de colonia muy leve que lo conmocionó. Volvió la cabeza para ver si el buitro seguía esperando tras él pero había desaparecido. Entonces rieron, rieron al unísono, casi entre dientes, pero compartieron la gracia que daba la escena. Alan

de verdad sintió que eran almas paralelas, reunidas ahora por una desgracia inenarrable. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no hablarle, para decirle lo mucho que la quería y el futuro que podían tener. Ella deslizó un papel por su mano. Como si hubiera sido un choque inocente, casi descuidado, lo tocó.

—No la abras aquí —fue todo lo que dijo.

Tras el momentáneo contacto de pieles —¿cuántas veces se habían tocado desde que la conoció tras esos barrotes?— Gloria se alejó hacia el patio con las demás niñas. Alan sintió el papel en su mano y un tipo de electricidad que le erizó hasta el tuétano. Por un momento pensó en mandar a la mierda la actuación e irse a leer la carta que le había escrito. Decidió al menos respetar los deseos de la mulata.

El *show* empezó a pesar de la cara sombría que traía Claudio tras el encuentro con la abadesa. Dio órdenes escuetas a Alan y empezaron los talleres de manualidades. Las monjas rondaban entre las mesas dispuestas en un amplio salón donde por fortuna entraba luz y aire suficiente, ya que solo había un ventilador pendiendo del techo que chirriaba sin cesar. Cuando Claudio no hablaba por el micrófono, el rasgueo de los hábitos era lo único que se escuchaba junto a los cortes y dobleces de los papeles. Esta vez, Gloria no escondía la mirada y se reía de los chistes, parecía más animada que la primera vez que se vieron.

Las emociones estaban a punto de reventarle el pecho a Alan. Sentía el estómago lleno de un aire liviano, como helio que lo haría flotar lejos. Seguro que en la carta ponía fecha y hora de la evasión. «Te veo a las tres de la mañana en uno de los muros traseros. Me lanzas una soga, una sábana anudada y al fin seremos libres como quieres». Pensaba en estas y otras miles de posibles respuestas, siempre con el mismo resultado:

ella cayendo a sus brazos, los dos huyendo por las afueras de Tamul, y al día siguiente...

El espectáculo de marionetas dio comienzo y Alan siguió todas las órdenes del payaso, quien, aunque mostraba su acostumbrado profesionalismo, parecía seguir molesto en el fondo. Sin duda algo tenía que ver la discusión con la madre abadesa. No le importaba. Si era la última vez que iba ya tenía su respuesta; tenía una esperanza latiendo en el bolsillo para huir con Gloria. De ser necesario, falsificaría un acta de matrimonio y listo. Es más, no se quedarían en Tamul, agarraría todos los ahorros de sus domingos, algo de ropa y huirían lejos.

En uno de los descansos los descubrió. Claudio entregaba una grulla de papel a Gloria tras uno de los muros que daban a los patios traseros. Nadie se atrevía a salir a esa hora, cuando el sol golpeaba inclemente esa parte del orfanato. Le entregó la grulla y le dio un fugaz beso a la mulata; ella le correspondió. Su sorpresa fue tal que Alan no pudo disimular nada. Y para colmo, una de las madres salía directo al patio, como buscando algo. Seguro buscándolos a ellos.

—¡Hermana! —gritó Alan dirigiéndose a ella—. ¿Me puede ayudar con algo?

Alan miró de reojo a la pareja, que reaccionó con rapidez a su voz separándose con violencia. El muchacho se llevó a la monja de ahí haciendo preguntas sobre la Biblia.

El peligro pasó cuando vio a Claudio entrar al enorme salón, entregó más figuras de origami a las otras niñas. ¿Por qué había hecho esa estupidez? Si los descubrían se acababa todo para Claudio. Claro, le interesaba eso, pero también él dejaría de acceder al orfanato. Por una parte alababa su prevención, por otra volvía a sentir la humillación de Gloria, cómo se reían en su cara con esas caricias a plena luz del

día. Pensó en la carta. ¿Gloria le seguía la corriente a Claudio para poder salir de ahí? Ahora que Gloria sabía que Alan tenía un FM2 perfectamente pasable, ¿esperaba su próximo movimiento para irse con él?

Cuando recogieron todo y Claudio invitó a Alan a subir al coche, le dijo:

—Quiero invitarte algo, si quieres. Vamos al malecón por un cebichito, ¿cómo ves, te late?

De todas las posibilidades jamás esperó aquellas palabras. Pensó a toda velocidad sus opciones y terminó aceptando. Podía dejar la carta de Gloria para después, aunque le quemaba el bolsillo desde que la había metido ahí.

Entraron a un restaurante del malecón, de esos donde el suelo era de arena de la misma playa y podían comer en mesas altas con techos de zacate. La brisa caribeña le revolvió el cabello y lo relajó. Las olas recalaban tranquilas a pocos metros de ellos. Claudio saludó al dueño, un conocido suyo, y en su jerga echaron unas risas. Presentó a su “becario” y el dueño les ofreció la mejor mesa con vista al farallón del Corsario, que a lo lejos se alzaba en las aguas cristalinas. A Alan aquello se le hacía otro mundo, uno que rara vez visitaba. Veía más al farallón en las postales y los libros que yendo a pasear al malecón. «Un sentimiento del nacido en Tamul», reconoció.

—No tienes idea de lo mucho que te agradezco —dijo tras beberse de un trago la jarra de cerveza helada. Chupó una de las rodajas de limón que había untado con el montoncito de sal que solían dejar junto a las jarras—. Estuvo muy cerca.

—¿De qué hablas, Claudio?

Esta vez dejó el tono agradecido y le dirigió una mirada escrutadora, entonces sonrió de una forma que estremeció a Alan. Dedujo que esa sonrisa era el primer gesto verdadero de

aquello que se escondía tras la máscara, tras el maquillaje, la peluca y las voces graciosas. ¿Con esa sonrisa le había dicho a Gloria “angelito de chocolate”?

—Eres un chico inteligente, Alan. Alguien en quien de verdad se puede confiar. Al principio te confieso que dudé: se veía que esto no era lo tuyo, eras muy serio... pero me has sorprendido.

«Sí, cabrón, confía en mí, venga», pensó Alan, divertido, cuando vio para dónde iban los tiros.

—Esa niña, la mulata, es alguien muy importante para mí. Se llama Gloria y ha sufrido mucho. Mucho más que las otras niñas de la casa hogar. La quiero ayudar. Pero sabes que todo tiene un precio. Eres un chico inteligente y lo sabes, ¿verdad?

Alan asintió con la cabeza. Claudio pidió otra jarra de cerveza, chupó otro limón con sal y continuó.

—La puta de la madre abadesa me pide mucho dinero por ella. Más de lo que tengo.

«Ah. Así que las monjitas están en el juego...».

—¿Por llevártela? No se trata de una mercancía, Claudio.

—Eso. Eso fue lo que le dije a la vieja. No son mercancías, pero para ellas sí lo son. Son negocios. Y el precio que me pide excede todo lo que podría ganar con la radio, con mis eventos. No hay forma de sacar a Gloria de ahí. Y no me dejarán acercarme más a ella. Si no les llevo el dinero el próximo sábado ya no me dejarán entrar a ese lugar. Ya no podré ver más a Gloria. ¿Crees que es justo?

—Tú estuviste de acuerdo conmigo en que esta ciudad es así.

Claudio se le quedó mirando, buscando la broma en aquellas palabras. Alan mantenía un rostro neutro. Entonces

el hombre empezó a reír a carcajadas. Habló con la voz del conejo Chacho.

—¡Tiene usted razón, señor, joy, joy! Toda la pinche razón. Sí que eres un tamulense de cepa. Lo traes en las venas. Brindo por eso.

El dueño del restaurante se presentó con un plato inmenso de cebiche de camarón y un pescado al *tikin xic*: un mero asado en hojas de plátano, cocinado en un adobo especial de achiote; el platillo por excelencia de Tamul. Hacía mucho que no comía uno, no era precisamente barato, menos en restaurantes como aquellos.

—Claudio, cortesía de la casa —dijo el dueño, sonriéndoles.

—No me chingues, Paquito, cómo que cortesía.

—Lo que haces por esta ciudad y esos niños es impagable. Yo invito con gusto, hombre.

Claudio se despidió de Alan con una sonrisa triste, alcohólica. Se había tomado unas cinco jarras de cerveza con el cebiche de camarón y el pescado *tikin xic*, todo gratis. Con todo lo que era ese tipo a Alan le impresionó el poder de los contactos de Claudio y cómo lo reconocían en la ciudad. Antes de bajarse del auto, Claudio le puso la mano en la pierna. Aunque su gesto era sincero, o al menos era muy convincente, Alan sintió por un momento que gusanos y podredumbre saldrían de aquella mano y lo contaminarían con un limo viscoso. Agarró su mochila y salió de un salto, con la piel erizada.

—Gracias por escucharme, Alan, eres un chingón.

—Ánimo, amigo —dijo, y sintió sus vísceras revolverse en su interior.

Claudio se despidió con la mano, asintiendo, y arrancó el Volkswagen dando petardazos por toda la calle. Anochecía.

Estaba impresionado. Sin querer había logrado ganarse la confianza de Claudio y con su confesión se cerraba el círculo.

No le importó. Corrió a su casa, se encerró en su cuarto y leyó la contestación de Gloria, la contestación de la que dependía todo a partir de ese momento.

No debemos vernos más. ¿Para eso tanto riesgo, [aquí había una parte tachonada y emborronada en el papel]? Es que lo que pones en tu carta da mucha risa... Aquí nos revisan hasta los calzones y por poco me la descubren... A ver, si eres inteligente, habrás visto que mi situación es COMPLICADA. Las madres son unas malditas brujas y nos tienen vigiladísimas. Según tú, primero huimos, sí. ¿Adónde? ¡Creo que no estás pensando bien las cosas!

Mira [otro tachón], no te puedo prohibir que vengas con el payaso, pero no te me acerques. Es más, mira. Si regresas, puede haber problemas muy serios. Además, él me va a ayudar a salir, su plan es mejor que el tuyo. Ya no te metas. Estudia, sé feliz, sigue tu camino. Ya lo habíamos hablado aquella noche.

P. D. Cada vez que veo un refresco Cristal me acuerdo de ti.

No estaba firmada ni llevaba su nombre como destinatario, aunque en esos tachones se adivinaba su nombre, y le dolió esto en particular. La hija de la gran puta desagradecida lo tachonaba y borraba, le volvía a decir *niño, fantasioso*; en términos generales, que era un soberano pendejo. Recordó la espalda de Claudio subiendo y bajando sobre ella en la oscuridad del cuartucho donde se conocieron, una espalda que le ayudaría a salir de ahí, una espalda más real que Alan mismo.

«Si vienes otra vez puede haber problemas...». Además ¡lo retaba! «Atrévete a regresar y verás lo que puede pasar».

La negra se sentía segura jugando con un niño como él, un niño incapaz de hacer nada salvo ser ayudante de payaso, ya que no le alcanzaba ni para ser uno completo. Sintió que todas las escenas se arremolinaban: la ventana con los barrotes oxidados, el orfanato, ella ofreciendo su cuerpo a una seguridad que él no podía ofrecerle. Agarró el *discman* y lo estrelló contra la pared, lo pateó y pisoteó con saña, hasta reducirlo a minúsculos pedazos. A final de cuentas era un falsario que no convencía ni a una pobre isleña que seguro no había bebido en botella en su vida. «Él me va a ayudar a salir». Claudio, claro. ¿Le daría papeles de verdad y no falsos como los suyos?

Respiró.

Miró el *discman* hecho pedazos y los moldes de los documentos migratorios. Tomó una decisión.

«Lo que no sabes es que Claudio va a caer, estúpida».

Ese sábado el sol calentaba ya la mañana caribeña. Alan sudaba a chorros. Estaba delante de la misma cabina telefónica. Todo se reducía a tres dígitos. Tres dígitos y se acabarían las pendejadas. Y sabía que cuando lo hiciera pactaría una especie de tablas. Odiaba empatar, pero, como en el ajedrez, era eso o acabar en una partida interminable con Claudio y Gloria hasta caer en la locura.

Miró la calle solitaria. En unos minutos llegaría Claudio por él y tenía que decidirse ya. Recordó el beso que la mulata le dio aquella noche, una especie de despedida que se negaba a aceptar, pero que tendría que asumir con el tiempo.

Descolgó. Titubeaba.

«Estudia, sé feliz, sigue tu camino. Ya lo habíamos hablado aquella noche».

Digitó los tres números.

Claudio bajó del auto sin apagar el motor, corrió hacia él y le dio un fuerte abrazo. Estaba radiante, verdaderamente emocionado.

—¡Conseguí el dinero, Alan, lo conseguí!

Alan se quedó de piedra. Por un momento pensó que Claudio lo vacilaba, pero supo a lo que se refería.

—Conseguí un préstamo. Voy a poder sacar a Gloria de ahí.

Claudio saltaba de alegría a la pata coja, como en sus *shows*. Por un instante, Alan se sintió mal. «¡Pero qué chingados, sentirme mal por lo que le va a pasar a este pendejo!». Borró el remordimiento de su mente y trató de ofrecerle su mejor sonrisa.

—No sé qué decir, Claudio, felicidades. Era lo que querías.

—¡Ya verás la cara que pondrá Gloria cuando se lo diga! ¿Cómo ves si se lo digo con la voz de Chacho? ¿Crees que le guste?

Alan reprimió una mueca de repulsión. Claudio parecía un niño a punto de entrar a un parque de diversiones.

—Yo creo que se pondrá contenta con la voz que uses.

—¡Pues vamos! ¡Uf! Estoy muy emocionado, Alan. Las monjas no se lo esperan. Creen que un pobre payaso no tiene derecho a ser feliz y que un payaso no puede hacer feliz a una pobre chiquilla.

Y sin que pudiera evitarlo lo abrazó de nuevo.

—Me has ayudado muchísimo. Gracias de verdad, Alan —le dijo al oído.

Aturdido se subió al Volkswagen. Partieron a la casa hogar.

—Cuando me digas firmo lo de tu servicio social. Pídeme lo que quieras, hoy estoy de fiesta.

Alan sintió rugir su estómago. «El deseo ya está pedido, Claudio», pensó. Hasta se había olvidado de la coartada del servicio social.

—Yo te paso la hoja, no te preocupes. Gracias, Claudio.

Aunque ese no era su nombre (seguía sin recordarlo, pero pronto lo recordaría) seguía llamándole Claudio. El payaso le brindó una media sonrisa.

Ahora que lo analizaba en la oscuridad de la Siberia profunda mientras lo encañonaban, se sorprendía en descubrir las hecatombes que precedían a aquellas medias sonrisas.

Entraron a la casa hogar. A pesar de todo, Alan se hallaba tranquilo. Si Gloria había tenido el coraje de negarse a aceptar su ayuda en un país que no era el suyo y en una ciudad donde no había nacido y, además, humillarlo, le mostraría quién tenía la sartén por el mango. Iba a triunfar.

—¿De verdad no aceptarás mi ayuda? —dijo Alan en una minúscula oportunidad, aprovechando una breve distracción de las monjas. Estaba tenso, pero frente a Gloria se armó de toda la frialdad que le fue posible reunir.

Gloria ni lo miró. Empezó a caminar hacia Claudio.

«Bueno, fue tu última oportunidad, pendeja, no digas que no te la di».

Se sacó el FM2 del bolsillo e hizo el ademán como para recoger algo que se había caído. Lo hizo con una velocidad calculada y todo encajó de maravilla: el buitre que lo marcaba y no solía quitarle el ojo de encima apareció justo detrás de él.

—¿Qué es eso, joven?

Alan sujetó el papel y se volvió a la monja. La mujer, de unos treinta años, sonreía triunfal. Su nariz aguileña señalaba su mano derecha.

—Se le cayó a esa chica... se lo iba a dar —le extendió la tarjeta FM2 a la monja con presteza, como si le quemara el mero hecho de tenerla en la mano.

Aún piensa en el cronometraje de los acontecimientos. Se lo iba a decir a Luis, pero se reservó aquella mañana de sábado para sí, de cómo el huracán llegó y él quedó a salvo en el mismo ojo, donde la calma prevalece, el sol brilla y las estrellas mantienen una claridad impensable.

«Aquí me tienes de nuevo, Dios. Hágase tu voluntad».

Mientras la monja-buitre miraba con ojos muy abiertos aquel documento con el nombre y la foto de Gloria, la reja principal se abrió dando paso a dos tipos morenos en mangas de camisa y lentes Rayban que les cubrían medio rostro. Llevaban pistolas enfundadas en los costados de la cintura. La madre abadesa salió a recibirlos. Tras cruzar unas palabras con ellos mandó a otra monja a avisar a Claudio. El payaso no pareció sorprenderse y fue con lentitud hacia la abadesa y los tipos que mirándolo de arriba abajo sonreían mostrando unas placas.

—No le importará que revisemos sus cosas, ¿verdad?
—dijo uno de ellos.

Claudio asintió. Se acercaron a sus maletas, donde guardaba las hojas de papel para las manualidades y el origami. Hizo el ademán de “pasen ustedes” en una mezcla de chiste y solemnidad, haciendo florituras con las manos enguantadas. A los hombres se les borró la sonrisa y le mascullaron algo terminado en *madre*. No tuvieron ningún cuidado. Sacaron hojas de diferentes colores y las dispersaron por el suelo. Como si esto fuese una señal la monja-buitre pareció reaccionar y corrió hacia la madre abadesa con el documento migratorio bien sujeto en la mano.

Esa escena —revisitada por él varias veces pero nunca con tanta nitidez como ahora, cuando Luis le decía que iba a morir en la carretera— llegaba a su grandioso final.

La abadesa recibió el documento con cara aletargada al tiempo que un «¡Ajá!» de los hombres que revolvían las cosas de Claudio retumbaba por la amplia sala.

El tipo mostró una figura de origami, la clásica grulla, la deshizo y la miró con avidez. Le pasó el folio a su compañero, que asintió. El único ventilador seguía chirriando en el techo, imperturbable.

Siempre le pareció una rutina de comedia: uno de los tipos, con el origami deshecho en la mano, desenfundó su pistola y encañonó a Claudio. Le gritó algo que hizo un eco terrible en aquel salón y que Alan solo pudo descifrar como un «¡No se mueva, hijo de tal por cual!». Las niñas y las monjas gritaron. El payaso alzó las manos enguantadas con un ágil resorteo. El maquillaje indicaba que mantenía una amplia sonrisa, lo que debió descolocar a los agentes porque de una cachetada le emborronaron la pintura y de un efectivo tirón arrancaron aquella peluca afro dejando ver al calvo que se escondía tras las voces, voces que salieron sin perder un segundo para mayor asombro de todos.

—¡Joy, joy! ¿De qué se trata esto? ¿Qué quieren? ¡Yo no hice nada, joy, joy!

El conejo Chacho hablaba o parecía hablar por Claudio, empeorando su incomprensible situación. Esto enfureció a los hombres, que le propinaron sendos puntapiés en las costillas, y con la culata de sus pistolas le machacaron la cabeza y terminaron por abrirle un surco en la frente. El conejo Chacho no volvió a salir. Sin perder más tiempo los policías esposaron al payaso que ya estaba aturdido boca abajo, tendido en el piso, entre una maraña de papeles de colores y la peluca multicolor.

El maquillaje blanco de su cara ya estaba manchado de sangre. Alan no podía moverse. La abadesa entregó el FM2 falso de Alan a uno de los policías, que sonrió.

Cuando la policía se llevó a Claudio, casi a rastras —como habían hecho con Gloria la otra noche— Alan descubrió que aún llevaba la nariz roja entre la calva y el maquillaje emborronado de su cara. Momentos después entraron por Gloria, que parecía tan aturdida como el payaso, con la mirada fija mientras la guiaban a la patrulla. La abadesa la acompañó con el policía sin ningún forcejeo. De lejos pudo ver de refilón que la mulata estaba asombrada, tratando de entender qué había pasado. Por un buen rato, mientras las niñas murmuraban y lloraban y las madres hacían un pequeño corro hablando entre ellas, Alan quedó olvidado en un rincón, pasmado, mirando aquella hecatombe que había causado.

«Si vienes otra vez puede haber problemas muy serios». «No me digas, pendeja. Pues sí, ahí los tienes. Pudiste ser feliz conmigo, ahora jódete».

El olvido de Alan fue momentáneo. Otro policía que no había visto entró por él. Todos, por separado, fueron a parar a la delegación, donde el huracán seguiría destruyendo todo a su paso.

Sus padres fueron a buscarlo tras hacer la llamada. Ser menor de edad, a pesar de acompañar a Claudio, lo eximía de pasar la noche en el torito, el anexo de calabozos donde recalaban prostitutas, borrachines y locas declaradas. En su declaración —redactada con la ayuda de sus padres y el abogado de oficio— ponía escuetamente:

Alan no tiene conocimiento de la vida privada de Adalberto Ocaña, ni como payaso Claudio. Fungía solo para ayudar y

prestar un servicio a la comunidad. En el desconocimiento y la minoría de edad, sus padres... se hacen responsables de Alan.

Sus padres estaban impactados pero aliviados de que su hijo estuviera bien. De regreso a casa, Alan aún saboreaba los acontecimientos recientes con el estómago cosquilleándole sin parar. La exactitud, la materia del universo actuando sincrónica, haciendo rebotes, carambolas y cabriolas destruyéndolo todo menos a él. Había sentido la onda expansiva que se detenía justo a sus pies.

De vuelta en su cuarto, sacó la foto original de Gloria. Sus ojos negros permanecían tranquilos con su curvatura encapsulada en ese pasado remoto. La hizo trizas y la tiró a la basura, con todos los moldes del documento migratorio.

—Por cómo me lo contaste una vez me pareció imposible. Pero lo armaste, como armaste todo después en CX, todo al milímetro. Hijo de la chingada. Ya lo puedo creer...

Alan regresó al presente, un presente que le helaba las manos y en el que la espalda baja le latía de dolor. Ya no eran punzadas sino una garra que le retorció músculos y nervios.

—Era la única forma de acabar con Claudio. Para qué te voy a mentir ahora, Luis. Además, fue un empate para mí.

—Empate mis huevos. Jodiste a Gloria. Me jodiste a mí al final.

—¿Crees que le iba a ir mejor con Claudio? ¡Por favor, Luis!

—Quizá sí quería darle una mejor vida.

—Eso no lo sabes.

—¿Y tú sí?

—Lo vi hace poco. Antes de que se suicidara.

La caída de Claudio conmocionó a la ciudad. Alan seguía las noticias impresionado del alcance mediático del payaso. Uno de sus artistas pioneros, con tantos años de entretenimiento y de filantropía, resultaba un demonio que traficaba con inmigrantes. Las investigaciones terminaron por implicarlo en la trata de blancas y el abuso de menores. Los periódicos dieron el detalle que completaron el rompecabezas mental de Alan. Habían encontrado una carta en la maleta de Adalberto Ocaña, alias payaso Claudio, dirigida a Gloria y taimada en una figura de origami. La misma grulla que aquellos gorilas habían descubierto en su maleta. Encontraron otras más en la habitación de la muchacha: le descubrieron, bajo el colchón de su cama, misivas anteriores hechas por el mismo Ocaña, en las que le prometía ayuda para salir de allí, sin decir cómo ni cuándo. Compararon su letra, inconfundible, y ahí terminó todo para el payaso.

Las declaraciones de la abadesa y las otras madres como testigos devoraron a Claudio en una inmensa hoguera de escarnio. Además, en la carta de su maleta estaba explicado que tendría su FM2 listo, un papel que justamente se le había “caído” a Gloria, el mismo papel que la monja-buitre le había llevado a la abadesa cuando la policía encañonaba al delincuente. El papel fue determinante y la prensa alababa *el diabólico y meticuloso trabajo de falsificación* detrás; una obra perfecta. Ante esas pruebas no hubo defensa posible. Alan contemplaba el andamiaje de lo que su madre llamaba “el plan de Dios”.

Sin embargo, Claudio terminó de hundirse con esta frase durante el juicio: «Conmigo, Gloria habría vivido mil veces mejor que ahí dentro, al cobijo del Estado».

Adalberto Ocaña fue hallado culpable por trata de blancas, corrupción de menores y falsificación de documentos oficiales, ya que por más que quisieron endilgarle cargos de estupro y violación, no hubo forma: la niña no había salido nunca de la casa hogar y “no se podía probar penetración alguna”. El jurado, asqueado, impuso la pena sin pensárselo mucho.

¿Y su carta?

¿La carta que había hecho él?

¿Por qué Gloria no dijo nada a la abadesa, a las monjas, a la policía, sobre la intención de Alan, con documentos falsificados expresamente mencionados?

¿Por qué Claudio no lo desmintió? ¿Alan también tenía vela en ese entierro! Vaya si la tenía.

Apretó los puños. La respuesta se revelaba con claridad: a Alan no valía la pena ni mencionarlo indirectamente. Además, Gloria no pudo ver jamás su obra de arte, no pudo comprobar de lo que Alan era capaz, y seguro ahora se creía que Claudio había hecho aquello que él había elaborado con sus propias manos, meticoloso, con amor. Las tablas que había proyectado no le satisfacían. El payaso se llevaba el crédito de su trabajo y eso no era un empate para él. Sintió unas ganas tremendas de matarlo.

—Sé que Claudio salió libre hace poco. Gloria lo ayudó. Lo vi y creo que hasta me reconoció. No sabía que se había suicidado.

—Sí, se suicidó. Lo volviste a joder, esta vez para siempre —dijo Luis con una tranquilidad pasmosa—. Quizá él también está empuñando esta pistola, aunque ya esté en el otro mundo. Sería lo más normal, ¿no? Confió en ti, a final de cuentas.

Sí. Sí que sería lo más normal. Desde el dolor de la espalda le llegaba un pequeño remordimiento: pudo haber mostrado la carta que tenía en su poder, la única que le había escrito Gloria y que podía aclarar algunas cosas, como el FM2 falso. Como un artista orgulloso de su trabajo se lo habría adjudicado mostrando sus moldes, explicando a detalle cómo lo había conseguido. Pero le acometió el miedo de ser procesado junto a la peor escoria de Tamul, ser señalado, ver la sonrisa burlona y manchada del Vigos, ver a su esposa y a su odiosa hija haciendo la seña con los dedos mientras él se aferraba a los barrotes de su celda... Pero lo que más temía era que todos supieran que Gloria se había burlado de él, que lo había humillado repetidas veces. Claudio pagó el pato y no había forma de extinguir el incendio con un vaso de agua. Era su empate, y tenía que vivir con él.

—¿Vas a disparar ya? El primer paso es el más importante.

Luis miró hacia la carretera, que reflejaba la luminiscencia de las estrellas sobre la nieve. Para sorpresa de Alan, Luis lanzó un hondo suspiro. Por toda respuesta, su dedo índice hundió levemente el gatillo. No temblaba lo más mínimo. Y no iba a vacilar.

DONDE EL
PRIMER PASO
SIEMPRE
ES EL MÁS
IMPORTANTE

«EL PRIMER PASO SIEMPRE ES EL MÁS IMPORTANTE» era una frase que leyó en la universidad. La frase se quedó con él y terminó funcionando. No era una frase de novela ni pertenecía a algún filósofo griego. La vio por casualidad en un libro que hablaba de contabilidad, administración de empresas, pirámides de Maslow y análisis FODA. Alan la usaba en tono litúrgico, un tipo de mantra que impulsaba, dominaba. La frase terminó por encontrar su propio fin. Y CX fue el pináculo que encumbró sus más alocados sueños.

CX era —y por lo que se veía lo sería hasta el fin de los tiempos— la empresa más grande de telefonía en México y Latinoamérica. Y entrar no fue cosa fácil. Exámenes psicoanalíticos, psicométricos, muestras de sangre, orina y excrementos para comprobar que no tenías sida u otro virus que te identificara como homosexual o comunista. A pesar de violar unos cuantos derechos humanos y artículos del código laboral, la empresa solicitaba a las mujeres pruebas de embarazo certificadas por un laboratorio. En caso de ser positivas no había contratación. Eso hacía más importante la victoria. Una vez dentro podías enorgullecerte de que tu orina y excrementos hubiesen sido catalogados como de primera calidad, que tu sangre se revelaba compatible con los estatutos de la empresa y que no estabas loco ni intentarías encabezar una revolución marxista. Había una pregunta en uno de los test enfocada a esa eventualidad: *¿Está usted de acuerdo con*

los ideales expresados en el comunismo moderno? Alan no tenía muy claro en qué consistía eso del comunismo moderno, pero tachó un claro *No* en el examen.

De esa forma, Alan pasó todos los filtros y su primer día fue inolvidable. Visualizó las dinámicas del servicio, trámites, clientes, los compañeros a su lado. Demostró su valía a la supervisora, que no dejaba de admirar su labor de ventas y el trato a los clientes, como si llevara toda una vida tras la barra de atención. Se dio cuenta de que los compañeros empezaron a señalarlo como una curiosidad, algo que no se ve en la empresa todos los días. Usualmente, los nuevos metían la pata, preguntaban de todo, dejaban caer los teléfonos de los clientes de sus manos temblorosas, tartamudeaban. Alan no presentaba nada de eso. Las miradas ya estaban sobre él nada más empezar.

Como consecuencia llegaron las invitaciones a las parrilladas, a las conversaciones comunes del trabajo, cervezas y anécdotas del diario vivir, historias de gente que no sabía hablar de otros temas: que si sus hijos hicieron la tarea, que si sus perros y las curiosidades de sus razas, que si el Chicharito Hernández metió tres goles... Aquello le recordó las fiestas de sus padres con el Vigos. Y aunque le aburrieron desde el principio, mantuvo el obligado contacto mínimo.

Tres años había pasado Alan en CX cuando llegó Luis de otra oficina del norte del país. En Tamul solía recalar gente de todas partes, pero este Luis decía cosas interesantes del norte: allá mataban a la gente en las esquinas, las secuestraban o las embolsaban sin más. Había veces que tenían que parapetarse detrás de la barra mientras los tiroteos retumbaban en la calle y destrozaban la cristalería de los estantes.

—Entonces por eso te cambiaste de oficina —le dijo Alan.

Fueron las primeras palabras que cruzaron en una comida con los compañeros.

—No. Ya estaba acostumbrado, pariente. La muerte no discrimina si eres del norte o del sur. Mira, un día le pegaron dos tiros al castor. El pobre desgraciado se había acercado al hijo de alguien importante y dio la mala suerte que el chiquillo era un cagón y gritó.

Todos se estremecieron cuando Luis hizo la seña de una pistola con la mano y se la llevó a la sien.

—Ni le avisaron. ¡Plas-plas! No volvieron a poner al castor en nuestra oficina.

El castor era la mascota oficial de CX; la empresa acostumbraba tener a alguien disfrazado que se movía por la oficina y los alrededores para atraer clientes y regalar globos y dulces a los niños. Después de aquella historia se hizo el silencio en el comedor. Eso solo le provocó a Alan deseos de conocer más al norteño. Le hacía mucha gracia su acento y que a todos los hombres les llamara *pariente*, como si fuesen hermanos de infortunio. «Allá todos tenían que ser familiares bajo la metralla y el sol quemante del desierto», pensó.

Los rumores —algo común dentro de la empresa—, los “radiopasillos”, empezaron a descubrir que Luis era un recomendado de la empresa, y eso solo significaba que podía estar emparentado con un pez gordo o tenía la antigüedad suficiente para tener buenos contactos. Se supo que su traslado y ascenso fue decretado por el corporativo central sin siquiera presentar exámenes. Eso dio pie a las habladurías y celos de los agentes. A pesar de eso, Luis demostró ser otro superdotado dentro de la oficina. Manejaba clientes, sistemas y trámites como ningún otro agente que hubiera visto. El interés de Alan por Luis acrecentaba y pensó que podía trabajar en su “proyecto” con él, pero la novedad se fue diluyendo mientras los días pasaban y los clientes,

trámites y horarios terminaban por imponer un ritmo de monotonía, de llegar a dormir a casa y prepararse para el siguiente día.

Pero en la oficina todo tendía a encontrarse. En una de esas ocasiones al fin coincidieron en sus respectivos descansos y les tocó comer solos en la sala dispuesta para los empleados.

—¿Tú crees en los extraterrestres, pariente?

La pregunta lo descolocó un instante. Le dijo que era uno de los temas donde no podía posicionarse, pero que le gustaba la ciencia ficción.

—¿Cómo que no puedes posicionarte? ¿Crees que somos los únicos pendejos en este miserable universo?

—Me gustan los *Expedientes X* y las películas del espacio.

—No, maestro. Aquí no hablo de películas, hablo de lo que piensas. Hablo del universo real, la materia oscura, la antimateria.

Al principio pensó que Luis era un pirado *hippie*, de esos que a la menor señal iría al Área 51 a recibir con pancartas a los alienígenas junto con más pirados y drogadictos rastafaris y surfistas. Pero Luis parecía leerle el pensamiento.

—No hablo de tonterías conspiranoicas. Hablo de ciencia de verdad, Alan. Y de lógica. Un universo tan grande no puede solo ser para violadores, asesinos y gente a quien solo le interesa cómo se les ven las uñas.

—Si me pides posición, digamos que soy escéptico.

Luis sonrió.

—Me gusta. No te vas con lo primero que te digan, ¿eh?

—Creo en lo que hago y en lo que me rodea, sí.

—Cada vez me caes mejor, Alan.

Esto último lo dijo en el mismo tono que usó para encañonarlo, años después y a miles de kilómetros de esa oficina, en una carretera oscura, rodeados de muertos.

—¿Quién más va a dispararme, Luis? ¿Quién esperas que aparezca en mi memoria? ¿O quizá la tuya?

—Vamos con buen ritmo. Ya salió Glorita, Claudio y CX. En CX, una vez que pasó todo, volviste a quedar a un lado, fuera de todo.

—Bueno, no fui el único, ¿verdad?

Luis suspiró.

—Es verdad. Pero a final de cuentas sin mí no habrías obtenido lo que querías. Me utilizaste.

—¿Y qué eras, Luis, un niño? No me jodas. Sabíamos lo que hacíamos y lo que podría pasar cuando todo acabara. Y creo que ninguno lo tomó como un juego.

—No, no era un juego. De hecho, vivía atormentado cuando vi que solo había una salida.

Alan chasqueó la lengua.

—Mis tormentos llegaron después, Luis. Cuando empezaron los sueños.

Cuando Luis descubrió lo que Alan hacía dentro de CX su primera reacción fue reportarlo al corporativo regional. «El muy zorro se había montado una empresa dentro de la empresa, *su empresa particular*», para englobar en una frase lo que estaba haciendo. El método no era complicado: Alan usaba los vacíos legales, espacios en blanco que dejaba la normativa, atajos en los sistemas informáticos y los sistemas de renovación y venta de equipos telefónicos. Lo interesante era que esos vacíos los conocían todos los empleados que llevaban un tiempo trabajando en la empresa. Una empresa

grande, en expansión y que generaba aguinaldos —entre otros jugosos beneficios— muy por arriba del promedio en el país.

Luis —con más tiempo sobre la barra— no tardó en comprender y esquematizar la forma de operar de Alan. Pero había varios problemas con la opción de denunciarle: para empezar, desde el primer día le tomó aprecio a aquel tamulense nacido en esa ciudad que no comprendía del todo. Desde la primera plática sobre creencias y escepticismos le interesó como alguien con quien se podía hablar de algo más que de fútbol y películas que todo mundo veía y comentaba en los pasillos detrás de la barra. Estaba en una encrucijada. Mientras pasaba el tiempo y Alan continuaba con los mismos tejemanejes, Luis se dio cuenta de que, además de complicado, resultaría casi imposible probar algo de lo que hacía.

Mientras le daba vueltas al asunto pensó en San Isidro, donde había pasado una infancia tranquila pero un buen día llegó al poder un presidente que le declaró la guerra al narco y ahí se torció todo. Se sucedieron las balaceras que destrozaban escaparates; llegaron tipos sombrerudos con la pistola en el cinturón aporreando fajos de billetes en el mostrador y exigiendo lotes de teléfonos en cantidades absurdas: doscientos, trescientos equipos. Ni los supervisores ni el gerente ni el jefe regional hacían nada para impedir aquellas transacciones, a todas luces ilegales. Sus compañeros callaban cuando veían entrar aquellas sombras con botas de piel de anaconda y pistolones de culata plateada. El jefe de la sucursal mencionó el tema de pasada: «Son clientes como cualquier otro, aprovechen las ventas». Luis creyó que alguien no había pasado la información de lo que sucedía al corporativo central y se vio en la obligación de hacerlo él mismo. Escribió al jefe corporativo regional incluyendo información que —comprendió más tarde— pudo haber significado su muerte:

adjuntó los datos de los clientes cuyos contratos resaltaban por su naturaleza irregular, que cambiaban de número y de tarjeta SIM cada semana, y facturas de las ventas de lotes de teléfonos básicos que se dispensaban casi a diario. No hubo réplica.

Un mes después, cuando Luis creyó que todo se había olvidado, CX le hizo llegar una propuesta: un cambio regional y un ascenso. Le ofrecían la codiciada supervisión de una oficina al otro lado del país, en San Miguel Tamul, con el obvio incremento salarial, incluso con ayuda de transporte y búsqueda de casa en algún lugar céntrico de la ciudad.

San Miguel Tamul le sonaba a vacaciones, a paraíso lejano. Había estado ahí en una ocasión en Semana Santa y las playas resultaron mucho mejor de lo que se veía en las fotos: la arena blanquísima, las tonalidades imposibles del agua, la estampa del farallón del Corsario reconocida en todo el mundo. Y ahora le ofrecían vivir en el paraíso.

Luis le dio vueltas a la proposición. Una parte de él —la que le había impulsado a denunciar los delitos— sintió una súbita necesidad de poner su carta de renuncia sobre la mesa. Buscaría otro trabajo en el que no fuera cómplice de la sangre que bañaba San Isidro. Pero estaba otra cara de la moneda, la que siempre había estado con él desde que su padre lo obligó a estudiar administración y no filosofía como habría querido: «Esto te va a dar de comer; lo otro te matará de hambre». Esas fueron sus palabras, y no tuvo más remedio que tomarlas en serio. Esa otra cara, su carrera universitaria que tanto le había costado por su renuente desapego a las matemáticas, le decía que formar parte de CX era uno de los mejores empleos que podría conseguir en la vida dada la situación laboral del país, el advenimiento de las subcontratas, las pagadoras, intermediarios que se quedaban con partes importantes del

sueldo que debería corresponderle, amén de las vejaciones laborales a las que sometían a sus subempleados.

Lo veía en conocidos y familiares. CX al menos lo respetaba como empleado, como parte de un todo. Podría jubilarse en la empresa, pues era equivalente a ser funcionario o a ganarse una plaza indefinida en el gobierno. En CX no te despedían a menos que mataras a alguien o hicieras lo que estaba haciendo Alan y, claro, estaba el asunto del futuro. Renunciaba, cobraba la nada despreciable liquidación ¿y luego qué? ¿Filosofar? ¿Morirse de hambre cuando se acabara el finiquito? Lo había visto en otro compañero que se la había jugado, que sí tuvo el valor de renunciar ante la mirada perpleja del jefe y de los compañeros allá en San Isidro; todo por seguir su sueño de escribir novelas a tiempo completo. En poco tiempo ese compañero se convirtió en un apestado, a pesar de que llevaba años de relación con todos. Poco a poco lo fueron —«fuimos», se dijo Luis— segregando de las reuniones, de las quedadas en el bar para ver el fútbol, de los torneos de billar, hasta que ese asesor se perdió en la nada. CX, la familia que sentencia: si te sales es para no volver, para quedar huérfano. No hay regresos del hijo pródigo en CX.

Regresó a Alan.

La opción de reportarlo mutaba mientras pasaban los días y miraba a aquel asesor trabajar sin descanso, haciendo transacciones de teléfonos a costo cero para él, llevándose un poco más al bolsillo cada día. Entonces Luis llegó a la conclusión obvia. En San Isidro —y a saber en cuántas otras ciudades— la empresa era cómplice, ambigua, pero a final de cuentas, cómplice de la sangre y las balas. A ellos solo les importaba que los tipos sombrerudos aporrearan sus fajos de billetes en la caja, que se vendieran lotes y lotes de equipos sin importar su finalidad. El futuro de la empresa y

su querida familia estaban asegurados con cada venta, con cada renovación de contrato. Quizá Alan ya se había dado cuenta de ese ciclo y había decidido tomar una decisión. Alan no se había ocupado en mandar cartas al corporativo ni evidenciar nada. Se aseguraba un futuro propio. Si a CX no le importaban los juicios morales y la ética, ¿por qué a él sí? Incluso se le ocurrió que, si intentaba reportar a Alan, CX esta vez endurecería la postura y quizá el amonestado sería él. Podrían despedirlo por difamación. Además, Alan figuraba como uno de los mejores vendedores a nivel regional. La empresa lo tenía en una especie de pedestal.

—Habrías podido reportarme. Se habría acabado todo. Mi plan tenía fallos hasta que tú llegaste, Luis.

—Sí. Le daba igual a CX. No es por eso que reclamo, sino por cómo usaste a los otros.

—¿A los otros? ¿Personas que no dudaron en llevarse más dinero a la bolsa? ¿Gente como los que segregaba la “familia” si se salían para buscar otra cosa o simplemente porque ya estaban hasta la madre de atender en barra y soportar clientes? Sabes que al final eran ellos o nosotros.

Luis bajó un momento la Beretta, suspiró y miró hacia el negro vacío frente a ellos. Alan pensó que había visto algo o el reflejo de algo, alguna sombra que se deslizaba entre los arbustos y la cinta de asfalto iluminada por las estrellas. Creyó ver aquello por un instante en su rostro, que cambió de la sorpresa a la cólera. Le apuntó de nuevo con la pistola.

—Hay algo fuera. Ha estado con nosotros desde hace rato, pero no sé qué es. Quizá al final sí encontremos lo que buscamos.

Cuando Luis le preguntó a Alan sobre lo que hacía en la oficina para llenarse los bolsillos, él palideció por un momento. Estaban en uno de los lujosos restaurantes de la zona hotelera, habían quedado para comer en su día de descanso. Sin embargo, tras esa pequeña flaqueza, Alan lo enfrentó con una cara de póker que a Luis le estremeció. Creyó que negaría, se indignaría y dejaría la mesa. Pero no se levantó, mordió su hamburguesa, deglutió y dio un largo trago a la cerveza.

—Intuía que te habías dado cuenta. Esperaba dos cosas: una llamada del corporativo solicitando un tipo de audiencia (tu palabra contra la mía) o esto.

—Así que lo esperabas.

—Primero tengo que estar seguro de una cosa.

—¿Qué cosa?

—Di: «lo que se va a oír de ahora en adelante es estrictamente confidencial, y soy el único responsable de mis actos. Esta conversación no es válida para ningún efecto legal, público o privado».

Luis estaba desconcertado. Entonces entendió lo que Alan le quería decir.

—No soy espía de la empresa, ni traigo el celular con el micrófono y la grabadora activados.

—Dilo o me voy ahora mismo.

Luis repitió la letanía, palabra por palabra, ante la mirada fija de Alan, que, aunque tranquila, parecía contener una chispa de regocijo malsano en las pupilas. Le parecía que el restaurante había acallado el típico barullo de platos, el siseo de la parrilla, el tintineo de vasos y cubiertos, las voces de turistas y locales que podían darse el lujo de comer allí.

—¿Ya? ¿Contento?

—Sí. Ahora me gustaría escuchar tus razones para hablarme de esto y acudir a mí.

Alan le dedicaba ahora una media sonrisa. «¿Qué se creía ese cabrón?». «Acudir a mí», como si se tratara de un oráculo, un dios que ofrecía riquezas ilimitadas a cambio del alma. Luis se estaba arrepintiendo de haber tomado la decisión.

—Además, los rumores te ponen como un recomendado de los jefes gordos. Que con una llamada es suficiente para ascenderte o cambiarte. ¿Es cierto?

Luis rio. Le explicó lo que había pasado en San Isidro. Alan cambió el semblante a uno de genuina sorpresa.

—¿En serio la empresa te cambió y ascendió apenas enviaste la denuncia? ¿No pudo ser una coincidencia? ¿Pediste algún cambio antes y no te acuerdas?

—Son cosas de las que uno se acordaría. Y sabes que la empresa no cambia a menos que lo pidas y estés tras ellos hasta que te lo concedan. El ascenso depende de un proceso de exámenes muy difícil, lo sabes.

—Es verdad. ¿Y por qué no me denunciaste?

—Tu opción me pareció válida, dadas las circunstancias. Además, tu sistema tiene errores.

Alan respingó y dio otro trago a la cerveza. Luis miraba su manzana de Adán subir y bajar mientras vaciaba la jarra.

—Me preguntaste si creía en alguna de esas pendejadas de extraterrestres y ovnis. Fíjate que el tema siempre me ha interesado pero, la verdad, con cada día que pasa tengo la sensación de que esos platillos, esos extraterrestres que quizá ya sepan de nuestra existencia, lo mejor que hacen por el momento es observarnos de lejos. Si tienen la posibilidad de enfocarnos con telescopios desde alguna nebulosa o planeta, lo mejor que pueden hacer es mirarnos y no hacer nada. Atestiguar nuestras estupideces.

—Y si nos vieran desde tal distancia ya estaríamos muertos para ellos.

Lo dijo sin pensarlo. Estaban hablando del negocio dentro de CX y Alan había sacado de la nada una de las conversaciones que le gustaban. ¿Por qué salía ahora con eso? Alan lo miró y por un momento la careta de póker dejó ver lo que había detrás de ella. A Luis le fascinó aquel cambio. No había conocido a nadie así.

—Eso. Eso pensaba cuando me hablabas de extraterrestres y vida fuera de este planeta cuando nos conocimos en el comedor hace tiempo. No hay más que muerte aquí para ellos. Me caes poca madre, Luis.

Luis pagó la cuenta y salieron del restaurante. Fuera, la brisa perfumaba la tarde de una esencia salina que le gustaba. Alan debió de pensar lo mismo porque sugirió dar una vuelta por los muelles que daban a la caleta, donde las palmeras altas proyectaban una sombra nada despreciable. La plaza estaba atestada de turistas en traje de baño, con bolsas Gucci y café helado en las manos.

Luis pensaba en lo último: «Todos estamos muertos. Desde cierta distancia estelar ya nos hemos convertido en polvo, en materia que se reintegra». Lo recorrió un escalofrío al pensar en la historia del mundo, los reyes y emperadores que se esforzaron en abarcar un pedazo de tierra y que ahora no significaba más que vestigios cuarteados y libros donde se ilustraba una grandeza pasada, libros que algún día también serían olvidados, quemados o reciclados en novelas o fascículos pornográficos. Se sintió débil.

—Dices que mi sistema tiene errores.

Luis reaccionó. Tras un silencio respiró y recompuso.

—Más que errores, puntos ciegos. Como cuando vas manejando y los retrovisores no te los muestran a primera vista.

Alan sonrió.

—Conque puntos ciegos...

—Están ahí y no son fatales, pero si se conjuntaran factores y se diera la situación podrías complicarte la vida. Además, de lo que se trata es que no te prueben nada en caso de que caiga alguna auditoría o inspección. Sabes que CX se forma de rumores, de radiopasillos, y que todo eso llega de una forma u otra al corporativo. Si les hace ruido empiezan las indagaciones. Dependiendo del ruido que les haga proceden con más o menos celeridad.

—¿Conoces a alguien que hayan agarrado por algo parecido?

—No en barra de atención. En caja sí es más común por el manejo de caudales. Y claro, el control es terrible, como deben ser las cajas.

Alan asintió a lo que le decía.

—¿Y crees que el corporativo contemple casos como este?

—Sí, pero tu ventaja, creo yo, está en el volumen inhumano de documentos, de clientes, de trámites, de contratos y puntos redimidos para canjear teléfonos. Es imposible comprobarlos uno a uno, y mientras no haya números en rojo que resalten en las interminables listas de contabilidad, todos contentos. Si las cuentas cuadran dinero contra inventario de almacén da lo mismo si el método fue el correcto o no. He visto que las cajas de documentación son trituradas y vendidas a las compañías de reciclaje sin esperar los cinco años que marca la ley. Y está el asunto de los códigos de venta. Códigos de seguridad sobre los que no tienes control. Los asesores no los conocen.

Alan esta vez sintió que la tierra se movía a sus pies.

—He oído hablar de ellos. Y es verdad, no tengo su control.

—Pues son la clave para salir de todo. En caso de que la sangre llegue al río. CX hará lo que sea para recuperarlos si los reemplazamos con códigos falsos.

«Falsos...». Alan vio a Luis con una cara que le parecía de leve respeto. Luis pensó por un momento por qué tendría que estar orgulloso de algo así, pero el instante pasó y tuvo que rendirse ante aquel gesto de Alan. Había encontrado a alguien interesante.

—Pues vamos a darle. El primer paso siempre es el más importante, Luis, y lo acabas de dar —dijo Alan, sonriendo.

—¿Hay algo fuera? ¿Tus marcianitos?

Luis lo miró apretando la mandíbula. Entonces mostró los dientes en una sonrisa que lo descolocó por primera vez en todo aquel viaje.

—Es la muerte lo que espera allá fuera, Alan. Para *ellos* estamos muertos, de cualquier modo, ¿no?

—¿Ellos quiénes?

La pareja de recientes asociados redobló las ganancias. Pasaron dos meses trabajando y generando buenos ingresos hasta que descubrieron a tres asesores que empezaban a seguir sus pasos, por su cuenta. A Alan le hizo gracia: sus métodos, burdos, se evidenciaron de inmediato. Y aunque no podían precipitarse con ellos, tampoco había que dejarles más tiempo a su aire. No se podían permitir que los auditores se presentaran de improviso por esa estupidez. Empezaron a estudiarlos en la barra y a tratarlos en la comida. Oriundos de la capital, mal

llamados *chilangos*, llevaban un año en la empresa. Con las conversaciones en el comedor Alan descubrió entre líneas que conocían un extenso repertorio de trucos de calle, de la colonia Buenos Aires, de Iztapalapa-lapa-lapa y muchas otras trapacerías dignas de películas de barrio ochenteras.

Uno de ellos, Roberto —siempre atajaba y quería que le llamaran *Rober*—, el cabecilla, le cayó bien al instante: bajito, de ojos brillantes y marrones, cejas que lo mismo ofrecían una visión inocente y hasta tierna pero que escondían la picaresca de un Lazarillo de Tormes con acento chilango que se acentuaba mientras avanzaban sus conversaciones, colando albures y dobles sentidos sin que te dieras cuenta. Hablaba siempre bajito y los clientes parecían adorarlo. Vendía a raudales. Resultó que le caía bien incluso a otra supervisora sargento que solía presionar a los asesores. Con él, parecía haber una indulgencia no pactada que le permitía dedicarse al contrabando de puntos. Pero su atrevimiento estaba a nada de descubrirlos y echar todo a perder. Alan convino con Luis que tenían que invitarles unas cervezas y conocerlos mejor.

Era normal que los chilangos recelaran de la invitación, que pospusieron dos veces. Fuera de su territorio capitalino estaban llamados a hacer grupo y a defenderse de los yucatecos xenófobos, de los norteños que los catalogaban como zafios y presumidos, y de los sureños que los sanjuaneaban cada dos por tres con albures, bromas pesadas y desprecio. Por increíble que pareciera, Alan estaba convencido de que sus “poderes” capitalinos de dobles sentidos y bromas decaían dramáticamente al salir de Ciudad de México. Cuando los invitó por tercera vez, Alan dejó caer a Rober que era de Tamul y eso pareció tranquilizar un poco el ambiente. Ser de Tamul significaba no ser de ninguna parte, y los chilangos

lo sabían. No habría problemas como con un yucateco o un veracruzano. Aceptaron los tres.

Quedaron en el mismo restaurante en el que Alan y Luis habían coincidido para formar equipo. Los chilangos llegaron temprano. A Ana, que llegaba pegada al Rober, se la veía nerviosa y tenía las mejillas rojas. Alan recordó que estaba casada con un yucateco y tenía un hijo pequeño. Rober se sentó en uno de los sillones de vinilo y frunció el ceño. Masculló algo y se paró de inmediato, como si el asiento le fuera a pegar la roña, ante la estupefacción de todos.

—Este asiento está caliente —dijo con seriedad.

—Nos lo acaban de dar, quizá se acaban de mover los clientes anteriores.

—No me gusta nada que esté caliente.

Alan creía que Rober les planteaba una especie de juego o mensaje velado, hasta que llamó a uno de los meseros. Lo obligó a limpiar su asiento con un atomizador y un trapo.

—Enfría el asiento o llamo a tu gerente.

—¿Solo porque estaba caliente? —preguntó Luis, sonriendo, una vez que Rober se había acomodado con un gesto de aprobación.

—Me caga la madre, no lo soporto.

Rober estaba muy serio, como si ya estuviera acostumbrado a las miradas extrañadas de la gente por esa situación.

—Yo también tengo mis manías —dijo Alan—. No soporto ciertos tipos de tenedores muy livianos o que tengan el menor doblez en los dientes.

Al Rober se le iluminó el rostro.

—¿Verdad? Ana me dice que soy un pinche mamón, pero hay cosas en esta vida que no se pueden tolerar.

Todos rieron. Alan logró el efecto que deseaba: distendió aquella pesada atmósfera que se empezaba a acumular y logró que el Rober lo mirara con un dejo de complicidad.

Por los movimientos corporales de ambos, Alan dedujo que Ana se estaba acostando con el buen Rober. No era infrecuente ver esos juegos de intercambio de parejas en la familia CX. El tercero del equipo, Víctor, secundó a la pareja. Víctor era un muchacho de pelo negro lacio y peinado con gel hacia atrás, de unos veinticinco años, aunque engañaba la apariencia adolescente de sus facciones.

Le gustaron los tres: perfil bajo, sin destacarse en el físico o en el atuendo, de sonrisas limpias y desprovistas de muecas que incitaran a desconfiar. Entonces se puso en guardia, recordó que habían montado su propio negocio y tendría que convencerlos de pasarse a su lado y dejar las burdas operaciones que estaban haciendo.

La comida transcurrió sin mayores sorpresas. Las risas relajaron el ambiente. Incluso Ana se veía achispada, aplaudiendo las anécdotas que contaba el Rober. Tras la tercera cerveza, Luis habló. Así lo había acordado con Alan.

—Ya saben para qué nos vemos aquí y no en mi oficina, ¿verdad?

Los tres callaron. Ana palideció y su labio inferior tembló. Rober y Víctor se volvieron hacia Luis como si hablaran del tiempo.

—No. Ilústranos —dijo Rober, sin dejar la media sonrisa.

—Yo no sé nada —dijo Ana en voz alta e hizo el amago de levantarse. Rober le puso la mano en la pierna, como para tranquilizarla. Se miraron.

—Está claro que es otra intención, Ana. Lo acaba de decir Luis. Estamos aquí y no en las oficinas corporativas de CX.

—Aun así, no lo veo claro —apostilló Víctor. Su rostro permanecía tranquilo. Apoyó la barbilla en las manos entrecruzadas y ese gesto le devolvió su edad real por un momento.

—Escuchamos, Luis —dijo Rober, encogiéndose de hombros.

—¿Has sabido de ellos?

Luis había dejado de escudriñar la oscuridad boscosa de afuera. Volvía a apuntarle con la Beretta.

—¿De quiénes?

—Tú sabes bien de quienes hablo.

—Vi a Rober hace unos meses, en el reclusorio 2 de Tamul.

—¿Y qué cuenta?

Luis lanzó una risa nasal mientras miraba hacia abajo.

—¿Qué va a contar, cabrón? ¿Que le va de lujo en la cárcel? Sé que te importa una mierda pero no lo vi acabado, lo vi extinguiéndose, si puede aplicarse esa palabra en él. Ha dejado de ser el Rober. Accedió a verme porque ya no le importa nada. Lo que le importa quedó fuera y le faltan años y fuerzas para salir de ese hoyo donde lo metiste.

—Lo metimos —corrigió Alan.

—¡Yo no estaba de acuerdo!

—Pero salvaste el culo. Te retiraste con buen dinero, como yo. Y eso lo sabe bien el Rober.

—Pues dejé que hablara con él. ¿Y sabes qué fue lo primero que me dijo?

—No.

—Que si ya te había pegado un tiro.

—El primer paso siempre es el más importante. Una vez dado ese paso no hay marcha atrás. Todo estará controlado en primera instancia por mí y por Luis. Las ganancias las dividiremos a partes iguales pero irán a una cuenta mía y después regresará a ustedes en pequeños depósitos desde la cuenta maestra. Serán constantes, fechas casi cronometradas y diferentes para cada uno.

Alan había sacado la cuenta maestra años antes con una identificación falsa, por supuesto. Era sencillo hacerse una: no había un registro o base de datos para cotejar la existencia de cada usuario como sabía que tenían otros países. En México —y sobre todo en Tamul, tierra de turismo y población flotante o que desaparecía embolsada o ejecutada— se podían crear cuantas identidades se deseasen. A los bancos tampoco les importaba qué cuentas se abrían mientras se ingresaran fondos con regularidad y el dinero circulara. La falsificación de los códigos de venta solo la sabían ellos dos. Alan sabía que con más factores en juego, ese sería el comodín escondido en el mazo de posibilidades y que podía usarlo a su antojo como un escape de emergencia, si las circunstancias se presentaban.

—¿Qué diferencia de ganancias hay entre que lo hagamos nosotros tres por separado o que nos juntemos con ustedes?

Alan sonrió. Tenía los cálculos preparados en una hoja cuadrículada que les mostró. Rober asentía. Ana hacía operaciones con el celular y apuntaba al margen de los cálculos de Alan. Asintió.

—¿Y podemos tener acceso a esa cuenta tuya? —preguntó Víctor.

—Por seguridad nadie más que yo tendrá acceso. Y, bueno, las cantidades podrán variar. En caso de que necesiten un poco más me lo solicitan y lo hago.

—No nos das muchas garantías —dijo Rober—. No es nada personal pero no acaba de convencerme.

—No se pueden hacer malabares con el dinero que se obtenga por los equipos, eso está claro, ¿no Rober? Además, tenemos la protección de un supervisor. Si actúan por su cuenta no tendrán ningún escudo, ningún margen de acción. Cuando la policía vaya por ustedes todo acabará rápido.

Rober pareció reflexionar un momento.

—Y si nos agarran ¿a quién culparán? —añadió Alan—. A mí. Con nosotros ustedes solo tienen que reclamar las ganancias ingresadas. A mí me las dan y uno de mis contactos de fuera las ingresa, independientemente de que los otros cuatro vendan los equipos.

—Es verdad, esos contactos...

—Son de fiar.

—Te ves muy confiado cuando dices que te culparán a ti.

Todos se volvieron sorprendidos hacia Ana, que había permanecido en silencio. Los miraba ahora sonrojándose como cuando entró al restaurante del brazo de Rober.

—Yo me las puedo apañar porque soy uno solo. Y, como dije, Luis será nuestra alarma. Tendré margen de acción.

Alan tendió la mano a Rober.

—¿Estamos?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Rober estrechó la mano de Alan.

—Lo tienes bien armado, lo admito. Estamos.

A partir de ahí fue como controlar maquinaria aceiteada. La empresa dentro de la empresa fue a todo tren, sin parar. Los chilangos se entregaron a la tarea y los equipos salían

diariamente en los canjes de puntos sin costo alguno, de todas las características y gamas existentes. La cuenta de Alan se engrosaba y las cifras aumentaban.

—¿Por qué lo haces, Rober? —preguntó Alan.

—¿Esto?

Tomaban una piña colada tumbados junto a la piscina olímpica del club Casablanca, mirando los cuerpos atléticos bajo los ajustados bañadores de las ricachonas que iban al gimnasio a hacer pilates y a desayunar su menú vegano.

—Sí.

—Supongo que por lo mismo que tú.

Alan respingó.

—¿Y por qué motivo piensas que lo hago yo?

—Qué buenísima está esa ruca, mano.

—No me la cambies, Rober. ¿Por qué crees que hago esto?

—Pues el dinero. El dinero no da la felicidad, pero cuando falta... Así estuve un tiempo en el DF, sin un quinto. Tortillas, frijoles y chile, menú del día. Me harté de eso. Logré sacarme una carrera técnica y un día me invitaron a venir a Tamul. Empecé de barman en una disco, pero el ambiente terminó aburriéndome. Me llevaba a las chavas que quería, gringas del *spring break* que venían a probar de todo, incluidos los *mexican curious* como yo. Hay vatos que se clavan y se quedan ahí toda la vida, pero a mí la novedad se me pasó rápido, además no me gustan las drogas ni venderlas en esos antros, es muy engorroso. En una de esas conocí a Ana y me invitó a CX. Lo intenté y creo que le caí bien al jefe. Me dijo que pasando las pruebas de rigor era bienvenido a la oficina.

—Luis lo hace por una especie de venganza a la empresa.

Rober se volvió enarcando las cejas tras los lentes de sol.

—¿Venganza a CX?

—Estaba en el norte. Sabes que allá meten los tiros hasta en las oficinas. Pues los narcos compraban lotes de teléfonos y tarjetas SIM casi todos los días. Luis sentía que algo estaba mal y envió una carta para avisar al corporativo.

—No me chingues, ¿neta?

El acento chilango de Rober se había realizado con el tiempo trabajando en el equipo. Para Alan era señal de una confianza que se acrecentaba y buen augurio para lo que estaban haciendo, además le hacía la mar de gracia. *Chale-chale-chale, hijo.*

—Sí. La respuesta fue un tajante cambio a esta ciudad. CX no quería saber nada de sus denuncias. Luis lo interpretó como un gesto de complicidad, o de que a la empresa le vale madres lo que hagan los narcos con los teléfonos y las SIM. Mientras el dinero entre...

Rober suspiró y regresó la mirada a las ricachonas que ahora entraban a la piscina, tentando el agua con los pies.

—Entiendo su postura, aunque salió ganando. Aquí hay bala, pero no al nivel del norte. Fue un buen cambio, a final de cuentas. Escuché lo del castor, es como una pesadilla allá.

—Pues para él ese cambio fue una especie de insulto. Por eso me propuso hacer equipo antes que denunciarme. Lo hubiera podido hacer sin problema.

—Aún no me has dicho por qué lo haces. Tú empezaste este asunto, por lo que puedo ver.

Alan suspiró.

—Mis padres querían que fuera hotelero. De hecho estudié eso en La Salle.

—¿La Salle? Muy fresa para ti, ¿no? Muy pijo, como dicen los españoles.

—Fui becado toda la carrera. Aun así, no fue del todo grato. La diferencia de la clase de la que yo provenía con las de las familias de mis condiscípulos era abismal. Muchos güeyes tenían negocios familiares asegurados o venían de familias realmente pudientes desde hacía varias generaciones. Muchos de ellos tenían poco que ver con Tamul.

—¿Te la ponían difícil?

Alan rio.

—De hecho, no. Logré hacer buenas migas con casi todos los chavos-bien, y empecé a hacer negocio con ellos. Les hacía las tareas porque les daba flojera, no sabían usar el PowerPoint o simplemente no tenían tiempo ya que se ocupaban de sus propios negocios familiares. Todo un nicho de mercado. Y a cambio, me pude hacer de buenos ahorros. Ganar-ganar. Maslow estaría orgulloso.

—Tus padres sí que estarían orgullosos, fuera de broma.

Alan rio por lo bajo.

—Cuando me gradué mis padres me presionaron para trabajar de recepcionista en el mismo hotel donde mi papá llevaba años de *bellboy*. Solo pensarlo me provocaba náuseas y me negué. Su compadre se metió y hablaron los tres conmigo.

—No me chingues.

—El Vigos, mi padrino, quería que continuara un negocio de cambio de dólares que ya ejercía con mi papá. De hecho ya había abierto su propia casa de cambio en el centro y me querían de contacto en el hotel. Me veían como una mina de oro por mi reciente licenciatura y querían usarme para que los dólares fluyeran. Todo estaba listo para que entrara a trabajar en el hotel.

—¿Y qué hiciste?

—Agarré mi maleta con la poca ropa y cosas que tenía y me fui de mi casa. Mis papás no me lo han perdonado hasta la

fecha. Mi padre me gritó «maricón pocos huevos» cuando vio que iba en serio. Ni siquiera me volví para mirarlo.

—Coño, no tenía idea. Y supongo que terminaste llegando a CX.

—Me apañé con mis ahorros un tiempo. Y mira lo que son las cosas: uno de los compañeros de La Salle a los que les hacía las tareas me recomendó al jefe de la oficina del centro, que era su amigo. Lo demás lo logré por mi cuenta. Y lo del negocio de los equipos... empecé como un juego, para ver hasta dónde podía llegar. La ganancia extra está muy bien pero la mayor satisfacción es que una empresa como CX no puede darse cuenta de lo que hago, de lo que hacemos en sus narices. Cada uno se mueve por su propia conveniencia.

—Eso también lo veo como un ganar-ganar.

—Ganar-ganar es el *statu quo* definitivo de la humanidad. Si te mueves con esa premisa estás del otro lado. ¿Y tú, por qué lo haces, Rober?

Rober se sentó cruzando las piernas en la tumbona y dio un sorbo a la piña colada. Las mujeres salían de la piscina y Alan vio que el chilango no perdía detalle del movimiento de sus cuerpos mojados. Cuando se envolvieron en las toallas Rober salió de aquella ensoñación y regresó la mirada a Alan.

—Se aprenden cosas en la calle, en la colonia. Ya sabes que soy de la Buenos Aires. Ahí se vende y se trafica de todo. Se *bisnea*, se hacen tratos que a veces se cumplen con la propia integridad o la vida, maestro. Conoces gente que te protege, incluso. Gente muy pesada y que impone, que realmente da miedo. No por cómo se ven sino cómo te hablan, cómo se mueven, cómo te miran y reaccionan a lo que les dices. Todo eso se aprende en la Buenos Aires desde que empiezas a caminar.

Alan estaba maravillado. Empezaba a comprender por qué a veces podía ver una clara debilidad cuando los capitalinos

salían de su urbe contaminada y construida sobre un inmenso cementerio mexicana. Sus barrios nada tenían que ver con los barrios de Tamul, con la colonia que recorrió de niño. Ahí no había personajes sombríos ni tenía que hacer tratos con nadie a cambio de nada. Hasta que llegó Gloria todos los días se sucedían anodinos y envueltos en la tranquilidad de una ciudad que apenas iba creciendo.

—Me voy a llevar a Ana de Tamul cuando tengamos la lana suficiente. Invertiremos en un negocito.

Alan respingó.

—¿Con el hijo y todo?

—Con todo y el chamaco. Viene en el paquete, ni modo. Ya lo hemos platicado bastante. Empezará el divorcio en unos meses para que no haya problemas con la custodia del niño.

—Jamás haría algo así si no son mis hijos. Mis respetos, Rober.

Rober aparentó no escuchar ese último comentario. Prefirió deleitarse con los cuerpos blancuzcos de las turistas que se habían quitado las toallas y buscaban ávidamente el sol al borde de la piscina.

—¿Y tú? ¿Vas a quedarte para siempre en CX hasta aburrirte?

—No lo sé. No tengo un mejor plan por ahora. Aunque me atrae la idea de recorrer lugares interesantes del mundo. Vi uno, hace poco, en la Siberia profunda.

Le tomó cierto aprecio al Rober a partir de aquella charla. Cuatro años transcurrieron con las operaciones y el aumento de la cifra acumulada. Entonces llegó el día señalado, el día que CX se dio cuenta de que dentro de su empresa operaba otra que la ordeñaba con una eficiencia brutal.

Alan miró al hombre de traje gris. Las carpetas ordenadas en abanico sobre el escritorio, la oficina ascética, la mirada glacial del tipo, todo estaba preparado para intimidar y provocar el mínimo error. Pero, de todo lo que había visto, lo que más le llamaba la atención eran los pines con el logotipo de la empresa que el auditor llevaba enganchados en la solapa y que reflejaban las luces blancas de aquella estancia. Uno, con baño de oro, lo había visto una o dos veces: era la insignia de los veinte años de trabajar en la empresa.

Cuando lo llamaron a su cubículo, los engranajes en su cabeza empezaron a trabajar a toda potencia. Durante el trayecto de tres horas a Mérida hizo el acomodo de las fichas. Luis estaba listo para recibir el mensaje. Todo dependía de lo que CX y sus esbirros auditores sabían. Si sabían demasiado, tendría que oprimir el botón SEND y todo acabaría. Si apenas sabían nada, haría un pequeño malabarismo.

—Bueno, Alan. ¿Cómo se justifica esto?

—Justificar qué, perdón.

—No te hagas pendejo. Los agarramos. Solo necesitamos saber dónde están los códigos que lo prueben ante la Judicial.

Alan sintió que le daban un mazazo.

—¿Qué papeles?

—Los códigos de los contratos, las ventas. Buscamos en los archivos de la oficina y los que llegan al corporativo, y hemos comprobado que son falsos. No los hemos terminado de contar pero son cientos, miles. Eso sí, tus movimientos al sistema y los de Luis Méndez los tenemos. No hace falta que finjas, Alan.

Así que eso buscaban. Luis tenía razón. El auditor mostró a Alan sus movimientos al sistema detallados desde hacía cinco años, más o menos el tiempo que llevaban operando. De una carpeta, el auditor sacó un papel membretado. Se lo puso

en la mesa para que pudiera verlo. Tenía su nombre escrito en negritas. Era una hoja de renuncia voluntaria.

—Mira, Alan. No puedo obligarte. Pero si no quieres que esto continúe tienes dos sopas: renuncia aquí y ahora, te vas sin un peso de indemnización y no hay más. Procesamos a Luis y llegaremos a los otros que creemos han colaborado con estas pérdidas a la empresa. Creo que es una oferta generosa.

Alan rio. Por primera vez en la entrevista el auditor pareció desconcertado.

—¿Qué te hace gracia?

—No te voy a firmar nada. Y si me corren, que sean con todas las de la ley.

El hombre del traje gris rio esta vez.

—¿O sea que prefieres ir a la cárcel en un juicio que seguro perderás?

—No voy a ir a ningún juicio.

Bajo el pantalón, Alan oprimió el botón SEND del celular. El mensaje se envió. Mientras lo hacía miraba con altanería al auditor, retándolo a mover la siguiente ficha.

—CX ha sido muy paciente, muy benévola. ¿Así le pagas? Tienes muchos huevos para entrar en un juicio con la empresa.

—Y si les doy los códigos reales, ¿me liquidarán conforme a la ley?

El hombre se envaró. Sus cejas pobladas y entrecanas trataban de ajustarse a lo que estaba escuchando.

—Sé cómo trabaja CX. Sin los códigos tendrán problemas con Hacienda. Y si hay problemas con Hacienda la empresa se protegerá a toda costa. ¿Y a quién entregará a la justicia? A sus auditores. Y ahí estarás tú en esa fila. Si te los doy tu culo quedaría a salvo, porque si no tú entrarías en juicio contra la empresa.

Esta vez el hombre lo miró con furia. La careta había desaparecido.

—No tienes esos códigos.

—Claro que los tengo.

El auditor le dio la espalda y miró el amplio ventanal que daba a uno de los patios del corporativo. Alan recordó las insignias en la solapa. Esa era la carta con la que iba a jugar ahora y ahí tenía puestas sus esperanzas.

—Esos códigos nos convienen a los dos. A ti como auditor, a mí para salir de esta empresa con lo que me corresponde. Creo que es un trato bastante bueno.

—Es una fanfarronada, no tienes una mierda.

—Si intentas otra cosa que no sea lo que te pido pondremos todo en los medios. A Hacienda le interesará mucho cuando esté en manos de la opinión pública. Mira, apunta.

Alan le dio uno de los códigos que se sabía de memoria. El auditor tecleó la cifra alfanumérica en una de las computadoras. A medida que comprobaba su rostro palidecía hasta hacerse casi amarillo. Se volvió a Alan, fulminándolo con la mirada.

—Dámelos. Dámelos todos y arreglo tu despido.

—Mi despido y el de Luis Méndez.

El auditor se volvió, sorprendido.

—Tenemos que culpar a alguien.

Alan apuntó tres nombres en un papel y se lo pasó al tipo.

—Mándalo llamar. Mañana te entregamos la información, pero primero firmamos los papeles de despido procedente, con el cheque por la cantidad de nuestra remuneración especificada; todo firmado por el jefe corporativo.

La sorpresa del auditor aumentaba con la inclinación de aquellas cejas pobladas. Apuntó algo en el mismo papel donde figuraban los tres nombres.

—¿Me puedo ir?

Alan salió de las oficinas corporativas caminando con paso firme, pero por dentro temblaba: imaginaba que la policía estaría fuera esperando, gorilas que lo embolsarían y lo obligarían a cantar y a entregar lo que ellos querían sin un centavo de por medio. En su cabeza se presentaban toda clase de torturas. Pero la avenida, incendiada de flamboyanes rojos, continuaba con su acostumbrado trajín meridano, llena de gente y autos que iban y venían a ambos lados de la calzada.

—¿Qué pasó? —la voz del Rober sonaba preocupada del otro lado de la línea.

—Nada, no nos pueden comprobar nada. Mañana llamarán a Luis y, como hemos quedado, siempre será el que saque las papas del fuego. Andan más perdidos que nada.

—Pues Luis no se veía muy bien. Estaba muy pálido y apenas nos dijo nada cuando se fue.

—Si te llaman del corporativo ni modo que estuvieras feliz, ¿no?

Una pausa de asentimiento de Rober.

—Mañana, una vez haya pasado Luis por el auditor, se dará por cerrado el caso. Eso sí, las operaciones acabaron. Ya debes de tener en tu cuenta lo faltante.

Rober puso en pausa la llamada. Tras unos segundos respondió:

—Sí. Ya lo tengo.

—Bueno. Ya nos vemos mañana entonces.

—Cualquier cosa, aquí ando.

Fue la última vez que Alan habló con Rober.

A Alan le sorprendió la velocidad con que CX actuó. El trato de Alan con el auditor se convirtió en una realidad apabullante que sobrepasó sus expectativas. La maquinaria de hombres grises ejecutó sin piedad. Los códigos que Luis entregó al auditor en una memoria USB ocasionaron la

hecatombe inmediata. Menos de veinte minutos tras la entrega de las cartas de despido selladas y de los sendos cheques a Luis y a Alan, varios coches de policía estacionaron en la entrada de las oficinas de Tamul. Ni Rober ni Ana ni Víctor se percataron de los uniformados hasta que los tuvieron frente a ellos.

Los juicios fueron sumarios gracias a las pruebas entregadas, las firmas de los implicados y las enormes cantidades que habían defraudado a la empresa; registros que se comprobaron en los domicilios y cuentas bancarias, depósitos hormiga a lo largo de los años que no provenían de ningún otro ingreso comprobable. Las condenas fueron duras para desazón de sus abogados. Rober despotricó contra Alan y Luis; explicó al detalle cómo funcionaba la ordeña y que ellos eran los verdaderos encargados, pero sus palabras y alegatos se estrellaron en los papeles que el auditor facilitó a la comisión de investigación de fraudes de CX, papeles abrumadores, clave. Alan y Luis ya se habían retirado de la empresa con sus despidos precedentes e indemnizaciones por años de trabajo.

Luis dejó escapar una risa nasal. Le apuntó de nuevo con la Beretta.

—Bueno, llegamos al final, Alan. Ahora solo me queda...

—Solo queda una cosa.

—¿Qué?

—¿No quieres conocer mi versión del reencuentro con Gloria, la vez que te vi en aquella feria?

—Ella ya me lo contó todo.

—Ah, su versión. Si quieres la mía, entonces no dispires aún.

—No me interesa. Ya sabes cómo suele funcionar la versión de los vencedores.

—¿Y quién te dice que yo soy el vencedor, Luis?

Cinco años después de salir de CX la volvió a ver en el periódico. No era un sueño, la mulata se había hecho una vida próspera como esposa de un pastor cantante; un cristiano que se dedicaba a grabar discos con loas al Señor y distribuía comida y enseres entre los pobres a través de una fundación que él regentaba. El cantante pastor estaba postulándose para la alcaldía de Tamul y ella fungía como *su flamante mujer dedicada a los necesitados*. Eso decía el periódico.

Alejado de los círculos políticos excepto cuando le convenía para sus negocios, Alan estaba sorprendido de aquel descubrimiento. En su foto reconoció esa actitud desafiante escondiéndose en una amplia sonrisa. Sus ojos negros —a pesar de la pobre resolución en el periódico— dejaban traslucir una nítida victoria. Sus sospechas tras el desastre con la casa hogar eran que deportarían a Gloria o terminaría como una suripanta en algún sórdido antro de las regiones bajas de Tamul, contoneándose, ofreciendo copas y compañía a cambio de billetes. Pero ahí estaba, vistiendo Chanel, ganando el aprecio de la gente por su magnetismo natural. El periódico lo decía entre líneas: gracias a Gloria y su carisma, el pastor tenía muchas probabilidades de convertirse en el próximo alcalde.

A Alan le hizo gracia. Gloria, ¿primera dama?

La espalda baja empezó a punzarle.

Poco después, el corazón le dio un vuelco cuando vio a Gloria en una portada de las revistas rosas de la ciudad, esta

vez, con gran resolución y a colores. Compró la revista y leyó con avidez. *Gloria era una mujer empoderada del nuevo siglo hecha a sí misma y que había sufrido de todo.* Había convertido su sufrimiento —el escape de Cuba, su estancia en la casa hogar y otras muchas penalidades— en un arma feminista de moda para convencer al electorado.

El pastor había jugado bien sus cartas en el juego político y no había ningún reparo en señalar los orígenes cubanos de su mujer ni lo que había padecido al llegar: *Tomamos esa postura desde que los contendientes de los otros partidos intentaron atacarnos por ahí, argumentando que yo formaba parte de la problemática migratoria.* Los ataques del partido oficialista eran contundentes, afirmaban que Tamul no iba a mejorar con ella al mando sino todo lo contrario: *Habría un descontrol total con avalanchas de migrantes y las balsas coparían el malecón y las playas. La política tenía que estar en manos de mexicanos, como dictaba la Constitución.* El matrimonio contraatacó con el redoble de esfuerzos en su campaña filantrópica yendo a las peores zonas de Tamul y regalando hasta lo que llevaban puesto, prometiendo una vida mejor y servicios regulares. *Las balsas llegan a Tamul todas las semanas y este gobierno no ha hecho nada por frenarlas, todo lo contrario,* reviraba el pastor-cantante. Las encuestas ubicaban al religioso ligeramente por encima del candidato del partido oficial, que, con cara desencajada, no hallaba qué hacer para desacreditar a la pareja del momento.

Algo en Alan se había despertado y rugía furioso en su pecho mientras pasaba las páginas de aquel *dossier* dedicado a Gloria. Seguía ganándole. Seguía retándolo, diciéndole a través de las fotos que no necesitaba de él, que siempre tenía a su lado a alguien mejor. Esta vez a un cantantucho formado en bares de mala muerte —decían las malas lenguas— y que ahora

se presentaba como un religioso intachable que contendía a la alcaldía de su ciudad. De su ciudad. Era como una broma de mal gusto. Cuando terminó de leer el artículo descubrió que, tras años olvidado, el lumbago se convertía en una nueva agonía que ahora subía hasta su nuca. Cerró los ojos y las luces horizontales aparecieron.

Se vieron en el cierre de campaña. Era impresionante. A pesar de haber llegado una hora antes del evento, la explanada del palacio municipal ya estaba abarrotada hasta las lámparas. Al fin salió el pastor, quien, en medio de vítores fue condecorado por niños mayas con collares y coronas de flores. Uno de los ayudantes le pasó una guitarra llena de calcomanías de *Salve* y *Aleluya* con el logo del partido, y entre nuevas y atronadoras ovaciones, rasgó unos acordes y empezó a cantar un himno cristiano aderezado con lemas de su campaña: *Tamul, es hora de despertar, Tamul, alza las manos al cielo, que la corrupción se acaba en estas elecciones. ¡Vamos, todos a una!*

Alan nunca había visto nada parecido. Ahora comprendía por qué el vulgo estaba con él, por qué tenía asegurada la alcaldía. Ya no había discursos aburridos ni una engañosa lista de promesas. Todo era cánticos, puños al aire y Gloria haciendo coros con una voz gruesa, aplaudiendo con ritmo y levantando las manos al cielo; aquellas palmas que había visto agitarse en la oscuridad detrás de los barrotes. Se veía que la gente reunida en la explanada iba por su propio pie; nada de acarreados, nada de tortas y jugos que los otros partidos solían ofrecer. Eso sí, había concursos armados por artistas locales que rifaban televisores, lavadoras y planchas.

Ahí estaba Claudio, con su clásica peluca y su nariz roja. Alan creyó que alucinaba. El maquillaje ya no ocultaba su cara apagada y, si bien había bajado bastante de peso, la piel

de la papada se mantenía colgando en su rostro. Hacía la voz conocida del conejo Chacho e invitaba al público a inscribirse. Su traje estaba hecho con los colores representativos del partido y sus siglas gigantes bordadas con lentejuelas en su chaquetilla y sus pantalones bombachos. A los niños les regalaba grullas de origami sin parar.

Se miraron.

Alan se estremeció cuando el payaso le dedicó una media sonrisa.

—¡Afíliate, cuate, y participa en la rifa! ¡Todos ganamos con nuestro candidato! ¡Ganar-ganar, ya lo verás! ¡El partido es la onda!

El momento pasó cuando un grupo del sindicato de taxistas lo rodeó para que Claudio se tomara fotos con los delegados y sus hijos. Alan aprovechó para alejarse de las mesas de afiliación que tenían colas interminables. La orden del Divino Verbo —las monjas que seguían administrando la casa hogar del ayuntamiento— tenían un apartado de donativos y ayudas económicas y en especie, con niñas cantando salmos y aporreando panderetas en segundo plano. Las cajas de ayuda se amontonaban con comida y juguetes, en los botes de limosnas resonaban monedas sin parar. Alan estaba asombrado. Era una feria armada con inteligencia para los votantes, un monstruo parchado con pedazos del pasado de la ciudad y que quizá pocos recordaban. Aquel circo de los horrores se complementaba con la mascota de CX. El castor bailaba frenético el tema comercial de la compañía en uno de los escenarios, regalando globos. Se preguntó si el que estaba debajo del disfraz sabía que a uno de sus “hermanos” lo habían asesinado por hacer lo que hacía, ni más ni menos. El pastor también rifaba teléfonos móviles con ellos.

Casi chocó con él. Un Luis con canas ya en las sienes sostenía un elote con mayonesa y chile en la mano y miraba con atención el espectáculo principal. Creyó que soñaba. «¡Aquí va a aparecer hasta el empleado de la refresquera, el Rober y los otros, carajo!», pensó Alan sin mucha gracia, mientras la sorpresa por el encuentro se disipaba.

—¡Hombre, qué milagro! Creí que te habías ido de Tamul.

Luis forzó una sonrisa. En su camisa llevaba enganchados varios pines con el logo del partido del pastor. Se pasó la mazorca de maíz a la mano izquierda y lo saludó. Fue un saludo fugaz, como si Luis temiera que Alan lo pudiese contagiar de algo.

—¡Qué va! Me gusta esta ciudad. Ya ves los espectáculos que se preparan aquí.

Alan no sabía si Luis ironizaba ante aquella fiesta. La sonrisa que su amigo le ofrecía se le antojaba cada vez más falsa, como si fuera un político más de aquella campaña absurda.

—¿Y tú?

—También me quedé. Invertí parte del dinero de CX. Ya sabes, en el banco, y genera buenos intereses. Por ahora estoy muy tranquilo.

—Me alegre, Alan.

En un movimiento todavía más falso, Luis consultó su reloj y se disculpó.

—Tengo que irme; un compromiso.

—Oye, pásame tu número, para quedar un día.

Luis hizo el amago de continuar su camino. Miró a Alan, como si lo estuviera vacilando. Pero Alan mantuvo el gesto sereno y sacó su celular. Luis asintió y le dio su número.

—Un día de estos quedamos —Luis se despidió sin pedirle su número.

Alan pensaba que Luis no estaba ni por asomo gustoso de verlo. Sintió una súbita tristeza. Con Luis se había entendido mejor que con cualquier otra persona en lo que llevaba de vida y extrañó esas comidas con él en las plazas del malecón. Desde lo de CX, su andar solitario lo había llevado a la conclusión de que le sería imposible entablar una amistad similar. Quizá sí le llamaría uno de esos días. No tuvo más tiempo de pensar, ya que el evento llegaba a su fin y Gloria bajaba del escenario principal. Se las arregló para llegar hasta ella. Al fin, la tuvo a unos pasos.

—Ya hasta me dieron ganas de votar por ti.

Gloria se volvió, lo miró un instante y regresó su atención hacia el grupo de periodistas que tomaban fotos intercaladas con preguntas que respondía de buena gana. El acto de campaña estaba terminando. Se la veía exhausta, pero mantenía la sonrisa frente a las cámaras y los micrófonos. Alan apretó los puños. Lo había barrido con la misma mirada que ofrecía a los fanáticos que coreaban las insulsas canciones de su marido.

—Ya hasta me dieron ganas de votar por ti —repitió, esta vez con más fuerza.

Gloria se volvió, parpadeando repetidamente. Su parado erguido de amazona contrastaba con el encorvamiento que Alan había adquirido desde su adolescencia. Lo miró de arriba abajo. Alan le sonreía. Supuso que era presa de los recuerdos, del vínculo que todavía palpitaba en el presente, aunque aparentara haberse olvidado de él. Fue solo un instante, porque con actitud fría pero cortés, le indicó:

—Es por mi marido por quien tiene que votar, caballero.

Y no hubo más. ¡No hubo más!

Gloria empezó a caminar hacia la salida de la explanada. Alan sintió que en un instante la sangre bullía por todo su cuerpo, caliente, peligrosa.

«Me da la espalda una y otra vez, y si no es un payaso es un pastorcete».

Quiso ir tras ella pero el comando de periodistas y fotógrafos terminó cercándola. Fue imposible llegar a Gloria. La vio subir en una lujosa camioneta junto a su marido, que desde la ventanilla saludaba y se tomaba selfis con las jefas de manzana. El vehículo arrancó y avanzó por la avenida en medio de vivas ensordecedores.

Alan dejó que la sangre se le enfriara tras aquel encuentro. Decidió que si quería convertirse en su sombra tenía que ser el Alan fino, el que ya no temía nada, y demostrar que no era el niño fantasioso que hablaba con niñas tras los barrotos. Contrató a un detective que le informaba de sus pasos. Solo quería saber cuándo estaba sola, qué lugares frecuentaba y si su rutina seguía un patrón. Resultó muy fácil, sobre todo porque su vida matutina consistía en ir a un club exclusivo a ejercitarse, nadar y desayunar casi todos los días. El guardaespaldas que la acompañaba a estos menesteres —por la tarde a las plazas, a reuniones de la *socialité* o a un evento de campaña de su marido— solía quedarse en la entrada, apoltronado en uno de los sillones de la recepción leyendo el periódico o jugando con el celular. Sin pensarlo, Alan compró una costosa membresía que le daba acceso a todo el club, incluyendo una suite. «Por dinero no vamos a parar, claro que no», pensó divertido.

Una semana antes de las elecciones se dio el encuentro final.

El club Casablanca, el más exclusivo de Tamul, enclavado a mitad de la zona hotelera y turística, tenía una vista panorámica al océano de azules cristalinos festoneados por la espuma de las olas recalando en la arena. A su alrededor se alzaban hoteles de gran lujo que ya reflejaban el sol tropical en sus

inmensos ventanales. Atravesando el bulevar estaba una de las plazas comerciales más exclusivas del país, llena de Guccies, Tommies, Cartiers y restaurantes a los que casi ninguno de los votantes del pastor podría aspirar a comer en su vida.

«Qué lejos estamos de mi pinche colonia y sus olores nauseabundos».

Allí solo olía a sudor, a agua podrida y a leña quemada. Ahí, en el Tamul de las postales, la sal lo era todo, jugueteando con el aroma ocasional de coco en las pieles, el cloro de las piscinas, el césped recién cortado. «Qué lejos y qué cerca estamos de mi colonia, la colonia que construyeron mis padres en los ochenta». Recordó también con un dejo de nostalgia la charla que había tenido ahí con el Rober, en lo que le parecían siglos atrás.

Alan pensaba todo eso mientras esperaba flotando en la piscina olímpica, dejando llevar su cuerpo sobre el agua. Era miércoles, el día que menos afluencia tenía el club de acuerdo a lo que le había dicho el detective. Dieron las nueve en su reloj. La mañana transcurría espléndida, los zanates negros graznaban a lo lejos en franca lucha con las gaviotas por obtener las migajas de pan que aventaban los empleados.

Escuchó sus pasos acercándose a la piscina con leve chancleteo. Los pasos se detuvieron. Tintineo de joyas. Crujido de una tumbona. La miró de reojo y la sangre se agolpó en sus sienes. Tenía un cuerpo bonito pero no en los términos que él acostumbraba encasillar a la femineidad. Gloria intimidaba. Ya de por sí su genética ayudaba y el ejercicio constante en el club y su alimentación de primera —ya no sándwiches ni refrescos Cristal— la mantenían como una corredora olímpica. «Quizá saltadora de pértiga», se corrigió Alan. Se quitó los lentes Gucci y se preparó para zambullirse. Alan se volvió para grabarlo en su retina: el arco perfecto de su espalda, la curva pronunciada

de sus nalgas en el bikini ajustado, los pechos, aunque no muy abundantes, asidos por la fuerza de gravedad del instante.

«La materia del universo de la que estaba hecha era algo portentoso y pocas veces se veía en nuestro plano», habría dicho Luis.

—Gloria.

Ni él esperó tal efecto. Fue como romper un delgado cristal, una burbuja que ella se había construido con los años. La mulata se volvió, casi con violencia, el ceño fruncido y los dientes pelados; pero compuso el gesto en cuestión de un instante cambiando a una sonrisa de desconcierto, de simulada sorpresa. Alan sabía que esa era su naturaleza, acomodada como el camaleón al diferente color de las situaciones. Pero Alan tenía una ventaja inicial abrumadora: el factor sorpresa, que aprovecharía al máximo.

—¿Lo conozco? —fue su contraataque.

Se lo esperaba. De ella podía esperar todo. Aún dentro del agua mantenía aquella postura desafiante, defensiva y que la hacía intimidante ante los hombres. Pero con Alan eso ya no funcionaba. No funcionaría jamás.

—Soy Alan, Gloria. Te conocí en una casa de seguridad. Te di sándwiches, refrescos, intenté ayudarte en la casa hogar con un FM2. Y, bueno, tener de empleado a Claudio, eso es tener huevos muy gordos.

Así, en frío. Así tenía que atacar: yendo directo a la diana de su corazón para ablandar su memoria obstinada en creer que nada de eso había pasado. Gloria se mantuvo firme, pero una curvatura de sus labios dio a entender que no iba a sostener más aquella farsa amnésica.

—¿Otra vez tú?

—Sí, otra vez yo. Creí que no te vería nunca más, pero insistes en regresar.

—¿Yo? ¿Regresar? Creo que te confundes, papi. Nunca tuvimos nada que ver, ni acepté nunca tu ayuda.

—Me pediste comida y te la llevé cuando más la necesitabas. Te ofrecí papeles que, al principio, es verdad, no querías aceptar, pero al final aceptaste.

Alan se acercó a la mulata. A pesar de su frialdad y de su pose erguida dentro de la piscina podía advertir que Gloria por fin estaba asustada por aquella intrusión en su vida tan próxima a cambiar, a un solo golpe de urna para hacer sus sueños realidad. La mulata trató de recuperar terreno.

—Voy a llamar a mi seguridad.

Alan sonrió. Por primera vez sentía que le llevaba una gran ventaja. Gloria había mostrado debilidad mucho antes de lo que esperaba: buscaba ya una salida, como un gato acorralado.

—Nadie más va a venir, ya me aseguré. Y si llamas a tu guarura se puede complicar todo para ti y tus ansiadas elecciones.

—¿Me estás amenazando?

—Negociando.

Alan estaba ya a una brazada de ella y podía aspirar su fragancia a coco impregnada en su piel. Los rizos mojados que le caían por los hombros goteaban y provocaban ondulaciones en la superficie del agua. Sin mayor aviso, la abrazó y juntó su cuerpo con el de ella. Descubrió incontables músculos bajo aquella capa de piel brillante que tanto le enloqueció desde que la vio tomando de la botella. Era la primera vez que la abrazaba, pero a él le parecía que llevaban una eternidad así, vinculados desde que ella le tocó la mejilla.

—¿Te sigues acostando con Claudio? ¿Por eso lo tienes en la campaña?

Gloria resopló.

—El pobre hombre estaba perdido cuando salió de la cárcel. Solo lo ayudé y la vida le dio una segunda oportunidad. Mi marido lo *convirtió* y es feliz.

Alan rio a carcajadas.

—¡*Lo convirtió!* Mentira. Toda tu vida me has mentado.

Gloria puso los ojos en blanco. Aflojó el cuerpo y Alan sintió que los músculos se relajaban.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Solo eso?

Alan selló la pregunta con un beso. La superficie del agua se estremeció en ondas que se expandieron hasta los bordes de la piscina. Ella lo apartó con suavidad. Se miraron y Alan descubrió que sus ojos reflejaban los azules de los mosaicos.

—¿Te irás para siempre? ¿Me dejarás en paz?

Alan asintió y volvió a besarla con furia.

Cuando terminó supo que nunca podría llegar a ella. Lejos de alcanzar un infinito placer, Alan sintió la furia invadirlo mientras se apartaba de Gloria, que miraba pensativa al techo, ausente, perdida en otros mundos, como si pudiera desconectar a placer su alma del cuerpo. ¿Adónde viajaba mientras sucedía? ¿Era el mismo lugar a donde se evadía mientras lo hacía con Claudio, el mismo lugar donde otros hombres pasaron, muertos de deseo, perdiéndose en ella? ¿Sería como las barras de luz horizontales que Alan había entrevisto en su habitación, con aquellos latidos que venían de alguna parte? ¿Con el pastor pasaría lo mismo? ¿Qué significaban los hombres para Gloria?

Recordó un artículo que Luis le había comentado, donde explicaba que algunas partículas de la materia podían traspasar los umbrales del plano (el presente, el universo conocido o la cama donde estaban acostados jadeando, por ejemplo)

a un *negativo* que se llama antimateria. El concepto era complejo, pero Luis se lo había expuesto bien y lo recordaba. Incluso había hecho dibujos y diagramas en su emoción de explicarlo. En ese plano espejo todo sucedía de otra manera, otros presentes desencadenaban futuros desconocidos que no tenían que ver ni con la historia de la humanidad ni la ubicación del sistema solar en la Vía Láctea. ¿Gloria se movía entre esos dos planos, con su pensamiento gravitando a placer fuera de aquel presente, hacia esa antimateria?

Gloria dijo al fin:

—Son *tan* simples. ¿Con esto te basta, o quieres más?

—¿Por qué me humillaste aquella noche que fui a verte?

—dijo Alan.

Gloria no se inmutó, y siguió mirando al techo.

—Eras demasiado niño para entenderlo.

La furia se apoderó súbitamente de Alan.

—¿Otra vez la misma pendejada de que “era un niño”?

Dime la puta verdad, Gloria, creo que después de todo la merezco. ¿Por qué nunca confiaste en mí? Con mi FM2 pudimos haber hecho muchas cosas: trabajar, vivir en un departamento...

Gloria volvió el rostro y rio, y su risa grave le evocó aquella fatídica noche, el cuartucho donde le había dicho virgen y le había agarrado la verga palpitante. Tragó saliva.

—Ya eres adulto y sigues pensando como ese chiquillo de la ventana.

Alan se incorporó y a horcajadas sobre Gloria le sujetó los brazos y acercó su rostro al de ella. La miró con furia. Sintió los músculos de la mulata contraerse bajo sus dedos, hasta quedar duros como una piedra. La sonrisa se mantenía en el rostro de Gloria.

—¿Por qué fuiste tan cruel conmigo? ¿Por qué?

Gloria volvió a reír, esta vez en un tono burlón que le nubló la vista a Alan. Estaba a punto de abofetearla.

—¿Por qué? ¡Habla, chingada madre, habla!

—¡Te estaba protegiendo! ¿Eres de verdad tan imbécil como para no darte cuenta?

Alan mantuvo la presión en sus brazos morenos. Gloria permaneció con sus enormes labios curvados en esa sonrisa, la misma que había visto a contraluz la noche que fue a buscarla a la casa de seguridad.

—¡Protegerme! ¡¿Protegerme de qué?! —gritó.

—¡De mí! ¡De todo lo que llevaba arrastrando desde que dejé la isla! ¡Del viejo, de Claudio! Si me iba contigo, ibas a terminar muy mal. Los que salimos de Cuba a la mala, en balsas, no solemos terminar bien, y nos lo advierten desde que lo planeamos, hasta cruzar y llegar aquí. El viejo mierda que controlaba el negocio nos lo advirtió. Pero yo quería terminar bien.

—Incluso podría haberte escondido en mi casa. Mis padres hubieran entendido...

Gloria volvió a reír.

—Sigues sin entender, Alan... Claudio iba a comprar mi libertad. Había dado la mitad al viejo, pero pasó la redada. Después, empezó a negociar con las monjas del Divino Verbo. Lo teníamos muy bien planeado. Él iba a juntar el dinero para dárselo a la abadesa y tramitar una adopción, todo legal. Pero lo descubrieron. Las putas monjas lo denunciaron y lo entregaron a la policía.

Esta vez Alan lanzó una risotada.

—Adoptarte. Y coger contigo legalmente. Cogerse a su hija adoptiva inmigrante. Qué buen futuro tenían planeado. No entiendo por qué la simple idea no te daba asco, Gloria.

—Era un futuro que tenía posibilidades y me aferré a él; lo que pasaba era que tú insistías, insistías: ibas a acabar mal. Claudio era respetado, ganaba dinero, no vivía con sus padres como tú, y me quería, por eso arriesgó tanto. ¿En serio no puedes ver lo mal que tenías planeado tu futuro conmigo?

Alan sonrió. Por toda respuesta, la soltó y se sentó al borde de la cama. Ella siguió acostada boca arriba, mirando el cielorraso. Así que esa era su respuesta final... Después de todo, para ella seguía siendo un niño fantasioso que hablaba con niñas en las ventanas y les llevaba sándwiches y refrescos.

—Yo fui quien llamó a Migración y a la policía esa noche.

Gloria regresó a su cuerpo, de donde sea que hubiera estado, a años luz de aquella lujosa habitación. Sus pupilas negras se clavaron en él y en un momento parecieron carbones ardiendo. Se irguió, permaneció sentada en la cama, mirándolo. Como la mayoría de las mulatas, su cuerpo no había cambiado nada. Quizá había perdido la delgadez propia de la juventud y la miseria que envolvía sus costillas y caderas y que Alan había presenciado mientras la sacaban de los pelos a mitad de la noche. Se deleitó inmerso en aquella comparación, mientras Gloria procesaba lo que acababa de oír. Era su golpe maestro, un golpe que ella buscaba ya no repeler sino encajar de la mejor forma posible.

—¿Tú...?

—Sí. Yo. Y vi cómo te sacaban a rastras de ahí, como un puto puerco. Y lo de Claudio en la casa hogar, también fui yo. Un niño virgen puede usar el teléfono y marcar, aunque no lo creas.

Se veía que Gloria estaba rememorando todo, abriendo los gruesos labios: la humillación, la desesperanza, el fracaso de su plan, las suelas de sangre que se resecaron en sus pies

hasta que pudo bañarse, ver a Claudio con la cara deshecha y el maquillaje emborronado, emborronado como su futuro. Todo aquel desvío ocasionado por una llamada.

Entonces Gloria se le abalanzó en un clavado casi perfecto, como el que había visto poco antes en la piscina. Sus manos, convertidas en garras de palmas blancas, buscaban su garganta. Lanzó un gruñido que se convirtió en un alarido semejante al de esa noche, cuando pisó la sangre aún caliente del viejo muerto. Gloria le aprisionaba la garganta, Alan empezaba a ver motas luminosas y la deseó con ganas increíblemente renovadas.

Logró contener aquella furia con un truco que, en apariencia sencillo, resultaba de gran efectividad: le pellizó la parte posterior del brazo, casi en la axila. Gloria soltó a Alan y pudo respirar. La mulata volvió a acometer, pero estaba listo: le dio un bofetón que le volteó la cara de gruesos labios. Se desplomó sobre la alfombra. Su cara era de infinita sorpresa, como si fuese impensable que un hombre le pudiese poner la mano encima. Alan aprovechó ese leve pasmo y a horcajadas sobre ella la sujetó de los brazos. La negra se movía como un torbellino y por un momento creyó que lo derribaría con sus poderosas piernas.

—¿Así se siente perder, Gloria? ¿Sientes lo que yo he sentido desde hace años?

—¡Tú no me has dado nada, hijo de puta loco de mierda!

—Te lo di todo y te burlaste. Ahora me toca, pendeja.

Gloria dejó de patear. Le dedicó una mirada tranquila, como las aguas de un estanque: una mirada de muerte. Lo besó con furia, mordiéndole los labios. Alan se dio cuenta, para su sorpresa, que Gloria no viajaba por la inmensidad del cosmos, no se había teletransportado a un mundo espejo para evadirse de algo tan vacío como los deseos de los hombres.

Todo lo contrario, movió las caderas impulsándose hacia Alan. Rodaron por la alfombra, mordiéndose, arañándose, haciéndose daño. Alan estaba impresionado de aquella furia que lo subyugaba. Por un instante pensó en dejarse estrangular, quemar, cortarse miembros. Todo por seguir eternamente así con Gloria.

«¿Ella pensaría igual?».

Llegó entonces a la conclusión inevitable:

«Esta es la Gloria *natural*. La que vino con ella de Cuba hace mucho tiempo, la que vivía agazapada dentro de esa media sonrisa y que hoy decidió salir a dañar en serio. Es peligrosa, muy peligrosa. Podría matar y no sentir absolutamente nada, excepto placer propio».

Cuando todo terminó Alan rodó fuera de su alcance. Gloria resoplaba, boca arriba. Su vientre plano y marcado de abdominales subía y bajaba al ritmo de sus pechos. Se dio cuenta de que lloraba en silencio. Debían de ser lágrimas de magma, de un ser superior que había decidido mostrarse. Gloria trataba de entender por qué había salido a flote esa parte de ella, tan íntima. Alan sintió que algo le goteaba por la espalda escocida. Se tocó y no se sorprendió al ver sangre en las yemas de sus dedos. Los moretones en su pecho y abdomen empezaban a tintarse bajo su piel pálida.

Tras minutos sin atreverse a nada, Gloria se incorporó. Sin voltear a verlo entró al baño y puso el seguro a la puerta. Se oyó correr el agua de la ducha. Alan se miró el cuerpo magullado, rasgado. Aún tenía el miembro duro apuntando hacia el techo. Gloria salió envuelta en una toalla. Sin mirarlo, empezó a vestirse con rapidez. Se sentó junto a ella en la cama e hizo el amague de tocar sus rizos húmedos.

—No me toques, Alan. No me toques.

Alejó su mano. Gloria agarró su celular y digitó un mensaje con gran habilidad de pulgares. Y lo miró por última vez mientras le dijo:

—Si vuelvo a verte o a saber de ti, te mato.

A Alan se le heló la sangre, no por la frase sino por el rostro que lo miraba con esa tranquilidad de muerte, con gotas de agua aun perlado sus mejillas, sin rastro alguno de la vorágine que la había consumido momentos antes. Cerró la puerta y oyó su chancleteo perderse en las escaleras.

Gloria no mentía. Y esto le daba qué pensar. «Te mato», una frase dicha con toda la tranquilidad del asesino a sangre fría. Además, si ganaba las elecciones, como todo apuntaba, Alan podría tener muchos problemas. Sin duda iría a cazarle, pero no ella, sino un sicario; incluso un municipal con órdenes de arresto firmado por el alcalde. Le inventarían cargos, todo era posible en esa ciudad. ¿Por qué le había confesado lo de aquella noche y el orfanato? Ya tenía lo que quería.

«Pero no era ella, y al final fue mejor así», se dijo.

Dando vueltas al encuentro todo conducía al pensamiento que no quería llegar, el que se antojaba más arriesgado pero el mejor si quería librarse de aquella amenaza. Daba por hecho que Gloria pondría precio a su cabeza apenas llegara al cargo. Se inventaría cualquier cosa, armaría subterfugios para destruirlo. El pensamiento que arrastraba todo aquel río enmarañado de sentimientos se reducía a esto:

«Tengo que impedir que sea primera dama».

Llegó hasta el armario de las toallas y metió la mano. Sacó una pequeña cámara negra, buscó el botón de stop y lo oprimió. Se quedó mirando el aparato, sopesándolo como alguna vez sopesó el *discman*, maravillas tecnológicas que impulsaban a los hombres a hacer cosas también maravillosas, como no dejarse controlar por nadie, como enseñarle a gente

como Claudio, el Vigos o los dirigentes de CX que no estaba dispuesto a dejarse robar su felicidad, la que le pertenecía por derecho, y enseñarle a Gloria que nadie, ni ella, podía hacerlo pendejo tres veces en la vida.

Retrocedió el video grabado y en la pantallita de alta definición se vio con Gloria en la cama, rodando por el suelo, dañándose el uno al otro. Le fascinó aquella colisión de cuerpos e instintos, la cara de rasgos primigenios de Gloria mostrando los dientes, abriendo los ojos como una máscara ritual, yendo a la carga, al sacrificio. ¿Así lo hacían en las cuevas diez mil años atrás? Hasta se estaba excitando de nuevo. Retrocedió la grabación hasta el principio, cuando llegaron a la suite, le quitó el bañador y la poseyó por primera vez. Miró la cara morena mirando al vacío bajo su cuerpo, sin moverse apenas. La diferencia era abismal. Pulsó otra vez STOP y la pantalla volvió a negro. Mantuvo la camarita entre las manos.

¿Era necesario?

Si tan solo Gloria no lo hubiera amenazado... pero lo había hecho.

No, no había otro camino.

El ambiente era tenso en las oficinas del partido oficialista, el partido que —hasta ahora— solía ganar la alcaldía de Tamul desde su fundación en los setenta. En algunos cubículos la gente trabajaba con caras sombrías, de derrota anticipada, aunque el bullicio era constante: un entrar y salir de gente, chavales sudorosos y quemados por el sol llevando cajas de folletos y pancartas con la cara del candidato, encuestas que escrutaban y, con calculadora en mano, vaciaban

los resultados en hojas de cálculo de Excel y levantaban gráficos de colores. De fondo permanecían sonidos ininterrumpidos de tecleo y rasgueo de hojas. Se escuchaban ecos de las mismas palabras: «empate técnico», y los dos nombres que buscaban la meta en un final de fotografía: Paul Alarcón y el pastor cristiano. El cantante que al principio de la contienda parecía una broma de mal gusto ya era toda una realidad en aquellos gráficos, cuyas barras tenían alturas similares.

Alan se dirigió a una de las recepcionistas, una muchacha que tecleaba frenética en su computadora.

—Buenos días.

La recepcionista, una jovencita que no pasaba de los veinte años, lo barrió con la mirada sin dejar de teclear, regresó a la pantalla y contestó en un tono de fastidio:

—¿Qué desea?

—Hablar con Paul Alarcón.

—El licenciado no recibe a nadie sin cita previa.

—A mí sí. Vengo de parte del otro candidato. Sabe a quién me refiero.

La chica dejó de teclear y esta vez lo miró detenidamente. Alan le sonreía bajo los lentes de sol.

—El licenciado está ocupado ahora. Apunte su nombre ahí y le llamaremos a partir de la siguiente semana.

Con un movimiento estudiado Alan se quitó los lentes y la miró a los ojos sin parpadear, como solía hacerlo mientras negociaba. Le mostró una fotografía a la chica y se la acercó.

—Mira bien. Sabes quién es, ¿verdad?

Era una captura de pantalla del video que tenía en su poder. En la foto aparecía Gloria, desnuda, montada sobre un hombre con la cara pixelada. La cara de la recepcionista se abrió en franca sorpresa, se acomodó las gafas y se acercó

a la foto, comprobando aquella escena pornográfica. Alan se metió la foto al bolsillo.

—Mira, bonita, si no lo llamas ahora, iré a los periódicos y ellos se encargarán de todo. Y tu nombre figurará en los encabezados por no avisarle a tu jefe. Su victoria depende de que me vea con él, ahora mismo. Ese primer paso es el más importante y no me estás facilitando mi trabajo.

—Pero el licenciado...

—Llámalo. Última vez que te lo digo.

Paul Alarcón Morali pertenecía a “la nueva generación” del partido oficialista y su campaña en Tamul era parte de esa renovación paleontológica en la política nacional de viejos dinosaurios que ya no invitaban a acercarse a las urnas y a los debates. El partido oficialista controlaba a placer el destino turístico más importante del país sin sobresaltos desde su creación, y a la cúpula le había parecido buena idea poner a una de sus jóvenes promesas en un puesto que les garantizaría beneficios y posición política, sin hablar del control total de la persona, que seguiría siendo empleado del partido: ese era el perfil de Paul Alarcón, que Alan se había memorizado para ese encuentro.

Con toda esa información ya estudiada de antemano y cansado de ver sus fotografías atadas a los postes eléctricos y pegadas en las paredes en toda la ciudad junto a las del pastor, a Alan le sorprendió la juventud del candidato. Paul Alarcón rozaba la treintena y sus gesticulaciones y sonrisas estaban claramente entrenadas para aquella carrera que se le escapaba de las manos. Tras una revisión de rutina con el guardaespaldas entró a su despacho, amplio y lleno de pósteres con el logo del partido, fotos del presidente de la República y del dirigente del propio partido. Paul se levantó de su silla y fue hacia él a estrecharle la mano. Alan supuso

que lo hacía más por inercia que otra cosa. A saber cuánta gente de toda clase habría pasado por ese despacho.

—Gusto en saludarle, señor...

—Solo soy un mensajero.

Alan sabía que jugaba con fuego pero no tenía a nadie más que lo hiciera por él. Además, era demasiado riesgoso. Tenía en las manos una atómica, un factor que podría cambiar una elección, y él figuraba en medio de todo ese tinglado. Tenía que hacerlo él, armarse con la misma valentía que tuvo al llevar aquella corcholata a la refresquera, con el Cotorro que había hecho él mismo. Recordó la amenaza de Gloria y respiró. No había marcha atrás. Las tablas que había pactado y que se habían mantenido en ese juego de tantos años se iban a acabar. Alan dejó que Paul hablara primero.

—Me dijo mi asistente que tiene algo muy importante. Sobre la cubana y el pastor.

A Alan le divirtió el acento de niño bien y adinerado, como los que acostumbró a escuchar diariamente en su paso por La Salle. Paul intentaba aparentar frialdad, pero el nerviosismo se reflejaba en su tono y en su rostro de grandes ojeras. Se sintió cómodo, estaba en su terreno.

—Un video. Un video de su esposa engañándolo y cogiendo con otro hombre.

Paul Alarcón se inclinó en su asiento, mirándolo a los ojos. A Alan le pareció identificar una fugaz sonrisa que desapareció en un instante.

—No me interesa el juego sucio, amigo. Este partido ganará con el voto popular. Yo ganaré porque la gente en esta ciudad sabe qué es lo que le conviene más.

Alan rio. Sus carcajadas resonaron en aquel despacho lleno de encuestas, fotografías y libros en los estantes.

—Entonces, ¿para qué me recibiste, Paul?

El candidato retrocedió por instinto al escuchar el tono y su nombre como remate a aquella pregunta. «La nueva generación de políticos da pena, al menos los dinosaurios tenían huevos», se dijo Alan.

—La cosa está así: entro a tu casa de campaña y lo primero que escucho es «empate técnico», veo caras de derrota en tu gente, en las gráficas. Y las encuestas, unas te dan por ganador pero en otras no. En la política eso es jugársela mucho, ¿no? Es perder por un factor que desconocías. Seguro que viste su cierre de campaña. Yo estuve ahí y fue impresionante. El pastor tiene poder y va a ganar si no haces algo radical.

El candidato callaba, sin dejar de verlo a los ojos.

—Quiero verlo.

Alan le extendió su teléfono móvil y reprodujo el video sin soltar el aparato. El video, ya editado y con su cara pixelada, duraba unos diez minutos. Hacía acercamientos a la cara de Gloria y a su cuerpo desnudo y moreno, a sus diferentes caras desencajadas y gestos, su frenesí sexual. Paul Alarcón empezó a transpirar. El video terminó y el despacho de Paul quedó en silencio. A lo lejos se escuchaban los tecleos, las voces, el eco de «empate técnico» que se colaba desde los pasillos.

—Si esto no tambalea al pastor nada lo hará, y lo sabes, Paul.

—Aun así, esto no me garantiza nada.

—Pues entonces pierde, Paul. Pierde contra ese pendejo cantante de iglesia y asume tu muerte política. Personalmente te veo con gran futuro, sería una lástima que por un artistucho, feo además, se trunque tu carrera. Ganando esto te espera la gubernatura, una senaduría, un retiro tranquilo. Sería una lástima.

Paul Alarcón se incorporó y dio pasos inciertos hacia la ventana.

—¿Cuánto pides?

Alan le dijo la cantidad.

—No cuento con ese dinero.

—La alcaldía lo vale, ¿no? El partido hasta lo financiará si se lo pides.

Paul Alarcón se volvió y descolgó el teléfono de su escritorio.

—Si llamas a la policía o a alguien que no sea el que te va a traer el dinero borraré el archivo. Un toque y adiós. No tengo respaldos. No me interesa quién gane, la verdad.

Paul marcó, esperó en la línea y dijo claramente una cantidad para que Alan la escuchara. Era la mitad de lo que pedía.

—En mi caja fuerte, cariño. Luego te explico, lo necesito ya —colgó y suspiró.

»Te daré la mitad ahora y la otra mitad cuando se oficialicen los resultados de la elección. Eso no es negociable.

«Ya va espabilando el muchacho», rio por dentro Alan.

El video se liberó ese mismo día en todos los medios. Y Alan inició la huida con la primera reproducción en internet. Tuvo el tiempo justo para ver el primer titular en *El noticioso* de Tamul en su celular justo antes de despegar y perder la señal —que le proveía CX— para siempre.

Mientras la ciudad se quedaba allá abajo y él volaba lo más lejos posible de Gloria y de su furia (porque era un hecho que lo buscaría y lo mataría), Alan miraba de nuevo la materia moverse, mutar.

El universo indiferente cambiando y enrocando, los dados de Dios cayendo en números que jamás podría haber concebido. Las fichas caerían unas sobre otras como una reacción en cadena. Tamul se empequeñecía y se perdía entre las nubes que recalaban en el canal de Yucatán, el avión se internaba en los azules del Caribe y Alan se repetía que no había salida.

Era el final que se merecía un alma como la de Gloria. Ya vería hasta dónde llegaría su frialdad cuando la bomba estallara, la consumiera y dejara expuesta su otra faceta ante los votantes cristianos, ante la opinión pública que se sentiría engañada, humillada y vejada al ver revolcarse por el suelo a la esposa del pastor con otro hombre, una cara pixelada que claramente no correspondía con el cuerpo amorfo y bajito del político, su esposo ante el altar.

Nada pudo parar aquella avalancha de fichas desplomándose sobre Tamul. Ni las explicaciones, ni las ruedas de prensa, ni la aparente confusión del pastor. El día de la elección, las urnas ardieron y la propia ciudad se sacudió hasta los cimientos. En una suerte de avalancha humana los simpatizantes quemaron la casa y las oficinas de su partido, incluso amagaron con quemar la iglesia que se salvó por la intervención de la policía. Hubo problemas en las casillas de votación, encontronazos de los fieles con la policía en batallas campales de piedras y palos. Al final, el electorado castigó con dureza: no les dio ni para una mísera regiduría.

Se hizo oficial: Paul Alarcón Morali era el nuevo alcalde de Tamul. Alan recibió la noticia cuando paseaba por la Alhambra de Granada, mirando la Fuente de los Leones. Se había acabado el empate técnico con el pastor. Y las tablas que había pactado con Gloria y Claudio hacía años ese día se convertían en un triunfo contundente para él.

Con el dinero que le había dado Paul el día que le llevó el video, sumado a lo que ya tenía por el finiquito y el fraude a CX, Alan podía permitirse vivir cómodamente muchos años. Mientras caminaba por los fabulosos palacios nazaríes pensó en que todo podría terminar ahí, el punto final ansiado con la caída de Gloria. Pero llegó a la conclusión de que un negocio era un negocio y tenía que contactar con el nuevo primer

edil para reclamar la mitad faltante. «Lo que no puedo permitir es que un imberbe politicucho no me pague lo que me debe».

No fue grato conversar con el alcalde electo.

—No lo conozco —repitió Alarcón Morali, con su acento de niño bien.

«Este igual estudió en La Salle. Seguro que me hubiera pagado por hacerle las tareas, como todos los de su clase social».

Alan tenía contemplada una eventualidad así. Sacó una pequeña grabadora del bolsillo, otra maravilla tecnológica, y presionó PLAY mientras la acercaba al auricular. La voz del propio Paul salió nítida: «Me dijo mi asistente que tiene algo muy importante. Sobre la cubana y el pastor...».

Silencio del otro lado de la línea.

—Y así podemos seguir, querido Paul, si no me pagas lo que acordamos. Esta grabación, íntegra, irá directo al *Noticioso* de Tamul y a las televisoras nacionales. Eres alcalde electo y tienes tu constancia, pero aún no ocupas la silla de la alcaldía y los meses siguientes pueden ser muy interesantes para ti. Ya ves el desmadre que se formó el día de la elección. Los votantes, la ciudad, todos irán por ti, a tu casa. El pastor irá hasta la Suprema Corte para hundirte y recuperará la alcaldía que le arrebataste. Nada es imposible en Tamul, ¿verdad?

Se escuchó la respiración entrecortada del político.

«Si esta es la nueva generación de políticos jóvenes, no quiero ver el futuro que le espera a mi ciudad. Más condenada no puede estar».

—¿Dónde deposito? —preguntó al fin Paul.

Alan le dio un número de cuenta que había abierto expresamente para esa situación.

—Esta tarde...

—Esta tarde, nada, Paul. ¿Qué pasó? Negocios son negocios y lo sabes. Haz la operación. Yo espero en la línea. Venga. Es solo un pequeño tecleo, dar dos toques a ese *smartphone* que llevas.

Pasaron unos instantes. La aplicación en su celular le confirmó el ingreso del dinero.

—Ya te debe aparecer el depósito.

—Una cosa, Paul. Si descubro que me siguen o que me intentan quitar ese dinero pasará lo mismo: será tu palabra contra la tuya en cadena nacional. De otra forma, es la última vez que nos vemos. Ha sido un placer.

Colgó.

Las noticias siguieron fluyendo: tras discusiones de la pareja que derivaron en un zafarrancho en su casa, el pastor perdió la mitad de su patrimonio. Gloria había logrado asegurarse los bienes mancomunados desde el altar, por lo que no fue difícil quedarse con una pequeña fortuna tras el consecuente divorcio y las denuncias por violencia de género.

Fue entonces cuando los *sueños* se intensificaron, allá en las antípodas de Tamul. Alan despertaba empapado, con el corazón realmente encogido. No importaba si dormía toda la noche, tomaba una siesta o daba una breve cabezada en un parque, la tortura era la misma.

Meses después de escapar de Tamul, esas pesadillas le indicaron una salida, quizá la única posible: Kolymá.

—No entiendo por qué dices que no fuiste el vencedor.

—Tú tienes la pistola, Luis, no yo.

—Es verdad. Pero la pistola es solo el final del camino.

Ha recorrido medio mundo por ti, como si fueras algo muy importante. No eres importante, Alan.

Alan miró a Luis. Por primera vez le sonreía en una mueca burlona, un gesto que nunca le había visto.

—Crees que todo se trata de ti, Alan, que tu historia significa algo. Ya te dije que terminas destruyendo a todo el que se topa contigo y te conoce. Tuve la mala fortuna de cruzarme contigo y tus juegos con CX. Cuando me viste en la feria del cierre de campaña incluso quise desaparecer. Me confié. Sabiendo lo que había pasado con Gloria y contigo, no preví el desastre. Te contaré una historia, una historia que seguro completará tu rompecabezas con las piezas que te faltan.

Luis habló y a medida que hablaba Alan bajaba la cabeza. Apretó los ojos, que ahora sentía borrosos por las lágrimas. Comprendió, efectivamente, por qué esas palabras, esas piezas, embonaban a la perfección en Kolymá, en ese momento, en esa cabina oscura del todoterreno. Luis terminó su monólogo.

—¿Alguna pregunta más?

Alan negó con la cabeza. Se irguió y apoyó un brazo en el volante.

—Haz lo que tengas que hacer, Luis.

—Pues acabemos ya con esto.

Luis apuntó a la frente de Alan y oprimió el gatillo, esta vez sin teatralidades, sin palabras, sin calar el mecanismo mortal. Lo hizo como un jugador en el fragor del combate en una partida de realidad virtual. El estallido, las chispas amarillas y naranjas, la explosión de sangre a borbotones y el crujido del cristal de una de las puertas del todoterreno se sucedieron casi al instante. La radio seguía emitiendo esos latidos de ser amorfo, un gigante que dormía pero parecía próximo a despertar.

Alan sintió la sangre caliente sobre su rostro. ¿Por qué estaba consciente, si debería estar muerto? No sentía dolor alguno en su cuerpo —a excepción del lumbago, intermitente— ni la bala carcomiendo sus entrañas, matando a mordiscos sus órganos internos. ¿Es que acaso eso era morir? ¿No sentir nada, solo el pitido agudo que dejaba la resonancia del disparo mortal? ¿Tan rápido se dirigía a la muerte que no había ni sentido el impacto? ¿Era ya un ser etéreo, flotando como un espíritu ahí en la cabina? El pitido, sumado a los latidos en la radio, no lo dejaban pensar.

El humo se disipó rápidamente y vio la cabeza de Luis, que había desaparecido bajo borbotones de sangre. La pistola estaba también deshecha y humeaba en su mano quemada, que todavía oprimía el gatillo. Era la sangre de Luis la que había salpicado su cara y, por un momento, Alan creyó que su vaho se había tizado de rojo. El cráneo de su amigo había roto una parte del cristal de la ventanilla tras el impacto, imprimiendo lo que parecía una telaraña roja y opaca. Entre el pitido agudo que martirizaba sus tímpanos, una imagen se delineó en su cabeza: una sonrisa de dientes blancos, diciéndole «Si vuelvo a saber de ti, te mato». Le pareció lo más natural. El poder de Gloria alcanzaba a llegar hasta esos parajes remotos. Iba a cumplir su amenaza, a su manera.

«Esto es obra de Gloria, sin duda. No es suficiente un tiro, no. Ella quiere que sufra hasta el último paso, cuando a duras penas puedo dar el primero, el más importante».

LA CARRETERA
DE LOS HUESOS

MIENTRAS LA CARRETERA SE ABRÍA ANTE ELLOS, las primeras luces espantaban a las estrellas rezagadas que desaparecían emborronadas en el parabrisas. Luis conducía. Una de las señales reflejó caracteres cirílicos y números a la luz de los faros: indicaba que el pueblo más próximo distaba 747 kilómetros. Ante ellos se extendía una línea de asfalto ininterrumpida que se perdía serpenteando las cordilleras coronadas de nieve. Alan pensó en la pistola. Y en la bala que reposaba en su recámara, lista para ir en su busca, morder su carne, atravesar sus vísceras y desangrarlo hasta que no hubiera más. No era eso lo que le preocupaba realmente, sino que Luis no fuera capaz de empuñarla y apretar ese gatillo.

«Avanzamos por un cementerio de unos dos mil kilómetros de longitud. Quizá el cementerio más grande del mundo. Es un panteón que, como la muralla china, puede verse desde el espacio. Y quizá otras civilizaciones, con hipotéticos telescopios mucho más avanzados, descubrirían sin dificultad la verdad bajo aquella línea de asfalto que unía dos pueblos perdidos en la zona más cruel del hemisferio. ¿Qué ganaban construyendo esta miserable línea? Nadie gana nada ahora. No está recomendada para su tránsito y quizá podríamos ser de los últimos en recorrerla».

Una cosa era conocer la extensión de esa ruta en los mapas y otra comprobar que no se topaban con nadie al paso

de los kilómetros. Era una sensación de desasosiego difícil de explicar para Alan. El pasar de las horas y ver solo bosque, montañas y el azul del cielo rasgado por enormes cirros y, claro, la carretera. El día transcurrió sin que se cruzaran con algún pueblo o estación de servicio, ni un tractor. Ni un ser humano. Por la tarde, tras una parada para comer y orinar, cuando retomaron la carretera de Kolymá, a Alan le pareció que esta empezaba a hablarles. Hablaba con las sacudidas y golpes que hacían saltar el todoterreno, a veces en intervalos largos, a veces unos cuantos cada dos o tres kilómetros. En las subidas susurraba, en las cuestas para bajar alzaba la voz. Por su parte, Luis se preguntaba si las protuberancias que ahora sobresalían en el asfalto significaban alguna clavícula que no se fundió con el alquitranado, fémures porosos que sobresalían del penoso pavimento vertido y nivelado por el Gulag con el último aliento y el arrepentimiento de escribir o levantar la voz, de estar en el tiempo equivocado y en la Rusia equivocada. La tarde caía y las sombras de los pinos acuchillaban el camino lleno de resaltos. Un camión con las luces encendidas, el primero que veían desde su salida de Yakutsk, arrastraba una estela de gravilla y polvo denso —los huesos de los muertos que aún flotaban sobre la atmósfera— que tardaba en bajar y reintegrarse a la carretera.

—¿Por qué esta última parada? —preguntó al fin Luis. Tuvo que detener el cuatro por cuatro y pegarse al arcén, ya que la nube de polvo era tan densa que los faros apenas podían atravesarla.

—¿Kolymá?

—Es verdad que hemos visitado sitios apartados, pero esto me parece rozar el morbo. Como coger y emborracharse sobre las tumbas.

Alan sonrió. No podía pensar en otra cosa que en la pistola negra. «¿La sacaría de la maleta para usarla cuando le tocase a él su turno de conducir?».

Se obligó a responder mientras la polvareda aún se mantenía sobre ellos. «Los huesos nos rodean, los muertos llaman a los muertos».

—Los sueños me hablaban de una carretera llena de huesos. Investigué y lo primero que salió en internet fue Kolymá. Y desde que leí de lo que se trataba me entró curiosidad, pero luego la curiosidad me llevó a preguntarme muchas cosas. Sobre mi vida y sobre lo que haré de ahora en adelante. Creo que es uno de los sitios en el planeta donde puedes ponerte a pensar. Además, no me digas que no querías, con los misterios de la Rusia soviética rodeando todo esto. Es una zona donde pueden darse muchas cosas.

—¿Y qué se supone que harás de ahora en adelante, Alan?

La pregunta lo pilló a contrapié. Luis, cuyo mayor interés era la cuestión sobrenatural, los extraterrestres, los misterios insondables de la URSS, vino con una pregunta que se le antojaba cercana a la pistola en su mochila.

—Quizá arreglar todo. O intentar arreglarlo.

—¿Arreglar lo de Gloria? ¿Lo de CX?

—Ya te dije que dinero me sobra y este viaje por el mundo me ha abierto un poco los ojos. No se puede estar siempre huyendo e ignorando lo que ha pasado en la vida. Y esos sueños fueron el catalizador, ¿sabes?

—¿Los sueños de los que me hablaste en Cádiz?

—Sí. Por más que consulté con psicólogos y gurús de la meditación no hallaba una salida. Pero a la larga llegué a la conclusión de que solo había una forma de comprobar si realmente había una salida.

—¿Y esa salida es Kolymá?

La nube se disolvió por fin y Alan descubrió que ante ellos la taiga era un desierto helado con isletas de matorrales y pinos que semejaban monjes blancos doblegándose ante la rigidez de los elementos. Luis empujó el pedal del acelerador y prosiguieron la marcha.

—Sí. Curiosamente, cuando me decidí a venir los sueños se hicieron un poco más manejables. Hay que enfrentarse al laberinto, es la clave.

—No te creo, Alan.

Alan respingó.

—Debe haber algo mucho más fuerte para que hayas decidido llamarme. Tenías ganada la partida. Todo el dinero que le sacaste a Paul Alarcón. ¿Qué te hace falta, Alan? ¿Qué te impulsó a llamarme?

La sangre de Luis que seguía manando de su cabeza volvía a calentar la cabina. El vaho de la detonación y su último calor corporal darían unos minutos a Alan antes de que se reanudara la congelación. Pedazos de la Beretta y metralla habían cuarteado el parabrisas, algunos no le habían dado de milagro. Con la mano temblorosa, giró la llave. El contacto emitió un chasquido y no hubo más. La radio seguía crepitando aquel sonido de corazón imperturbable. Sabía que tenía que salir, revisar el maletero, saber qué opciones tenía. Qué quería Gloria además de hacerle presenciar la muerte de un amigo, quizá la persona más cercana que había tenido en la vida. ¿Qué le habría dicho Gloria y Paul Alarcón a Luis? Incluso le vino a la mente el empleado de la refresquera que le dio el *discman* y pensó que también los engañados tenían su revancha en este mundo. ¿Lo habrían despedido por su culpa,

por aquella travesura para conseguir lo que pensaba que era justo para él? Las caras y medias sonrisas se agolpaban, no lo dejaban pensar. El lumbago rugió, recordándole que cambiar de postura, no digamos ponerse de pie, resultaría tarea complicada. Las luces horizontales destellaban a intervalos cuando cerraba los ojos.

Y lo que le había contado Luis antes de disparar, era cierto. Las piezas del rompecabezas estaban ahí, en sus palabras. Con lo dicho por Luis, encajando esas piezas a la perfección, Alan comprendió que no había forma de eludir el destino que le habían preparado ahí, para morir en Kolymá.

Conoció a Rey Gómez cuando su carrera iba despegando como cantante de música cristiana. Ya había pasado su época de “iluminación” cuando deambulaba por los peores antros de Tamul cantando música profana: cumbias, merengue y norteño. Pero esa iluminación llegó cuando, una de esas noches, el Señor habló con Rey mientras él miraba sentado sobre la arena el farallón del Corsario. Sus rocas se iluminaron sobre el oscuro mar como la zarza de Moisés en el desierto y Dios habló: «Rey, lleva a mi pueblo mi mensaje, hazlo entender». Tomó su guitarra, y en ese éxtasis compuso el primer himno, uno de sus más famosos y que lo llevaría de gira por todo el país, llenando estadios, revelando los deseos de Yahvé. Tal era la leyenda. Su éxito fue fusionar esa música que la plebe amaba. Solo tuvo que sustituir la letra profana por salmos que el Señor admitía, alabanzas que Rey compuso desde lo profundo de su corazón. Así, la plebe fue a él y entendió mejor al Señor, lo siguió y lo adoró. Dios animaba al propio Rey a seguir cuando hablaba con Él en sus oraciones.

Luis también deambulaba por la ciudad, sin saber en qué gastar la pequeña fortuna que había conseguido con el despido de CX y lo ahorrado del negocio con Alan. Entonces, una noche, conoció a esa mulatona que, en la acera, repartía folletos. Se miraron.

—Pruebe y conozca la verdad, le dijo la mulata.

—¿Qué verdad?

Ella no pareció captar la ironía en su pregunta y le dijo que la Verdad del universo estaba en Dios, y Rey Gómez era uno de sus discípulos más capacitados para mostrar esa Verdad.

Miró su cuerpo atlético y moreno, sus gestos... Luis no tuvo más remedio que aceptar la invitación de esa mujer y entró en la pequeña iglesia. Dentro se estaba muy bien, había aire acondicionado y las bancas eran confortables, el suelo incluso estaba alfombrado. El púlpito parecía más bien un escenario de teatro, cubierto por unas cortinas de terciopelo rojo. Dentro, el lugar le parecía mucho más grande que fuera.

Dio inicio el culto. Cuando se dio cuenta, la iglesia ya estaba a reventar. Un hombre bajito de nariz en forma de bola y con picaduras de viruela en el rostro salió al frente. A Luis le recordó a Tersites, “el más feo de los griegos”, según Homero. El hombre miró a su público y con una sonrisa de dientes torcidos extendió las palmas de las manos hacia arriba.

—Levantaos, hermanos —dijo como un profeta perdido de las páginas de la Biblia.

Tras el incontable susurro de ropas y calzados y tenues arrastres de las bancas, el silencio fue total. El predicador sacó una guitarra de su atril y empezó a cantar con sus acordes primero, y entonces la cortina se corrió y, detrás, un grupo empezó a tocar la batería, el bajo, un teclado y una segunda guitarra. La morena de los folletos siguió al hombre en los

coros, con voz grave. El público acompañó con las palmas. Luis quedó impresionado de aquella mulata de rizos oscuros, su forma de pararse en el escenario, sus miradas. Parecía que lo miraba a él exclusivamente.

Luis preguntó a una señora a su lado si ese hombre era Rey Gómez. Sin dejar de ver el escenario, embelesada, la mujer movió la cabeza afirmativamente. El culto terminó y la gente se acercó a saludar a Rey, algunos arrodillándose, otros suplicando la bendición del apóstol de Tamul, como ya se le conocía.

—¿Te gustó?

La voz, grave pero melódica, le hizo respingar. Luis se volvió y se topó con aquellos ojos negros. Por un instante creyó que esos ojos lo absorberían en una perdición; era absurdo, tuvo la sensación de que, si la mulata quería, podía controlarlo a placer.

—¿Te gustó? —volvió a preguntar.

Por un momento Luis tuvo la estúpida idea de que le preguntaba si solo le había gustado ella y nadie más.

—Eh, sí, está muy bien el mensaje, la predicación y la música.

—¿Cómo te llamas?

—Luis.

—¿Te gustaría convertirte?

Luis no supo qué decir a eso. La mulata rio.

—Soy Gloria. No tienes que decidir ahora, claro, pero siempre andamos buscando gente que quiera servir con Rey a la Verdad.

No tardó mucho en decidirse. A la semana siguiente, Luis buscó a Gloria entre la congregación cuando terminó el culto y le dijo que estaba decidido a convertirse.

—Ven conmigo.

Le presentó a Rey Gómez en privado. La mulata se retiró y los dejó solos. Luis descubrió que el tipo estaba dotado de una labia increíble y que sus ojos le recordaban a Alan, pero, a diferencia de él, sus gestos, su forma de dirigirse a sus discípulos, todo resultaba de una limpieza de espíritu que motivaba a entregarse a la causa. Su fealdad quedaba relegada a segundo plano de inmediato.

—¿Quieres conocer la Verdad, Luis?

Luis no contestó. Miraba fascinado aquel rostro que más bien parecía el de un ídolo prehispánico, con sus picaduras de viruela, su nariz deforme y los ojillos de zarigüeya.

—Yo no ofrezco la Verdad. Dios es el que la ofrece y la interpreto para que puedan conocerla a través de sus designios. ¿Qué te inquieta para venir a mí?

—He hecho cosas indebidas. Cosas...

—Esto no es un confesionario, Luis. Pero Dios ya te ha perdonado, ¿sabes por qué?, por el simple hecho de acercarte a esta iglesia. No necesitas decirme nada.

Rey le tocó el hombro. A Luis le pareció que una descarga eléctrica recorría su cuerpo. Le dijo que lo siguiera y entraron en un anexo de la iglesia, una sala que solo tenía una pileta de piedra instalada. Estaba llena de agua limpia y el agua reflejaba motas de luz en las paredes, la luz se colaba por un enorme vitral de colores.

—¿Quieres conocer la Verdad, Luis?

—Sí.

—Di «sí, con todo mi corazón, reverendo».

—Sí, con todo mi corazón, reverendo.

Entonces se acercaron a la pileta, que Luis descubrió más grande y profunda de lo que parecía a primera vista.

—Deja tus cosas de valor en esa mesa, descálzate y métete en la alberca.

—¿Con lo puesto?

Rey no contestó. La mirada que le dedicó, tranquilizadora e iluminada por los reflejos de luz en el agua, fue todo lo que necesitó para decidirse.

—El primer paso siempre es el más importante, Luis. El Señor quiere que des ese paso, y hoy recibes las aguas bautismales para servirle, para ser un nuevo hombre de bien.

Así vestido como estaba, Luis metió un pie dentro de la alberca, luego el otro, hasta quedar sumergido hasta la cintura. El agua estaba fría y sintió la piel erizarse. Rey bajó con él, ahuecó las manos y las sumergió en el agua, y Luis recibió las aguas de la pileta. Tocó su espalda con la mano izquierda y con la derecha señaló al techo, con los ojos cerrados recitó unos versículos de la Biblia.

Tras las ceremonias de su integración al culto, el pastor fue conociendo a Luis y con el paso de las semanas se fue ganando su confianza. A Rey no le interesaban los pecados, le interesaban las fortalezas de sus allegados para servir al Bien Mayor. Un día, lo mandó llamar y le contó su plan.

—Tienes un buen currículum. Trabajaste en CX, traes buenas recomendaciones. Yo tengo un proyecto que creo ayudará a mucha gente, y lo haré desde la política. El Señor me dijo que a eso estoy destinado. ¿Le entras?

Con algunas dudas, Luis aceptó y con su asesoría fundaron el partido. Pero mientras transcurría el tiempo y viendo que las aspiraciones políticas de Rey no eran del todo irreales, Luis vio una increíble oportunidad para pagar por sus pecados. La traición al Rober, a Ana y a Víctor; todo tenía que limpiarlo de raíz, y ayudaría a ganar a Rey Gómez en las próximas elecciones para llegar a los más necesitados y expandir ese mensaje de la Verdad.

En esa época fue a ver al Rober al reclusorio 2 y le ofreció ayuda. Rober dijo que estaba bien pero se veía que todo le daba igual. Le preguntó si ya le había pegado un tiro a Alan y Luis se estremeció por cómo se lo dijo. Respondió que no tenía odio en su corazón y cada uno pagaría por sus faltas tarde o temprano. Rober se encogió de hombros cuando Luis le dijo que lo afiliaría al partido cuando cumpliera su condena; es más, cuando Rey ganara la alcaldía de las primeras cosas que harían sería agilizar su liberación. «Si eso te hace feliz, adelante», fue todo lo que dijo Rober cuando se despidieron. Luis supo que su labor ahora era ganar esa alcaldía no solo para limpiar parte de sus mierdas pasadas: era una gran oportunidad para socorrer a la gente a la que había deshecho la vida, como al Rober.

Luis se decidió y en uno de esos arranques de expiación invirtió todo su capital en la campaña electoral, dinero que provenía de un pecado, pero que usado así tendría una transfiguración. Así se lo dijo Rey: «Para la causa, ese dinero pasará limpio, porque tu intención no es egoísta, todo lo contrario: fondos para el partido, publicidad, mercadotecnia, presentaciones, asesoría política. Todo eso terminará beneficiando a la gente que lo necesita de veras».

Rey Gómez estaba fascinado con esa ayuda y lo nombró Hermano Segundo. Gloria se encargaba de enlazar los contactos. Con ese “acto de fe supremo” de deshacerse de sus bienes materiales sin pedir nada a cambio, Rey confió completamente en Luis y lo convirtió, junto a Gloria, en su equipo medular. Nada se hacía sin consultarse entre ellos primero. Sin querer, Luis aplicaba lo aprendido con Alan en CX, a prever problemas, anticiparse al adversario, esquematizar los movimientos.

Pero lo más importante sucedió la noche que se enteró quién era la esposa de Rey Gómez. Luis se había quedado

muy tarde preparando ideas para la gira electoral en la casa de campaña. Escuchó ruidos y la puerta principal abriéndose y cerrándose. Para su sorpresa, la mulata entró a la oficina discutiendo por su teléfono celular y encendiendo las luces de la entrada. Él estaba en el segundo nivel y la vio entrar en el vestíbulo sin que ella se diera cuenta. Su acento, sus gesticulaciones —diferentes a los que usaba en las reuniones— se le revelaron como una de las grandes verdades de su vida. Gloria colgó y se recostó en el sillón que utilizaban los visitantes en la recepción.

—Hola —atinó a decir Luis, apoyado en la baranda que daba a la escalera.

Gloria pareció sobresaltarse y lo miró con una cara de desconcierto que parecía provenir de un pasado remoto, desde su infancia. Por un instante le pareció aterrorizada, como si viera a un fantasma. Pero la mulata recobró la compostura en seguida.

—Ah, coño, eres tú. Qué susto me diste.

—Me gusta cuando hablas con ese acento.

Gloria lo miró con súbita curiosidad. Adoptó de inmediato una postura defensiva.

—¿Por qué?

—Es que no te lo había escuchado así. ¿Hablabas con tu familia?

—No. Amigos de la isla.

—Me parece un acento muy chulo.

Gloria no cambió la cara de curiosidad. Luis bajó al vestíbulo y se sentó junto a ella en el sillón.

—Rey dice que no me conviene usarlo, por eso lo neutralizo lo más que puedo en público. Y más ahora que empieza la campaña.

—No entiendo por qué. A mí me gusta.

Gloria ensanchó una sonrisa de dientes blancos. A Luis le encantó aquel gesto.

—Puede que a los votantes no les guste mi pasado y a la gente, en general. Llegué aquí en una balsa, estuve en el orfanato municipal...

Gloria no dejó de hablar con su acento natal. Luis entonces ató los cabos y le vinieron a la mente aquellas conversaciones con Alan cuando trabajaban en CX. «¡Es la Gloria de Alan! ¡Por todos los dioses, es *ella!*!».

Trató de sacudirse el aturdimiento. Cuando Alan se lo contó años atrás Luis creyó que todo era parte de fantasías y exageraciones naturales de los hombres al contar aventuras con las mujeres, como lo hacían todos los paisanos. Pero tenerla ahí, delante, mirándolo con esos ojos negros, sus rizos enmarañados, su respiración potente... tuvo que aceptar que todo lo que le había contado Alan era verdad: era poseedora de una magia desconocida, traída desde las Antillas, desde una época y realidades diferentes a las que conocía. Una magia poderosa.

—Ven —le dijo Gloria, y lo llevó de la mano al despacho de Rey.

Lo recostó en uno de los sofás y se encaramó encima de él, a horcajadas. Luis intentó pensar en el culto, el Dios que lo ve todo, la Verdad. Pero el poder de la mulata era intenso y lo sentía por todos los poros de su cuerpo.

—Esto no...

Gloria terminó por desabrocharle la camisa con habilidad.

—Rey está de acuerdo. De verdad.

Y así conoció a Gloria. Su piel, sus rizos, su forma de moverse en la cama. «Esto no es pecado...», le insistió Gloria las primeras veces que se acostaron. «Es una forma de agradecerte tu bondad, tu fe al culto. Y mi marido está

de acuerdo...». Luis terminó aceptando aquel trío indirecto, un trípode que se encaminaba al triunfo. Su *statu quo* había llegado. Cuando veía a Rey después de aquellos encuentros él seguía como si nada.

Pasaron los meses y llegó la parte álgida de la campaña. Los ataques de los otros partidos hacia Gloria eran ya constantes. Los tres estuvieron de acuerdo en contraatacar contando la historia de Gloria y hacerla una de las partes fuertes de la campaña de Rey.

—Conocí a Rey en uno de esos antros del centro de Tamul. Creo que sabes cuáles son, donde va la clase media, los empleados de los hoteles, oficinistas, etcétera. Yo servía copas y cantaba en el grupo de salsa que amenizaba todas las noches.

Junto a ella, Luis miraba el techo de su habitación. Le enredaba el dedo índice en uno de sus fabulosos rizos. A él le parecía que después del sexo esos rizos se le pronunciaban más, hasta casi cerrarse como capullos negros. Debía ser la humedad de sus cuerpos, de la habitación. Dejó escapar el pensamiento.

—¿Y te ibas con hombres?

—No. Bueno, al principio sí. Cumplí dieciocho y el Estado ya no podía hacerse cargo de mí. Las monjas de la casa hogar dijeron que me ayudarían mientras conseguía un trabajo, y así fue. Me interesaba más irme de ahí. Salía con hombres, sí, pero era con los que yo quería. De preferencia con dinero. Era fácil identificarlos.

»Poco después Rey me invitó a unirme a su grupo cristiano una noche que me vio cantar. Habló directo, con esa labia que tanto me gusta de él. Pero claro, yo no lo conocía y mi primera impresión fue de desconfianza, ya ves cómo se ve con sus marcas de viruela y la narizota, en fin, impresiona

cuando no lo conoces, creí que era o un narcomenudista o uno de tantos pervertidos oficinistas.

Luis asintió. Recordó la primera vez que vio a Rey en el púlpito.

—Le dije que no me interesaba. «No me crees», dijo él con una sonrisa. Entonces sacó uno de sus cedés con su foto en la portada y lo puso sobre la mesa, con un boleto de uno de sus conciertos. «Yo invito», dijo. Salió y me dejó una propina generosa, y ahí me entró la curiosidad. Fui a verlo al concierto y me impresionó ver el estadio de beisbol de Tamul lleno, coreando sus himnos. Al final fui a buscarlo a su camerino y me reconoció: «¿Cómo ves? ¿Te animas, morena?». Le dije que sí. Sus canciones empezaban a pegar y Rey necesitaba una segunda voz, y su propuesta me gustó. Empecé a ganar mucho más de lo que me llevaba sirviendo copas y cantando en el grupo de salsa. Yo le di la propuesta de meter ritmos afroantillanos a los himnos, probamos y fue todo un éxito. Abrimos la iglesia y lo demás ya lo has visto. Con el partido vamos por la grande. El partido oficialista nos ataca pero esos ataques nos fortalecen más. Contigo, Rey se ha vuelto mucho más astuto.

Así, con la extraña mezcla de factores políticos que gustaban darse en Tamul, llegaron a empatar con el candidato del partido oficialista e hicieron temblar la mesa política de la ciudad. Entonces Alan apareció en el cierre y a los pocos días la campaña, el partido, Gloria y Rey Gómez se fueron al traste.

Cuando Luis vio el video —poco después se enteró de que era Alan detrás de los pixeles— y la forma en cómo la mulata lo poseía, ahí se plantó la semilla de muerte. Muerte a Alan, acabar con ese ser que destruía lo que tocaba. Por obiedad, todo el dinero de sus inversiones estaba perdido. Había apostado a un caballo que a todas luces se veía que

ganaría la carrera, pero Alan no solo había bajado al caballo de la competencia, lo había destruido. Su situación pasó a ser desesperada de un día para otro. Lo único con que contaban por el momento eran las propiedades mancomunadas de Rey y Gloria.

—¡Ni para una puta regiduría! ¡¿Qué chingados estabas haciendo ahí, Gloria?! ¡¿Qué?! ¡Estábamos tan cerca!

Rey Gómez estaba hecho una furia, escupiendo groserías como nunca antes le había escuchado Luis. Parecía un demonio con su nariz deforme y sus picaduras de viruela que contrastaban más que nunca con sus dientes torcidos mientras gritaba y se desgañitaba.

Esa tarde estaba con Gloria en la lujosa residencia de Rey, haciendo el recuento de los daños. También el pastor había perdido mucho dinero y los acreedores empezaban a reclamar préstamos, favores, patrocinios. Algunos inversores oportunistas se habían subido al barco esas últimas semanas de campaña con la confianza de haberle apostado al ganador, y Rey lo sabía. Pretendía pagarles todo cuando estuviera en la silla de la alcaldía, cosa que ya no podría hacer. Todo se le había vuelto en contra. La iglesia, *su* iglesia, había tenido que cerrar después de que casi la quemaran los feligreses, de no ser por la intervención de la policía y los bomberos. Abofeteó a Gloria tan fuerte que cayó de espaldas al sofá. Luis se puso en medio abriendo los brazos en cruz. Rey le sonrió.

—El que pueda compartir ciertas cosas contigo no te da derecho a impedirme defender mi honor, Luis. Quítate de en medio. El Señor tiene que castigar a esta puta, que salió peor que las de Babilonia. Quítate, Luis.

—¡Así no vas a solucionar nada, Rey! Golpearla no te dará la alcaldía.

Rey rio mostrando los dientes.

—¿Nunca has oído la frase bíblica: “descargar la furia hace que descanse el espíritu”, Luis? ¡Nos quemaron la casa de campaña. No puedo salir ni a la esquina, porque ahora resulta que los feligreses son unos santos y libres de pecado, además, porque avientan piedras y palos sobre mí. Lo menos que puedo hacer es castigar a esta puta barata, Luis! ¡Me ha jodido la vida, ha jodido a la Verdad que también has defendido con tu fe!

—Déjalo, Luis —Gloria se incorporó y tomó una lámpara de una de las mesitas del salón—. Ven por mí, pendejo feo de mierda.

Hubo una lluvia de sillas, mesitas, lámparas. Rey rompió una de las ventanas. Luis trataba de mediar a gritos sin lograr nada. Lo único que conseguía era enardecer más a la pareja. El estruendo era tal que la policía terminó uniéndose a aquel campo de batalla. Gloria se había atrincherado detrás de uno de los sofás, y Rey ya tenía en la mano un cuchillo cebollero, Luis sangraba del mentón. Los municipales apuntaron a Rey con pistolas y garrotes y le ordenaron tirar el cuchillo. Rey pareció despertar de una ensoñación y lo dejó caer. Como si estuviera presidiendo uno de sus cultos, alzó las palmas de las manos y sonrió amigable a los oficiales.

—Estoy arreglando un problema doméstico, oficial. Ya pueden irse. Les daría una propina por las molestias, pero esa puta que ven ahí me quitó todo.

Los municipales se le abalanzaron y lo sometieron. El pastor no opuso resistencia mientras lo esposaron y lo metieron a una de las camionetas. Uno de los oficiales preguntó a Gloria si quería interponer una denuncia. Dijo que sí, y Luis la acompañó a terminar de hundir al pastor. Con una orden de alejamiento del juez de por medio, no volvieron a verse, más que a través de abogados.

Días después de la pelea en la casa se presentó Adalberto Ocaña. Luis olvidaba su nombre a menudo, por lo que tuvo que saludarlo en la puerta con el nombre con el que lo había conocido desde siempre.

—¡Claudio! Qué milagro, hombre, pasa.

El payaso, enjuto, con una cara de tristeza permanente, sin maquillar, resultaba un pobre espectro salido de un cuadro. Se sentó en uno de los sillones de la residencia, una propiedad que pronto tendrían que dejar gracias a los pleitos del divorcio. El viejo tosió y se secó la boca con un pañuelo.

Gloria bajó las escaleras, vio la escena y clavó sus ojos en Luis como preguntando «¿Por qué diablos lo dejaste pasar?».

Al payaso se le iluminó la cara llena de arrugas, y sonrió. Luis hubiera preferido no ver aquella sonrisa, terrible.

—¡Glorita! ¡Angelito! ¿Cómo estás?

Claudio hizo el amago de pararse para abrazarla pero Gloria se quedó como una estatua a mitad de la escalera. La sonrisa del payaso desapareció.

—¿Qué quieres, Claudio?

—Pasaba a saludarte y ver cómo estabas.

—Estoy jodida, ¿cómo quieres que esté? Seguro has visto la tele y los periódicos. Estoy en pleno divorcio con Rey.

El payaso hizo un puchero, como un niño pequeño. Luis sintió verdadera lástima por aquel hombre. Uno de los hombres que Alan había destruido.

—De verdad que me da mucha pena, hija. Yo... yo... ya ves, quería ver si había algún trabajillo para mí.

Gloria bufó y bajó dos escalones.

—¿Trabajillo? ¿No ves que se acabó todo, la candidatura, mi matrimonio con Rey? Aquí ya no va a haber trabajo.

—Puedo empezar a ayudar con la iglesia...

—La iglesia es de Rey y se la puede quedar si quiere. Yo ya no tengo nada que hacer ahí. Ve a verlo, a ver qué te dice.

El payaso hizo otro puchero. Parecía un niño al borde del llanto.

—Rey me dijo que viniera contigo. Si no hay trabajo... si tienes ahí algunos centavillos...

—Ni centavillos ni nada, Claudio. Estamos en pleno proceso de divorcio. Ven a vernos en unos meses y a ver si te puedo ayudar.

Al viejo artista pareció que le movieron la tierra. Se tambaleó, pero recuperó el equilibrio.

—No tengo para comer, angelito. Nadie quiere darme trabajo. Con esto del video salió también mi nombre, mis antecedentes. Nadie me contrata ni por error para las fiestas o algún evento.

—Pues espera a que pase el furor de todo esto, Claudio. Aquí no te puedo emplear de nada y dinero no tengo. Así que por favor, si me permites, tengo mucho que hacer.

Gloria le dio la espalda y subió las escaleras. Luis pensó por un momento que Claudio lloraría, se retorcería en el suelo pidiendo la clemencia de Gloria. Pero no lo hizo. Se encaminó a la salida. Luis le ofreció un billete, lo único que traía en la cartera. Claudio lo miró y sintió otro escalofrío: aquella sonrisa de su boca torcida volvió a aparecer, como una pesadilla de cuadro surrealista.

—Iba a comprarla. Estuve a punto de hacerla feliz conmigo. Con muchísimos billetes más. A las monjitas. Y ese día acabó todo. Gloria y yo...

Sin tomar el billete, Claudio salió de la casa.

La siguiente vez que vio a Claudio fue en el periódico. No fue en la primera plana, fue en la sección “Occisos varios” del *Noticioso* de Tamul, en la página quince. Se había ahorcado

con la soga de su hamaca anudada al ventilador de techo. No había nota ni despedida. El pie bajo la foto de su cadáver, con la lengua morada de fuera, rezaba así:

El día de ayer, el casero iba a desalojar al inquilino Adalberto Ocaña por falta del pago de tres rentas y se encontró con un macabro hallazgo: el que fuera el payaso Claudio —ejemplo para niños y niñas de pasadas generaciones en Tamul— se había colgado del ventilador usando su hamaca como última corbata de vida. El payaso Claudio, reconocido por dar voz al conejo Chacho, fue procesado hace años por trata de blancas. Últimamente se había unido al partido de Rey Gómez y la cubana (que todos sabemos cómo terminó). Bien, el payaso Claudio se une a la muerte política de Gómez y su malogrado partido. Descanse en paz, artista.

Debido al escándalo de la violencia de género por el que estaba denunciado y que empezaba a acorralarlo, Rey terminó capitulando en un juicio que normalmente podría haber llevado años. Pactó el divorcio con Gloria y ella conservó la mitad de las propiedades. Cuando las firmas ante notario terminaron, Gloria se mudó con Luis a una de las casas en las afueras de Tamul.

El día que Luis descubrió que Alan era el hombre pixelado del video, Paul Alarcón —el flamante alcalde electo— contactó con Gloria. Por vergüenza, Luis no le había preguntado quién era ese hombre que, por alguna razón, la había transformado en la cama; jamás la había visto así. Gloria había guardado silencio: se veía que sufría por dentro, se flagelaba, se culpaba de aquella debilidad. Esos días, cuando los feligreses quemaron la iglesia y la casa de campaña el día de las elecciones, Gloria se la pasó encerrada en su cuarto

en lo que Rey trataba de apagar el incendio. Luis hizo el amago de preguntarle pero al final llegó a la conclusión de que la identidad de ese sujeto pixelado no cambiaba que todo estuviera jodido.

Cuando Paul llamó, Gloria parecía realmente sorprendida, contrayendo mucho el entrecejo mientras miraba a Luis. Tapó el auricular con la mano y le susurró «¿Qué quiere este pendejo?».

—En mi casa, a la una de la mañana, no lo trataré por teléfono —fue todo lo que dijo antes de colgar.

Gloria no le dijo nada a Rey, sabía que desde aquella pelea no podría verlo más. Habló con Luis y le pidió que la acompañara. Él aceptó.

Esa madrugada, el barrio residencial donde Paul Alarcón tenía su casa se sumía en una tranquilidad solo rota por el motor del auto. Llegaron a la enorme casa, pasaron la reja automática y tras el habitual cacheo del guardaespaldas les pidió que le dejaran los teléfonos celulares para guardarlos en un cajón fuera de la estancia. Gloria se encogió de hombros, y le dijo a Luis:

—Normal, con lo que pasó.

Paul Alarcón Morali los recibió en un salón de muebles lujosos y arquitectura minimalista. Los ventanales daban a unos enormes jardines con flores y césped bien cuidado. Como único saludo, Paul les dedicó un gesto de contrariedad.

—Te dije que quería verte sola.

—Él es de toda mi confianza.

Alarcón sonrió con malignidad.

—¿Más que Rey Gómez y el payaso Claudio?

Gloria, con todo su orgullo, le devolvió la sonrisa. Paul pareció descolocarse un poco ante aquel porte de la mulata.

—¿Por qué querías verme?

Por toda respuesta, Paul encendió una televisión empotrada en la pared. Ahí, se reproducía el video pornográfico de Gloria con Alan pixelado, el causante de la caída de Rey Gómez. Gloria palideció por un momento.

¿Qué diablos quería ese pendejo de Paul Alarcón? El alcalde electo pausó el video.

—¿Quién es el que está contigo en el video?

Gloria miró a Luis.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó la mulata.

—Alguien vino a venderme el video para derrumbar la campaña de Rey Gómez. Estoy seguro de que fue él mismo, el que sale ahí. Fue tan rápido que no pude asegurarme nada ese día. Ahora me está llamando para chantajearme. Y, aunque ya le pagué lo acordado, no dudo que quiera seguir sacándome dinero cuando se le ocurra. Tiene unas grabaciones mías de ese encuentro.

—Eres un pendejo, de verdad, Paul —dijo Gloria con toda la naturalidad.

Luis se sobresaltó al pensar que ese pendejo ya era alcalde electo, no un paisano cualquiera. Pero así era Gloria. Paul Alarcón respingó.

—Te dije que fue rápido. Caí en su juego, lo admito...

—Y nos jodiste. A Rey, a mí. ¿Qué chingados quieres, Paul? ¿Regodearte en nuestra mierda de situación?

Paul abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó una pistola. Una Beretta negra. La puso sobre la mesa. Gloria calló y Luis sintió un leve mareo.

—Yo no te jodí. Fue él. Sin ese video no sabríamos lo que hubiera pasado con ese empate técnico. Creo que a todos nos conviene deshacernos de él ¿no, Gloria? Lo que te hizo a ti y a Rey, creo que lo vale. Dime quién es y lo encontraremos. Con mis contactos te puedo ayudar.

Gloria miró hipnotizada aquella pistola. Sus ojos negros reflejaron los contornos del arma y Luis vio un atisbo de sonrisa.

—No hay mucho que contar. Solo sé que se llama Alan —dijo Gloria—. Tuvimos algo hace muchos años, con el orfanato y Claudio, pero no sé nada más. Ni su apellido, ni dónde...

—Alan Ortiz —dijo Luis, sin pensar.

¿Era el mismo Alan del que Gloria hablaba, para empezar? Por lo que le había contado sobre Claudio, el orfanato y la niña cubana... tenía que ser él. Aunque los píxeles lo ocultaran, Alan Ortiz reaparecía en las palabras de Gloria. ¿Cómo no pudo ver sus intenciones cuando se presentó al cierre de campaña? Iba por ella. A cazarla, como un animal. En eso sí que tenía la culpa. No prever.

Paul y Gloria se volvieron a él, sorprendidos.

—Alan Ortiz —repitió—. Lo conozco bien. Trabajé con él en CX. Aunque es verdad, desde hace unos años no nos vemos, hasta el cierre de campaña... Una vez me contó de ti, de Claudio...

Gloria golpeó la mesa. Estaba hecha una furia. Le lanzó una mirada de muerte a Luis.

—¿Lo conocías y no nos dijiste nada? ¿A Rey, a mí?

—No sabía qué iba a hacer... lo que hizo. Tampoco nos dijiste nada cuando salió el video, Gloria.

Gloria lo agarró de las solapas de su playera.

—¡Dime todo! ¿Qué más sabes de ese cabrón, Luis? ¿Nos traicionaste?

—Cálmate, Gloria. Sabes que lo perdí todo, ¿verdad? ¿Cómo pude haberlos traicionado?

Gloria lo soltó. Se apoyó en el escritorio de Paul, resollando.

—Qué pendejo eres, Luis. Qué pendejo.

—Tú tampoco nos dijiste nada cuando lo viste en el cierre de campaña.

Gloria tenía los ojos rojos cuando se volvió a Luis, colérica.

—¡Porque tampoco tenía idea de todo lo que era capaz de hacer ese hijo de puta! ¡Ese día del video me confesó cosas... lo subestimé! ¡Lo subestimamos todos y se salió con la suya!

Paul entró a calmar los ánimos.

—A ver, Luis, cuéntanos lo que sabes de ese tal Alan Ortiz. Toda una personalidad, por lo que puedo ver.

Luis les contó lo que había pasado en CX: el fraude, la exoneración, los inculpados. No había forma de agarrarlo por ahí, Alan era un ser resbaladizo y taimado. Y con una inteligencia excepcional.

—Lo encontraremos. Y lo traeremos a Tamul —Paul agarró la pistola, sacó la recámara y le insertó una sola bala—. Y cuando esté aquí puedes desaparecerlo, Gloria. Se ve que le traes ganas, no las que veo en el video.

Luis creyó que Gloria agarraría la pistola y le pegaría un tiro al alcalde electo por aquel pésimo chiste pero, en vez de eso, su sonrisa regresó y le dijo:

—¿Y cómo puedes encontrarlo, Paul?

—Tengo contactos en la embajada y en el partido también me pueden ayudar. Archivos de policía, en fin. El alcalde electo ya puede disponer de algunos beneficios en la transición.

Cuando salieron de la casa de Paul Alarcón, con Luis al volante, Gloria iba con una cara sombría. No se le veía enfadada, más bien parecía ir armando todo aquel galimatías que Alan había dejado a su paso en Tamul.

—¿Te contó de lo nuestro?

Luis se sobresaltó. Manejaban por la ciudad sin tráfico en sus calles, la única vida que conservaba Tamul a esas

horas se concentraba en el malecón y la zona de discotecas, en la conocida zona hotelera con vistas al farallón del Corsario.

—Sí, hace mucho.

—¿Te contó que él llamó a la policía, a Migración?

—Sí.

—Si lo encontramos...

—No sé si debemos matarlo. El buen cristiano...

—No me vengas ahora con esas monsergas, Luis. A este cabrón hay que matarlo. Estoy de acuerdo con el maricón de Paul Alarcón. Dejarlo vivo es un riesgo que no podemos asumir. Ni permitir.

—Pues si se da el caso, no cuentes conmigo para liquidarlo.

—¿Aún es tu amigo?

Gloria lo fulminó con la mirada desde el asiento de atrás. Luis la vio en el espejo retrovisor, intimidante. Viajaba como le dictaba la costumbre, como la esposa del candidato que iba a ganar la alcaldía. Se le había olvidado que Luis no era su chofer y la alcaldía ya no era posible.

—¿Y si Paul Alarcón solo nos está utilizando? ¿Por qué no lo mata él con sus propios medios?

—No. No nos está utilizando. Él solo quería información. Y da la casualidad que sí quiero ver muerto a Alan. Ahora es solo cuestión de tiempo.

Tras aquel encuentro Luis dedicó sus energías a buscar a Alan. Con sus contactos se enteró de que había huido del país. Creyó que la oportunidad para matarlo ya no se presentaría. Como Luis previó, las pesquisas también fueron inútiles a través de los contactos del político. Alan había desaparecido y su rastro era confuso. De repente, Alan Ortiz era un fantasma, una identidad tan falsa como la que había utilizado con Luis para cobrar el dinero del fraude a CX.

Pasaron algunos meses y pocos días después de que Paul Alarcón Morali asumiera la presidencia municipal, Luis recibió una llamada que apareció en la pantalla como *número privado*.

Era Alan. Se escuchaba desesperado. Dijo algo de unos sueños que lo atormentaban y quería encontrarse con un amigo. Luis no podía creerlo. «Le di mi número en la feria del cierre de campaña, lo conservé». Acordaron verse en Cádiz, una ciudad del sur de España que le encantaba a Alan y donde llevaba residiendo unas semanas. Le contó los planes que quería hacer, viajar al Tíbet, a Siberia. Pero primero quería verlo. Le ofreció asumir los gastos del vuelo y hospedaje pero Luis no aceptó ese favor. Iría con sus medios, o más bien, con los que Gloria y Paul dispusieran.

Cuando se reunieron de nuevo con Paul Alarcón como alcalde, Gloria se empeñó en acompañar a Luis. Él le dijo que si Alan la veía desde lejos —como seguro haría— desaparecería para siempre. Y en una ciudad como Cádiz no convenía hacer ningún escándalo. El lugar donde lo había citado era una ratonera sin salidas fáciles y atestado de gente.

—Iré. Pero no sé si pueda convencerlo de venir a Tamul.

Paul Alarcón le ofreció la pistola con la única bala dentro. Gloria se la arrebató y por un momento, en un sobresalto de terror, Paul pensó en llamar a su seguridad.

—¡Yo lo mataré! No puedes quitarme ese derecho, Luis. Paul...

Luis dudaba. Matar... ¿no era peor que lo que había hecho Alan? ¿Y su bautismo? ¿Sus creencias? Sintió que las piernas se le doblaban.

—Me parece mejor el plan de Luis, Gloria. Si te ve se esfumará y quizá no lo volvamos a ver. Quiere verlo a él nada más.

—Haré lo posible para que regrese a Tamul. Una vez aquí pueden hacer lo que quieran con él.

Gloria bufó.

—¿Y si no quiere regresar?

—Seamos prácticos, por favor. Esta Beretta tiene carta blanca para su usuario —dijo Paul, y le extendió una tarjeta—. Luis, irás mañana a primera hora con esta persona a la embajada para que te dé las autorizaciones para portarla y no tengas problemas en los aeropuertos. La podrás llevar en el equipaje de bodega y donde haya detectores de metal muestras la identificación que te dará mi amigo.

—¿Así de fácil?

—Así de fáciles son las cosas en Tamul —dijo Paul con frialdad—. Si no quiere venir aprovecha cuando estés con él en un paraje desolado y acábalo.

Luis trataba de procesar todo aquello. No quería ni tocar la pistola, se la dejó a Gloria esa noche. Por una parte no quería llevar ningún arma con él. Recordó San Isidro, la sangre, los tipos sombrosos matando gente inocente, el castor al que le volaron la cabeza...

No quería, pero recordó la sonrisa burlona de Alan. Sus inversiones perdidas, su proyecto, sus creencias derrumbadas en el mismo momento en que vio a Gloria coger con Alan. Ya no podría ayudar ni a Rober ni a Claudio ni a nadie.

Antes de salir al aeropuerto Gloria le dio la Beretta a Luis.

—Le puse las cinco balas. Llevar una es un riesgo, hay que asegurarse —dijo con toda la tranquilidad—. Antes de disparar, eso sí, asegúrate de mencionarme, Luis. Ya me contarás la cara que pondrá.

—Trataré de traerlo a Tamul —dijo Luis, pero no se escuchó muy convencido.

Gloria se despidió de Luis con un beso prolongado. Así, partió del aeropuerto internacional con la Beretta en el equipaje. No hubo ningún problema al llegar a Madrid.

Estaba atrapado en el mismo sueño y no iba a mentirse: fueron días y noches de tortura, un secuestro del sueño recurrente que le apresaba y exprimía los sesos. De nuevo, había vuelto a él. ¿Se trataba de cerrar ciclos? ¿De encontrar algo mejor, algo que le diera dinero de una forma legal, estable, como todo el mundo? ¿Era un castigo por oponerse a sus padres? La sustancia de ese sueño ya no se presentaba incorpórea ni formaba trazas de psique latiendo en las madrugadas: era vivir atrapado en el negativo de una vigilia que respiraba en todas sus células.

El sueño siempre empezaba con CX. Siempre. Regresaba a atender clientes a la barra —así se lo había contado a Luis cuando se reunieron en Cádiz—. Lo que daba al sueño su característico flagelo era que, por alguna razón, lo recontrataban. En la política de CX no cabía posibilidad de recontratar a nadie. Ninguna. Si te salías significaba un adiós para siempre, no había regresos del hijo pródigo. Por eso en el sueño, donde las posibilidades suelen ser infinitas, resultaba que esa política no existía y Alan regresaba a atender clientes en diferentes sucursales. Ya había perdido la cuenta de las oficinas donde se aparecía de repente y las situaciones que debía afrontar, pero básicamente regresaba a lo mismo: atender a la fila que se movía siempre despacio. Un día atendió a un Abraham Maslow apresurado, por ejemplo. En ocasiones se presentaba el castor ensangrentado y el desgraciado dentro del disfraz le pedía lotes de globos. Pero lo que más detestaba

era ver la cara de los compañeros. Algunos le resultaban desconocidos, retazos de sustancia que entraban en su mente y daban forma a supervisores y jefes que exigían resultados. Cuando despertaba con el malestar y la capa de sudor en la frente lo primero que recordaba era el rostro que siempre aborreció: el del autómatas, de quien tiene un trabajo seguro y no lo va a perder por nada del mundo. Y resultaba que ese sentimiento se adueñaba de él y lo ahogaba en una angustia terrible como en sus primeros días en la barra. Algunos sueños comenzaban *in medias res*, cuando ya llegaba tarde de acuerdo al horario que le tocaba o por alguna estúpida razón no se presentaba uniformado a la oficina (otras veces se hallaba en ropa interior) y se encontraba con caras de desaprobación que lo ayudaban a pesar de su torpeza. Al fin y al cabo, CX lo arropaba como una familia.

En uno de esos sueños apareció la supervisora, que resultó ser Gloria, la Gloria fría que había conocido como candidata a primera dama. Lo primero que le dijo fue «Te voy a matar» con una amplia sonrisa. Se volvía a los otros asesores, daba órdenes. Él, como de costumbre, iba retrasado, y ese retraso le iba a pasar factura. En la fila de clientes esperaban, uno tras otro, Rey Gómez, Paul Alarcón y Claudio caracterizado como el payaso avejentado que había visto en la feria del cierre de campaña, con el logotipo del partido adornando sus pantalones bombachos. Cada uno llevaba en la mano un hueso humano diferente: Rey un fémur, Paul un húmero, y Claudio lo que reconoció como una vértebra, un pedazo de una columna seccionada limpiamente. Claudio sonrió y le dijo con su voz cantarina «¿Quieres ver un truco de magia, mi cuate? Esto es tuyo, Alan, se te cayó el día que llamaste a la policía» y agitó la vértebra como si fuera un sonajero. Entonces en el sueño le empezaba un dolor tan agudo como

sus peores momentos con la lumbalgia. Caía detrás de la barra, retorciéndose como un gusano, con la espalda baja en carne viva. Al intentar masajearse el lumbago descubrió que ahí tenía un hoyo. Claudio estrujaba el pedazo de médula espinal que le faltaba. Reía con el tono espasmódico del conejo Chacho. El dolor solo le permitía escuchar los ecos de sus carcajadas. «Solo hay un lugar donde este dolor no significa nada, Alan». Entonces el dolor desaparecía de súbito. Se tocó la espalda baja y comprobó que había recuperado el trozo que le faltaba, como si Claudio nunca se lo hubiera quitado. Alan se incorporaba de la barra y descubría que Claudio, Paul y Rey habían desaparecido. En la oficina no había clientes, no había escaparates ni teléfonos móviles. La oficina estaba vacía y fuera había árboles. Pinos jorobados que intentaban erguirse pero volvían una y otra vez a su posición encorvada, como si una mano invisible de viento los intentara recomponer. Salía de la oficina y se topaba con una carretera deforme, que serpenteaba por un bosque. Hacía mucho frío y, a pesar de ver la noche cerrada, no había estrellas en el firmamento. Gloria aparecía de entre los árboles, esta vez con Luis, ambos desnudos, y le señalaban la carretera. Ahí, el pavimento empezaba a moverse, a temblar como gelatina bajo sus pies. Como si el camino fuese una alfombra gigantesca y debajo hubiese quedado atrapado algo vivo. El suelo empezaba a succionarlo y Alan se hundía en aquella carretera como en arenas movedizas. Las luces horizontales estaban ahí y pudo verlas como en la visión de aquella lejana noche. El eco de «no vayas» se transformaba en un «demasiado tarde». Hacia arriba solo había luces; abajo, una poza infinita y cristalina. El agua se convertía en una gelatina densa que invadía sus fosas nasales y licuaba con ella sus pulmones; aquella melaza se metía en su boca, pasaba a su esófago y con una presión

increíble hacía explotar su estómago. Pasó lo mismo con sus oídos y ojos, hasta presionarle el cráneo por dentro. Su cabeza estalló, haciendo todo su cuerpo uno con aquella masa subterránea.

Entonces la inmersión terminaba.

«Te voy a matar», le parecía escuchar en un eco.

El frío regresó de golpe. Miró la carretera oscura. Se había quedado dormido y había soñado. Otra vez. ¿Quería volver a empezar? ¿Hacer como que no hubiese pasado nada, ser un oficinista más con un trabajo respetable, con buenas retribuciones económicas, que pudiera incluso conocer a su esposa ahí, compartir parrilladas con los compañeros, vacilar sobre clientes difíciles, hablar de fútbol, de hipotéticos viajes, de los nuevos empleados entre los que se podían destacar a las jovencitas más frescas y buenas? «¿Para qué?», se preguntaba. ¿Por qué lo necesitaba? Había pasado ya mucho tiempo y no se podía volver atrás. «¿Por qué?», era la pregunta que se hacía al negativo de sí mismo que dormía e insistía en aparecer en una de esas oficinas a atender clientes, encontrarse con Gloria en la barra y continuar una historia que ya no podía ser.

Miró el cadáver de Luis.

—Al final sí que disparaste, cabrón. Al final Gloria te sometió, como sometió a otros pendejos a sus deseos. Como quiso someterme a mí. Dijiste que yo era el fin de todo el que me conocía de verdad. Pues Gloria no lo es menos. Al final, ni amistad, ni nada. No me queda nada.

—¿Por qué me llamaste, Alan?

Alan miró hacia la Kolymá, que no parecía terminar nunca.

—No quiero que pienses que soy alguien que depende de otros.

Luis rio.

—Si me llamaste es que puedes contármelo. Creo que incluso me lo debes. Estoy aquí, ¿no?

Alan siguió conduciendo, mirando de reojo el tablero luminoso: menos un grado centígrado fuera. Suspiró.

—Después de todas las radiografías, tomografías, exámenes físicos que se le han aplicado, llegamos a la conclusión de que sufre de fibromialgia.

El médico, una eminencia a nivel europeo, miró con sus ojos claros a Alan. Delante de él tenía desplegado el expediente con todas las imágenes de su cabeza y columna hechas en diferentes ángulos. Alan le dedicó una mueca torcida.

—No estoy loco, doctor. Le dije que sufro de lumbalgias desde la adolescencia. Me incapacitan: no puedo dar un paso sin sentir agujas clavándose en la espalda baja, quedé con el cuerpo torcido varias veces y lo traté con fisioterapia. No me estoy inventando ni imaginando nada.

El doctor cruzó las manos bajo su barbilla.

—Nadie le está diciendo que lo suyo sea una locura o invención. Y créame que agotamos todas las opciones y posibilidades que nos ofrece la ciencia. No encontramos nada anormal en sus exámenes. Es verdad que la zona lumbar sí presenta signos de inflamaciones, rastros de esguinces y

contracturas pasadas, pero nada fuera de lo normal en estos casos.

El doctor dejó la postura y se recargó en su silla.

—Es verdad que no hay nada *físico* que demuestre que tiene fibromialgia. Pero no es el primer caso que diagnostico y usted reúne la sintomatología. Le puedo decir con base en los pacientes que he tratado que es un amplificador de sensaciones: en el momento menos indicado puede quedar incapacitado viendo luces, con la cabeza en llamas. Esa *amplificación* es la que se tendrá que tratar.

Alan estaba desconcertado. Por largo tiempo creyó que aquellos dolores se habían ido para siempre. Pero recordó que, cuando se reencontró con Gloria, las lumbalgias regresaron y aunque solía paliarlas con sesiones de fisioterapia estas últimas empeoraban, permanecían.

Además de las pesadillas que ya eran una tortura de por sí, esas lumbalgias empezaron a subir por su espalda, al cuello, hasta llegar a su cabeza.

Volvía a ver las luces y se retorció de dolor. Por eso había acudido al especialista.

—¿Y qué me aconseja?

—Debería llevar una vida tranquila. Salga con amigos, familia; relaciónese. Haga los ejercicios para la espalda que le mandaré a su correo electrónico. La ayuda externa suele ser lo más efectivo en casos detectados de fibromialgia —dijo el médico—. ¿Tiene pareja?

Le pareció el remate de una mala broma. Salió de la consulta dándole vueltas a cosas que había escuchado de aquella condición, de expertos que negaban su existencia y otros que la emparentaban con la locura.

Se dijo que reuniría fuerzas y continuó su viaje por España. Creyó que ser consciente de su propia enfermedad le

daría pautas para controlarla y mantener a raya las pesadillas y la amplificación del dolor. Si todo se reducía a un estado mental, se dijo que saldría de aquello solo. Pero ocurrió todo lo contrario: los episodios empeoraron, las pesadillas se desbordaron como una riada que arrastraba la cordura a su paso. Aquellos sueños no hacían más que empeorar y mezclarse con una realidad abominable.

Un día llegó el dolor como un rayo, sin avisar. Las luces cegadoras acaparando todo su campo de visión, la cabeza hecha polvo en un instante. En ese momento recorría el centro de Sevilla, cayó al pie del alcázar y mientras se retorció escuchaba gritos lejanos. «¡No lo toquen!» fue lo último que alcanzó a distinguir antes de desvanecerse.

Vio la habitación de hospital, blanca, ascética. De nuevo regresaba de la inmersión a esas aguas, la carretera de huesos que lo absorbía y destruía una y otra vez. Comprobó que sus cosas reposaban en una mesita contigua pero su reloj había desaparecido. Los ojos se le anegaron de lágrimas. Golpeó la almohada. «Nadie impidió que se llevaran lo que quisieran». No tenía a nadie que esperara al pie de la cama, alguien que sonriera mientras abría los párpados y le dijera «Qué bueno que despertaste, Alan».

Salió del hospital y en sus recorridos por la ciudad se dedicó a mirar a su alrededor: grupos de amigos tomando cerveza en los bares charlando de cualquier tontería, parejitas besándose en los parques, padres con sus hijos tomándose de la mano, estampas llenas de cursilería y normalidad. Después de lo que descubrió en el hospital, Alan parecía quedar separado de estas escenas siempre a unos milímetros, dentro de una superficie acuosa, parecida a la de sus sueños. No quería aceptarlo pero cuando regresaba a altas horas de la noche a sus lujosas habitaciones de hotel

en cualquier ciudad, un sentimiento de desolación lo apresaba.

Ni pareja, ni amigos, ni familia: esa era su vida. Era el costo de la victoria, de no permitir las burlas de nadie, de no dejarse arrebatar su felicidad.

Una vez pagó por compañía pero se sintió tan ridículo que despachó a la prostituta sin más explicaciones. Entonces, mientras se sucedían los días, antes de dormir e ir al encuentro de las peores angustias del sueño, empezó a mirar la pantalla del móvil largo rato. Miraba el número de Luis.

Al final todo condujo a una última esperanza.

—¿Y por qué no me lo dijiste desde el principio, Alan?

—No quería que pensaras que dependía de ti. Tampoco quería ponerte más cargas. Cuando te llamé estaba al borde del colapso. Llegaste a España, nos vimos y los síntomas remitieron. Las pesadillas se fueron alejando.

Fue entonces cuando el motor se apagó de golpe, el cuatro por cuatro se detuvo y Luis no tuvo más remedio que sacar la Beretta y apuntarle a su amigo a la cabeza.

El frío lo obligaba a reaccionar. Tenía que moverse ya. Mientras bajaba con tiento del todoterreno se acordó de una foto. En esa foto estaba él con tres o cuatro años y, al lado, una gigantesca excavadora amarilla con el conductor sonriendo desde la cabina. Tras ellos, su calle de tierra estaba a punto de ser asfaltada. «Es curioso que mis primeros años los haya vivido sobre cadáveres de peces, cocodrilos y plantas, y mis

últimas horas sobre los cadáveres de unos rusos que nunca conocí. Bueno, tampoco conocí a los animales que vivían en esa laguna que se rellenó con escombros, piedras y tierra que mataron el ecosistema sin piedad, tal como lo hizo Stalin aquí».

Se obligó a concentrarse y apoyó un pie sobre el asfalto helado. Sus nervios gimieron, sintió la fricción del nervio que raspa con hueso. Tuvo que asirse con todas sus fuerzas a la portezuela porque el lumbago era una llamarada de dolor que le ascendía por la espalda. Bajó el segundo pie como un equilibrista borracho.

Regresó a la foto de la maquinaria amarilla. No era la calle construyéndose ni los cadáveres inherentes a ese delineado tras él lo que más llamaba su atención —y por eso la recordaba justo ahora—, era su forma de ser erguida y desenfadada de esa edad. Esa columna de los infantes que se pierde en algún momento de la vida, en su caso, muy temprano, cuando pasó horas bajo el foco blanco y la lupa diseccionando corcholatas y falsificando documentación.

Estaba ya con los dos pies apoyados en la carretera, agarrado como un tullido a la portezuela. El vaho de su respiración, la oscuridad y las estrellas se encontraron sobre él. Sabía que el dolor, combinado con aquella temperatura cercana a cero, solo aumentaría hasta hacer de su cadera algo atroz. No quería terminar como solía hacerlo tras esos ataques de dolor: como un gusano sobre el suelo.

«El primer paso siempre es el más importante, carajo».

El dolor le impedía pensar que su posición, agarrándose con todas sus fuerzas al todoterreno, debía resultar de lo más ridícula.

Dio el primer paso, que resonó directo en su lumbago.

Lo más importante estaba hecho. El segundo y el tercero le dieron valor para llegar hasta la cajuela, que abrió sin dificultad.

Sintió que por un momento el dolor se esfumaba de repente, obra de un encantamiento particular al ver el maletero vacío. Luis se había deshecho de las maletas. De su ropa, de su parka, de todo lo necesario para poder aguantar aquella aventura. Se miró su *jersey* de lana, insuficiente para el frío que ya le acuchillaba la piel. «Lo bueno de ser del trópico es que moriré más rápido».

Decidió buscar a Luis y tras unos cuantos intentos logró comunicarse con él en el número que le había dado el día del cierre de campaña. Parecía sorprendido y a Alan le pareció lo más normal, seguro creía que nunca contactaría con él. Le dijo que, si quería, le invitaba el avión y el hotel, pero Luis se negó. En cambio, aceptó la invitación a Cádiz y acordaron verse. Al final se encontraron en España.

Cuando lo vio se dio cuenta de que el rencor vivía ya en sus facciones, pero lo dejó pasar. Estaba seguro de que cuando lo escuchara cambiaría aquella cara. Pero Luis no disimulaba aquella incomodidad de reencontrarse con él tras lo que había pasado, era evidente que había acudido al encuentro por algo que le dictaba la conciencia o —hasta ahora lo pensaba, viendo su cadáver con los sesos desparramados en la cabina del todoterreno— quizá por la sensual persuasión de una mulatona encolerizada, quizá por reflejarse en los ojos del Rober tras una rejilla oxidada.

El caso es que estaban ambos en Cádiz, mirando la tarde desfallecer entre estallidos rojos, violetas y amarillos,

mientras la gente se hablaba a voz en grito en las bulliciosas callejuelas adyacentes a la catedral.

—Quiero hacer un recorrido por el mundo. No voy a regresar a México.

Luis lo miraba sin entender del todo. Para evadir el silencio, dio un trago largo a su cerveza.

—¿Por qué no regresas a Tamul?

—Me gustaría pero tengo mucho que perder si voy a Tamul. Primero quiero arreglar las cosas o al menos hacer el intento. Con el Rober y su familia, con Ana, Víctor y, claro, con Gloria.

—Pues si quieres arreglar algo lo mejor es que hagas acto de presencia.

Alan miró hacia la catedral, su enorme cúpula reflejaba los últimos destellos solares.

—No. Si veo a Gloria a la cara, así, en frío, me matará. Me lo dijo claramente la última vez que nos vimos.

—En persona se arreglan mejor las cosas, lo sabes.

Alan sonrió.

—Parece que quieres que me maten en seguida —dijo Alan, ensanchando la sonrisa.

Luis miró hacia la catedral y no dijo nada. Al final, preguntó:

—¿Y cómo se supone que lo arreglarías todo?

Alan lo miró y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Pues con dinero, Luis. Como se ha hecho desde los tiempos de Cristo. Solo que yo no tengo treinta monedas de plata, tengo mucho más.

—¿Y esa repentina redención?

—No fue tan repentina. Vengo pensándolo desde hace un tiempo. Y quiero que al final seas mi conducto para hacerles llegar el dinero.

Luis lo miró con severidad.

—¿Y si ya no hay nada que arreglar?

Alan respingó. Desde ahí debió intuir que Luis llevaba algo más que rencor en la maleta. Pero por el momento, deseaba contarle sus sueños, convencerlo de que quería enmendar lo roto, volver a ser amigos.

—Rober y los otros quizá lo necesiten, pero Gloria no necesita dinero. Con lo que pasó, lo más seguro es que quiera tu vida. Es lo único que la calmaría. Deberías haber visto el desmadre que pasó en Tamul.

Alan lo miró frunciendo el ceño. Luis se recriminó por sus palabras, la estaba cagando, iba a evidenciarse y a complicar todo.

—Con todo lo que me has contado de ella, creo que es lo normal, ¿no?

Alan dio un trago a su cerveza. Suspiró.

—Pues sí. Así es Gloria. Antes de hablarle por teléfono y pedirle que me escuche, me gustaría ir a un sitio.

—¿De qué hablas, Alan?

—De Kolymá, Luis. La carretera de los huesos. Está en la Siberia profunda. Una vez que la atravesemos en su totalidad estaré listo para enfrentarme a Tamul y lo que sea necesario. Todos esos sueños conducen a ese lugar. Por alguna razón me conducen allí.

La cara de Luis entonces pareció suavizarse.

—¿Atravesarla como una especie de purificación?

Alan asintió.

—Ahora que lo dices, puede que sea el mejor lugar del mundo para hacerlo, para que los muertos escuchen lo que tengas que decirles.

«Y así, la Muerte avaló con su presencia el viaje a Yakutsk. Con Gloria y Luis, y el pocos huevos de Paul, pactó mis horas finales en esta carretera». Se reía de su pobre vena poética; no había mucho más que hacer y lo sabía.

Imaginó a Luis llamando por teléfono a Gloria mientras él no se daba cuenta, diciéndole que no había forma de que Alan regresara a Tamul. Luis tratando de eludir su tarea; Gloria convenciéndolo, diciéndole que no había más remedio, que él tendría que empuñar esa Beretta y disparar. ¿Gloria había previsto que Alan podría descubrir la pistola y se la quitaría a Luis y le dispararía llegado el momento? ¿Por eso la había arreglado? ¿Tampoco confiaba en Luis como verdugo?

«Si es así qué enrevesado tienes el cerebro, Glorita...».

La noche transcurría con la lentitud del otoño en aquella parte del mundo. Solo tenía una opción: esperar a que alguien pasara, se apiadara de él y lo recogiera. Pero con el cadáver, la sangre esparcida y su cara desencajada de dolor a la vista, ¿pararía algún ruso? En la agonía de su espalda pensó en los peores personajes de las novelas de Dostoievski, su crueldad y su forma de hacer un daño resonante. No solo no pararían, si lo miraban así creerían que era un salteador de caminos o algo parecido e incluso podrían darle el tiro de gracia.

Trataba de pensar pero el frío intenso y la agonía de su espalda amenazaban con llevarse la poca lógica que le quedaba. La angustia dio paso a una franca curiosidad. Pensó en la pistola arreglada. La bala y los trozos de metal que le habían deshecho la cabeza le decían que Luis no tenía el control total de esa operación. ¿Le habían prometido ir a buscarlo cuando matara a Alan? Pero la Beretta estaba arreglada, Gloria se había encargado de trucar el mecanismo. Ya le daba igual quién moriría primero, en Kolymá podían morir los dos. «La casa gana». Creía haber acabado con las

tablas destruyendo sus aspiraciones políticas y daba ya por hecho su victoria. Pero la mulata tenía un peón que podía coronar, un peón llamado Luis. Y si no era Luis, tarde o temprano Paul Alarcón lo encontraría.

El engaño estaba completo, la operación también completada cuando Luis apretó ese gatillo. Sin testigos, sin suposiciones, solo dos imbéciles recorriendo la carretera de los huesos, antagonistas que habían encontrado el lugar propicio para decirse sus cosas y poner los puntos sobre las íes de una vez por todas. Así saldría en los medios sensacionalistas una vez que algún camionero yakuto descubriera el todoterreno y los cuerpos congelados. Una muerte más sobre ese cementerio, ¿qué significaba? Quería reír, pero sabía que eso solo empeoraría su espalda. No quería caer de bruces sobre ese suelo que levantaba volutas de muerte.

Regresó a la cabina como un anciano en andador. El lumbago latiendo, el ruido de la radio, los *latidos*, volvieron a posicionarse en su cerebro y parecían coordinarse con el dolor punzante de su espalda baja. Entonces su pie topó con algo. Hizo el intento de zafarse la bota de aquello pero no cedió. Lo intentó por lo menos tres veces. Rehusaba mirarse los pies. ¿Era uno de los huesos que sobresalían? ¿Llegaban los cadáveres del Gulag a llevarse para que formase parte de esa hilera de tumbas infinitas? Eso no podría estar planeado por Gloria ni por nadie de ese mundo.

Miró hacia abajo.

Como esperaba, aquello era un hueso. Tenía una curiosa forma de guadaña, una media luna que apenas sobresalía del oscuro pavimento. Se le había enganchado en la suela y lo único que Alan lograba al avanzar era clavar más aquella cuchilla en su bota.

—¡Mierda!

Retrocedió. El hueso no cedió. Lo tenía atrapado entre el maletero y la cabina abierta.

—¡Joy, joy! Hola, querido Alan, mi cuate.

La voz —que más bien parecía un susurro cargado del aire frío siberiano— la escuchó primero a su izquierda, donde los pinos inclinados luchaban contra un encorvamiento parecido al suyo. Su intuición y su piel erizada sintieron que aquello formaba parte de algo que iba más allá de lo humano y lo que podía llamarse tiempo. Dedujo que debía de ser un trozo de materia que había viajado para encontrarse con él, porque si bien el autor de esa voz estaba a años y miles de kilómetros de ahí, no podía descartar que el poder de ese lugar podría convocarlo.

«O quizá ya estoy desvariando por el frío», se dijo. Sus manos temblaban incontrolables.

Era la voz de Chacho, el conejo de Claudio.

La risa, que por un momento le pareció un sollozo, provino esta vez de su espalda. Un viento helado se coló por los pinos y dejó un regusto a lamento, que volvió a difuminarse en el cielo estrellado.

Alan se volvió. Sus ojos, ávidos de penetrar en aquella densa oscuridad de la carretera solo se toparon con protuberancias y líneas despintadas por las lluvias. Su primer impulso fue llamarlo por su nombre, pero una parte de él estaba segura de que, al hacerlo, una máscara blanca sin ojos y una peluca multicolor agitándose en el aire aparecerían de entre aquellas tinieblas.

«Los huesos nos rodean, los muertos llaman a los muertos».

Un ruido sobre la carretera.

Algo metálico había caído y venía rodando a sus pies.

Era una corcholata. Una tapa de la refresquera Cristal.

La corcholata topó con la puntilla de la bota que tenía libre, rodó sobre su propio eje y le mostró la cara interna.

«El tiempo para ser escéptico acabó hace mucho, Alan», se dijo, mientras hacía un gran esfuerzo para ver a la luz de las estrellas.

La espalda crujió mientras estiraba la mano para recogerla. La tomó. Ahí venía impreso un cotorro verdeamarillo sobre una percha. A su costado tenía lo que parecía un botecito de alpiste. Recordó que el cotorro tenía una particular mancha roja en una de las alas, quizá señalando la posición de su corazón. Era su corcholata. Por alguna razón, la materia viajaba por el universo y se reencontraba con él. Rasgó la imagen con el pulgar. Las capas iban revelándose, una a una. Sí, era su corcholata. En un impulso de cólera la lanzó hacia la carretera con todas sus fuerzas. Al rebotar con el asfalto hizo tap-tap-tap.

Gritó al cielo estrellado, a la hilera de pinos que bordeaban el arcén.

—¿Qué esperan qué haga?! ¡¿Qué?!

De un tirón logró desenganchar la bota del hueso en forma de guadaña. Pensó que se derrumbaría mientras sentía los colmillos de la lumbalgia apresándolo como un perro rabioso. Gritó pero lo que salió de su pecho fue más bien un gruñido, algo gutural que llevaba incluido en su condición humana desde que el mamut embestía y el smilodon desgarraba y cercenaba con sus enormes caninos. Logró afianzarse a la portezuela abierta.

—Voy a salir de aquí, aunque no quieras, cabrón —le dijo al cadáver ensangrentado que reposaba en el asiento del copiloto. Accionó la palanca del capó y soltó el seguro con facilidad. El cofre dio una leve sacudida indicando que estaba abierto. Con la lámpara del celular (hasta ahora no se había

acordado de él) decidió que comprobaría hasta lo último. Si todo se reducía a un cable suelto en el motor...

Se dio cuenta de que su teléfono tenía señal. La barra estaba al máximo. En Yakutsk la señal era muy pobre y a los pocos kilómetros de adentrarse en Kolymá había desaparecido por completo, ni una línea de la barra en la pantalla. Se lo esperaban como parte del encanto de aquella aventura. Sufrirían una desconexión total en casi todo el recorrido. Por los cálculos, dedujo que Luis había decidido parar para matarlo a mitad de los dos mil kilómetros entre Yakutsk y Magadán, su destino final antes de regresar a Tamul. Miró de nuevo la pantalla, pensando en una posible ilusión óptica. Tenía señal. Aunque la señal no tenía un nombre ruso, lo que sería normal estando en ese país. El nombre de la señal era CX-México.

Entonces el teléfono timbró. El nombre que apareció en la pantalla lo dejó boquiabierto: *Gloria*.

Trataba de recordar. ¿La tenía en la agenda? O una pregunta mejor, ¿habían hablado por teléfono alguna vez en la vida?

Contestó.

Se pegó el auricular al oído. Del otro lado de la línea se escuchaban espasmos, quizá ecos de un resuello. Algo que no podía ser considerada una respiración. Sintió que la piel se le erizaba mientras hablaba.

—¿Bueno? ¿Hola?

Nadie contestaba.

—¿Gloria? ¿Eres tú?

El resuello se elevó por un momento para después perderse en la lejanía. Había alguien allí, escuchando. Alguien o algo. Por alguna razón pensó que *algo* podía ser más probable que *alguien*. Los vellos seguían erizados al máximo.

—Voy a regresar a Tamul. Ahí lo arreglaré todo, incluso lo que pasó entre nosotros. Déjame regresar y mirarte a los ojos. Así podrás apuntar tú misma y dispararme al corazón si quieres. Pero no así.

—Tú no vas a ir a Tamul, Alan. Vas a venir con nosotros —dijeron al otro lado de la línea. No era Gloria. La voz llevaba impresa una suave cadencia, de timbre mecánico. No pertenecía a Claudio ni a su conejo Chacho, tampoco al Rober, Ana o Víctor, ni al empleado de la refresquera que le había entregado el *discman*. Tampoco sonaba al Vigos, ni a sus padres. Aunque, en una inflexión, en un recoveco del acento, le pareció escuchar a Luis. Luis y sus huesos ya le pertenecían a esa carretera. Le hablaban todos a una sola voz.

—¿Quién chingados eres? ¿Qué quieres?

Lo que había detrás de la línea río. Era una risa sin gracia, como si aquello supiera que debía reír solamente porque tenía que hacerlo.

—Como se ha hecho desde los tiempos de Cristo, joy, joy.

—¡Voy a arreglarlo! ¡No es un cambio solo déjame arreglarlo antes de morir! ¡Es todo lo que quiero!

—*Arreglar* es una palabra vacía, emparentada con el cambio. Nosotros vemos y escuchamos mucho antes del Cristo, desde mucho antes de que los mamuts embistieran y los smilodon dientes de sable desgarraran y cercenaran, mucho antes de la invención de los signos y las cuevas pintadas. Mucho más atrás de la ruptura de los continentes, las extinciones, los que terminaron bajando de los árboles, antes de que el tiempo y el espacio adquirieran sentido. Antes de que se diera el primer paso de todos los primeros pasos.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Qué quieres?

Se escuchó un tono pausado. Habían colgado. Revisó la pantalla y aparecía *sin señal* en la barra de potencia. Activó

la lámpara. Sus manos se estaban agarrotando del frío, la hipotermia acechaba.

Un sobresalto casi termina por romperle la cadera. El dolor fue a la par de la sorpresa que le produjo ver algo en medio de la carretera: una sombra que al principio, por el juego de luz irregular de las estrellas, se le antojó amorfa. Lo miraba directamente, estaba seguro de eso, pues no había nadie más a quién mirar en muchos kilómetros a la redonda, solo a un imbécil cegado por los reflejos de la lámpara del celular y atenazado por un dolor indecible. Tras el susto inicial tapó la lámpara para ver mejor en la densa oscuridad a la que ya se estaba acostumbrando.

Era una figura alargada, con los brazos y piernas separadas del tronco. Debía medir unos dos metros de estatura, como un basquetbolista profesional. Se dio cuenta de que era un esqueleto, seguramente formado por retazos óseos que se habían juntado. En aquella ruta no había ningún problema en juntarlos para hacer ejércitos de esqueletos que dominaran el mundo. Miró de nuevo y descubrió que le acompañaban cuatro personas, estas sí iluminadas por las estrellas: el Vigos con sus manchas fantasmales cubriéndole los brazos y la cara, su padre, su madre y la hija del Vigos haciendo una clara señal con los dedos pulgar e índice. Todos lo miraban con una intensa calma. Permanecían inmóviles a unos cien metros del todoterreno.

¿Qué debía hacer? ¿Salir y tratar de arreglar el motor con ellos allá fuera? ¿Realmente había algo que arreglar? Se dijo que si Gloria había hecho los cálculos, medido y cerrado el cepo, no había mucho que hacer. El momento de hacer algo se había quedado en Yakutsk, cuando vio el cañón de la Beretta negra sobresalir entre los calzoncillos de Luis. Pudo haberle preguntado al menos ahí, antes de adentrarse a Kolymá.

¿Por qué no lo hizo? ¿Su materia, lo que fluía en él, ya había determinado encontrarse con su final ahí y ahora? ¿El *destino* no era más que movimiento constante de materia pasando de largo y colisionando cuando debía hacerlo? ¿Así funcionaba desde que la Tierra se enfrió y empezó la vida, materia bullente que no se ha detenido hasta ahora?

Las figuras en la carretera habían desaparecido.

—Estoy desvariando. No queda mucho. Si el motor no jala...

El esqueleto, que debía medir más de dos metros, se estrelló en su costado. En un momento, cientos de esqueletos, el ejército que había pensado que podía dominar el mundo, rodeaba el vehículo. No eran esqueletos perfectos como había supuesto, eran remedos de osamentas, trozos de huesos pegados sin ningún orden, incluso con trozos de melaza, de asfalto aún caliente que no se había solidificado ni con todas las Guerras Frías del pasado. Miró con claridad los cráneos incompletos, los costillares con reemplazos de cualquier pedazo de hueso que apenas podían mantener de pie aquellas monstruosidades. El cuatro por cuatro empezó a moverse, a agitarse. La carretera parecía hecha de gelatina, sacudía el vehículo. «Debo estar soñando otra vez. Me he quedado dormido por la hipotermia. Tengo que despertar, tengo que despertar, tengo...».

El todoterreno dejó de sacudirse, incluso los latidos que lo habían acompañado desde la charla con Luis habían desaparecido. La cabina estaba oscura, a excepción del débil fulgor de las estrellas que se emborronaban en el parabrisas. «No estaba durmiendo», se dijo, admirado por lo que había pasado. El cristal de su ventanilla estaba roto, como el de Luis. El cristal que el esqueleto gigante había golpeado. Sintió que algo le goteaba por la oreja, se pasó la mano por la sien y descubrió que sangraba.

«Se supone que ya estoy aquí. El sueño, Luis, Gloria, todos querían que viniera aquí. Pues aquí estoy y no hay más. No crean que tengo miedo. Todos ustedes quisieron llevarse mi felicidad y no lo van a conseguir ni en el fin del mundo. No se la llevarán».

Ignorando si afuera había alguien acechando salió de nuevo de la cabina. Si lo atacaran se defendería. El dolor, si bien era constante, paliaba el miedo. Eso sí, estaba en los límites. Faltaba muy poco para desplomarse sin remedio sobre ese pavimento inhumano. Cuando la espalda cediera aspiraría la muerte directamente.

«Imbécil. Llevas respirando polvo de muertos desde que nos adentramos en esta carretera maldita. Estar al ras del pavimento no significa nada».

Miró a su alrededor. El silencio era tal que no se colaba una brizna de viento, ni un susurro entre los pinos encorvados. Apoyándose en el todoterreno avanzó dos pasos como un bebé torpe, tratando de alcanzar el capó. Entonces pensó en lo que había experimentado. ¿Era por encontrarse, ahora sí, ineludiblemente de cara a lo inevitable?

Había escuchado de Luis algo sobre las partículas de antimateria y que no pueden verse con las de la materia. Un negativo de todo lo conocido cuya existencia es impensable a la vez. ¿Era eso lo que estaba sucediendo? ¿La antimateria se encontraba frente a él, rodeándolo, alcanzándolo? «Tú no vas a ir a Tamul, Alan. Vas a venir con nosotros», dijo la voz en el teléfono. ¿Era la voz de la antimateria? ¿Era acaso él mismo —su otro yo cuántico— hablando desde otro plano donde no podía verse de frente pero sí llamarse a larga distancia? ¿Y si esa voz llevaba encapsulada veinte años o veinte mil millones de años?

—Estoy enloqueciendo.

Alan miró la carretera que se perdía en las montañas. ¿Y si el otro lado, lo que *debió ser*, estaba allá adelante? Él y Gloria siendo felices en un rincón de la existencia cuyos límites estaba a punto de traspasar: él trabajando y ganando bien en CX mientras ella triunfaba como cantante o actriz, quizá profesora de canto en bachillerato, los dos viviendo tranquilos en una casa de un barrio bueno de Tamul, incluso con uno o dos hijos morenitos que él amaría con locura.

Todos se reirían de las anécdotas de la corcholata, del *discman*. No existiría ningún Claudio, ni Rober, Ana o Víctor, y Luis sería su mejor amigo del trabajo e irían todos los viernes a tomarse una cerveza al malecón. Iría con Gloria y sus hijos al club Casablanca para que hicieran deporte y conocieran más gente buena.

Ahí, Tamul sería un lugar increíble para educar a sus hijos, no habría secuestros ni atracos, ni noticias de desaparecidos y gente ahorcándose por extrañar su tierra. Los compañeros de CX no serían segregados una vez que salieran de la familia de la empresa, todo lo contrario, serían conservados como lazos especiales, simplemente como personas que tomaron sus decisiones. Eso no impediría verlos, saludarlos, tratarlos como entes que habían compartido trozos de vida frente a una barra de atención.

Todo eso era posible en la oscuridad que tenía delante, pero era necesario atravesarla. Alan aún se asía al cuatro por cuatro. Descubría que sus manos, casi agarrotadas, se aferraban como garfios a la portezuela y a esa dolorosa existencia que corroía su espalda. ¿Por qué? Tenía que reunir el valor de avanzar.

Se imaginó a sí mismo erguido, conservando esa curva de su infancia en la espalda, sin ninguna lumbalgia; todo ese dolor sería desconocido para él y para sus descendientes

porque el asunto de la corcholata quizá no había sucedido nunca y había ganado ese *discman* limpiamente: el Cotorro aparecía en una destapada magistral y llena de suerte. Esa suerte le sería legada a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Gloria no hablaría jamás de su verdadera niñez y se inventaría una que no tuviese nada que ver con Cuba, una isla que ahora que lo pensaba quizá también sería un negativo: jamás habría existido un Fidel, ni un Che, ni balsas deshechas buscando el continente con desesperación. En ese plano no habría una Rusia comunista, ni esa carretera estaría rellena de vidas humanas evaporándose en los eones del tiempo. Gloria habría llegado en barco o en avión a Tamul, una ciudad que la esperaba con los brazos abiertos.

«Si hay una realidad fabulosa allá adelante, ¿entonces esto qué es? Es la realidad de los huesos, los huesos que resuenan en mi cabeza».

«No es una realidad, es la misma Muerte. La Muerte de toda la vida, la que aprendemos a conocer, a querer, con la que aprendemos a convivir y que nos espera ansiosa. La sombra, el esqueleto alargado, no era más que Ella, la que vive entre materia y antimateria y no deja escapar a nadie, así sea un agujero negro, un pulsar o un triste falsificador de corcholatas».

«Vamos, qué esperas, Alan, el primer paso siempre es el más importante».

Alan empezaba a comprender que este paso iba a ser el más importante de todos los primeros pasos. Era el encuentro con algo que no tenía que ver ya con el tiempo, una oscuridad que adormecía los sentidos hasta hacer plano cualquier sonido, cualquier color.

Soltó la portezuela del todoterreno. Pensó que caería y daría con aquel polvo de muertos pero se sostuvo, de nuevo,

como un bebé que aprende a caminar. Empezaba a sentir un hormigueo en la nuca que se iba extendiendo por sus brazos. El dolor del lumbago iba extinguiéndose hasta hacerse un pequeño latido que acompañaba a su corazón. Podía dar el paso. Las células de su cuerpo lo impulsaban a aquel momento, entonces supo que la materia, su materia, estaba ya lista para lo que le era destinada: dar *el* paso, y el siguiente.

Dio el paso.

Y el tiempo ya no significó nada.

EPÍLOGO

EL VEHÍCULO ESTABA DETENIDO en el fondo de la pendiente con la puerta del conductor abierta. Acarició su pistola. El acto reflejo no era gratuito: no era la primera vez que lo emboscaban y ese viejo truco de instalar una distracción en el pavimento para que se detuviera solía ser efectivo. Amanecía y las sombras aún cubrían la mayor parte de la carretera. El todoterreno permanecía bajo la oscuridad de la noche. Las cumbres nevadas apenas recibían las primeras luces del día. Aunque no llevaba carga de valor, eso lo ponía en un serio peligro. Si los bandoleros se enfurecían por no serle útil para calmar sus pretensiones económicas, podían liquidarlo sin más.

Frenó. Al principio creyó que se trataba de una roca despeñada, por el color verdoso de su pintura. La tenía a unos cuatrocientos metros delante. El hombre pensó que esos bandoleros tenían que ser tontos porque una celada es efectiva en las curvas pronunciadas o justo cuando se baja la pendiente, no al fondo de una, donde se pueden ver de bien lejos las pretensiones. Entonces pensó que quizá sí se trataba de un accidente o de una falla del vehículo y los ocupantes —pensó en plural sin detenerse a analizar por qué— debieron de abandonarlo y de levantar alguna tienda para pasar la noche, si es que tenían una. La teoría de los bandoleros se desmoronaba, así que la descartó. «Pero una falla mecánica no haría que dejaran abierta la portezuela así sin más». Entonces

pensó en la muerte, la congelación, la hipotermia, y estas piezas sí que encajaron.

«Quizá necesiten ayuda».

Pisó el acelerador y bajó la pendiente hasta quedar a la par con el cuatro por cuatro. Los cristales estaban congelados y de la portezuela abierta colgaban pequeños carámbanos. Esos llevaban ahí horas.

Uno ya no necesitaba primeros auxilios. El copiloto tenía la cabeza apoyada en el cristal roto. Había sangre seca por todo el salpicadero y la tapicería. Miró la mano del cadáver que sostenía la pistola. Su primera impresión fue que se había volado la cabeza al no hallar más salida, pero se dio cuenta de que la corredera estaba rota, como si el arma hubiese explotado. El hombre tomó su propia pistola y miró por el retrovisor, atento a cualquier crujido de hojarasca o pisadas en el pavimento congelado. No se animaba a bajar. Tras unos minutos que le parecieron eternos, decidió estacionar detrás del todoterreno. Apagó el motor y el silencio de la mañana lo sobrecogió. Era un silencio desprovisto de cantos de pájaros y viento colándose por los pinos, un silencio que le abrumaba. Se sintió ridículo. No era la primera vez que atravesaba la Kolymá, ni desconocía de qué estaba hecha esa carretera que tenía que tomar por necesidad. Quiso arrancar y poner tierra de por medio, avisar en la siguiente población para que la policía se hiciese cargo, pero había una atracción en todo eso. Para empezar, ¿dónde estaba el conductor? Porque claramente debía de haber un conductor, la portezuela había quedado abierta y el cadáver estaba acomodado en el asiento del copiloto. Amartilló su pistola y bajó del camión.

Se acercó y miró con más detalle la portezuela, la sangre ya coagulada, el cráneo deshecho de aquel hombre apoyado en los cristales rotos. Entonces vio las pisadas.

Pisadas congeladas e impresas en el pavimento que iban de la puerta hacia la carretera. Estaba claro que no había pasado ningún otro vehículo en un tiempo, al menos él no se había encontrado de frente con nadie. Era poco probable que alguien más se hubiera topado con esa escena. Pero no lo descartaba. Las pisadas rodeaban el todoterreno, como tratando de comprobar algo sin despegarse del vehículo. Luego se alejaban hacia la carretera, como si el conductor hubiese querido continuar el viaje y llegar al destino, que no podía ser otro que Magadán. Se aseguró de no tocar nada y de mantener distancia entre aquellas suelas de botas en forma de diagonal. Los primeros rayos del sol empezaron a encender las crestas de las montañas lejanas y el baño de luz se desbordó por las laderas. No tardaría en iluminar la carretera.

Para su sorpresa, las huellas seguían paralelas a las líneas discontinuas del asfalto y se perdían hacia el horizonte.

«Decidió caminar».

Magadán distaba 1 024 kilómetros, lo había visto en una señal bajando la pendiente. «¿Por qué no poner un número cerrado?». La señal era de los tiempos del Sóviet, así que esa lógica pertenecía a esos pirados. De repente tuvo conciencia —a pesar de su experiencia en aquella ruta— de lo lejano que estaba todo, incluso alguna señal de teléfono móvil o banda civil. Hacía unos años se le había averiado el camión en la Kolymá y tuvieron que pasar unas seis horas hasta que alguien más pasara por ahí y le ayudara. Le sucedió en invierno y de no ser por su ropa térmica y un horno que podía conectar a la batería del camión, habría tenido problemas. Estas personas no parecían tener más opciones. Cuando se dio cuenta, ya se había alejado de los vehículos siguiendo las huellas impresas hasta una curva próxima.

Tenía que subirse al camión e intentar alcanzar al conductor. Pero, ¿realmente quería hacerlo? ¿Quería encontrarlo? ¿Para qué? Se reconocía como un hombre curtido en las peores condiciones de Siberia, acostumbrado a lidiar con la soledad de la Kolymá y sus adversidades, incluso conocía a algunos de esos temidos bandoleros, pero una parte de él que no tenía que ver con la cobardía decidió que no quería seguir adelante. Esas huellas, si bien iban siguiendo la carretera, se dirigían hacia un lugar al que, de repente, *no quería ir*.

¿Por qué diablos pensaba en absurdos?

Los rayos del sol iluminaron ahora los pinos encorvados que cercaban la cinta de asfalto. La luz le dio valor para continuar. El silencio mantenía un domo gigantesco en el que no permitía una mínima resonancia, y esto lo empezaba a agobiar. Adelante tenía que haber algo terrible, no solo por el hecho del cadáver en el cuatro por cuatro y lo extraño de aquella situación.

Iba a terminar aquella curva pronunciada. Pensó en regresar a su camión a avisar por radio a la *politsiya*. Pero las huellas le atraían mucho más. La curva terminaba y con ella las pisadas. No había más. Se esfumaban. Ahora el sol iluminaba la carretera.

Frente a él, una fractura se había abierto desde uno de los costados de la carretera y dividía la calzada en una zanja de unos cuantos metros de anchura. Se veía que era reciente. La miró, fascinado. No recordaba una así de grande en la Kolymá, con todo y el mal estado en que se encontraba. La fractura era tan grande que aquella zanja casi parecía un río de lodo y agua sucia cruzando la taiga. «Una sopa de huesos» pensó el hombre, sin humor. Ya analizándola, pensó que su camión tendría muchos problemas para pasar; quizá tendría

que bordear por el poco arcén disponible, lo que tampoco era algo confiable.

Las huellas, como pudo comprobar, no continuaban tras aquella zanja que reflejaba las luces del cielo como un espejo. Avanzó para ver más de cerca la superficie acuosa del color del barro. No se percibía ningún movimiento en el agua. Su sombra reflejada en la zanja, con el cabello despeinado, lo hizo respingar y dar un paso atrás, con el cuero cabelludo erizado.

«¿Qué rayos estoy haciendo?».

Ese no era su reflejo.

«Tienes que irte de aquí y sigues jugando al policía. ¡Venga, vámonos de aquí!».

Aquello que vio en el agua lodosa era alguien más, estaba seguro. Alguien atrapado, mirándolo fijamente, a milímetros de la superficie. Por un instante pensó en volver a atisbar por la zanja, por un instante pensó en tirarse y ayudar a aquella persona. Era el conductor del todoterreno y necesitaba ayuda... había caído a mitad de la noche, congelado, hipotérmico, y él seguía ahí parado como un imbécil pensando en huesos.

«Si intentas ayudarlo, irás con él».

Escuchó esas palabras como un eco, un soplo del viento helado que se colaba entre los pinos encorvados de esa parte de la taiga.

—¿Hola?

Trastabilló y cayó de espaldas a la carretera. Uno de sus pies se sumergió en aquella zanja y por un momento sintió que aquella especie de limo tiraba de él, absorbiéndolo a las profundidades. Era aquella sombra que había visto la que lo reclamaba, eran los huesos... Gritó y se arrastró por el pavimento irregular hasta que pudo desatascar el pie. A cuatro patas empezó a huir como un gato aterrorizado, arañándose las manos con las salientes —los huesos— a lo largo de la

calzada. La adrenalina le permitió erguirse y finalmente echó a correr a grandes zancadas, con el pie empapado, dejando atrás aquella pesadilla. Por un momento pensó que la sombra saldría de la charca, croando y supurando ese limo asqueroso, llamándolo para que le hiciera compañía con todos aquellos desgraciados que formaban parte de la Kolymá.

Mientras corría, a cada zancada, pensó que algo lo sujetaría del hombro. Corrió, comprendiendo por alguna extraña razón que, en aquella zanja no existía el tiempo, y aquella ausencia de tiempo lo había tocado. Sentía vértigo y ganas inmensas de vomitar.

Entonces pensó en algo absurdo, algo que no tenía que ver con aquel paisaje ni con aquella carretera que conocía de sobra, donde confluían diferentes realidades. Pensó que justo en esa parte no existía nada de eso, ni polvo del Gulag ni comunistas. Se convencía de que esa charca había quedado exenta del paso de los hombres, del sufrimiento, incluso del tiempo y las eras geológicas que todos conocían. Pensó que Kolymá no existía —ni había existido— dentro de esa zanja, así como no existía más el dueño de esas huellas en la escarcha, ni aquella sombría parte de la historia de su país.

Y comprobó la verdad cuando, como la mujer de Lot, huyendo de Sodoma —no la insulsa mujer de la Biblia, sino la musa en los versos de Anna Ajmátova—, volvió la cabeza para comprobar que nadie lo perseguía: tras él, solo había luces horizontales, destellos de vacío cegadores.

NOTA DEL AUTOR

Mi agradecimiento a Antonio Tocornal, por las primeras correcciones, asesoría y consejo para la historia, el lenguaje y el estilo. El texto en frío que le confié regresó a mis manos ardiendo. Pude encauzar el trabajo a partir de sus rojos y negros.

También quiero agradecer a David Anuar González, hermano tamul(cancun)ense, por su atenta lectura. La luz que aportó al manuscrito fue crucial para configurar la versión final. En leerme con tal implicación se traduce su gran amistad, a prueba de años.



Mauro Barca (Cancún, 1981). Narrador y ensayista. Consultor en el documental *Entre dos mundos* (2012), coproducción con TV UNAM y difundido por National Geographic. Articulista para la revista *Pioneros*, publicación historiográfica de Quintana Roo (2011-2015). Ganador del Premio de Narrativa Breve del Certamen Jóvenes Creadores 2017 (Ávila, España). Incluido en *Sureste. Antología de cuento contemporáneo de la península* (Ficticia, 2017). En 2018, *Gaceta del Pensamiento* publicó su antología de cuento *El gato sobre el féretro* (2018). En 2019 publicó *Terra incognita* (Tandaia), novela sobre Gonzalo Guerrero y la conquista de Yucatán. Actualmente colabora en las revistas *Bitácora de vuelos* (México), *LO cultural* (España) y *Carátula*, dirigida por Sergio Ramírez. Es miembro del Centro Andaluz de las Letras (CAL).

Kolymá es una novela que se vale de diversas estrategias narrativas y de una estructura resuelta con acierto para llevarnos a diferentes escenarios. El perfil psicológico de los personajes está trazado con destreza; sorprenden con sus actitudes y conductas. El final, que nos regresa al principio de la historia, ocurre en uno de los lugares más inhóspitos y apartados del mundo.

Armando Alanís

Esta novela abre un camino que no es recto ni curvo. Como se ilustra en uno de sus epígrafes iniciales, el de la poeta rusa Anna Ajmátova, abre un sendero que va a ninguna parte, el movimiento de una historia que se da en círculos concéntricos. *Kolymá* es el lugar que articula esta novela que comienza con un personaje encañonado con una Beretta y se desplegará como una intriga, una confabulación que correrá un paralelismo entre los momentos en que los personajes se enredan entre sí y los diálogos intermitentes de Luis sosteniendo la pistola y Alan encañonado que les hará ver que ya están muertos.

Gustavo Ogarrio

Un encuentro casual con una extraña priva a Alan —protagonista de *Kolymá*— no tanto de la inocencia sino de la capacidad de ignorar que la maldad está aquí, que la violencia contra los otros —contra el otro— ocurre frente a nuestras narices. El muchacho decide actuar entonces y, de ahí en adelante, es arrollado por una vertiginosa corriente de sucesos que lo tirará en la Siberia rusa, frente al cañón de una Beretta. *Kolymá* es una novela sobre esa decisión, sobre la decisión de romper con todo y saltar al vacío.

Sergio Gutiérrez

SDC